

JORDI SIERRA I FABRA

*Cuando  
el cielo  
se queme*



HarperCollins  
Juvenil



JORDI SIERRA I FABRA

*Cuando  
el cielo  
se queme*



Editado por HarperCollins Ibérica, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

Cuando el cielo se queme  
© 2017, Jordi Sierra i Fabra  
© 2017, para esta edición HarperCollins Ibérica, S.A.

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.  
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Diseño de cubierta: Lookatcia  
Ilustración: Júlia Gaspar

I.S.B.N.: 978-84-9139-189-0

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

Portadilla

Créditos

Índice

Cita

Primera parte. Contactos

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Segunda parte. Regreso

Capítulo 24

Capítulo 25  
Capítulo 26  
Capítulo 27  
Capítulo 28  
Capítulo 29  
Capítulo 30  
Capítulo 31  
Capítulo 32  
Capítulo 33  
Capítulo 34  
Capítulo 35  
Capítulo 36  
Capítulo 37  
Capítulo 38  
Capítulo 39  
Capítulo 40  
Capítulo 41  
Capítulo 42  
Capítulo 43  
Capítulo 44  
Capítulo 45  
Capítulo 46

Tercera parte. Crisis

Capítulo 47  
Capítulo 48  
Capítulo 49  
Capítulo 50  
Capítulo 51  
Capítulo 52  
Capítulo 53  
Capítulo 54  
Capítulo 55  
Capítulo 56  
Capítulo 57  
Capítulo 58  
Capítulo 59

Capítulo 60  
Capítulo 61  
Capítulo 62  
Capítulo 63  
Capítulo 64  
Capítulo 65  
Capítulo 66  
Epílogo. Reunión  
Capítulo 67

—*¿Cuándo volverá a reunirse el grupo?*

—*Cuando el infierno se hiele.*

Respuesta de The Eagles a un periodista en el momento de su separación



# **Primera parte**

## **Contactos**

# 1

A pesar del bendito GPS, se había equivocado ya dos veces.

Pirineos, montañas, bosques, casas perdidas, caminos que, más que de cabra, eran de hormiga, y nadie a la vista para preguntar.

La delicia de un urbanita.

Encima, el frío.

—¿Pero cómo se te ocurre vivir aquí, maldita sea? —rezongó dando un volantazo para evitar una enorme roca desprendida de alguna parte y que estaba en mitad del camino.

—Gire a la izquierda en cien metros —le dijo la voz impersonal del GPS.

—¿Que gire a la izquierda? ¡No sé dónde!

Cien metros más adelante, a la izquierda, apareció una vereda.

Redujo la velocidad al mínimo. Su coche no era precisamente un todoterreno.

Acabó en el mismo lugar en el que había estado diez minutos antes.

—¡Mierda! —golpeó el volante con las dos manos.

No tuvo más remedio que detener el vehículo, coger la cazadora y poner un pie en tierra, para orientarse y relajarse. Lamentó haber dejado de fumar hacía ya unos meses, porque en ese momento necesitaba la nicotina mucho más que el limpio y fresco aire de la montaña. Ver la nieve a lo lejos, en las cumbres más altas, le hizo estremecer y subirse la cremallera. Aun así, reconoció la belleza del paisaje y la paz que desprendía.

Como si el tiempo, allí, no contase.

Finalmente decidió volver al pueblo y empezar de cero otra vez.

Tardó poco en vislumbrar las primeras casas, hechas de piedra y cargadas de años. Esta vez pasó del GPS. Se detuvo al ver a un hombre de rolliza figura y le preguntó:

—Por favor, ¿sabe dónde vive Silvio Paz?

El lugareño le lanzó una mirada socarrona, como si la pregunta fuese ridícula.

—Pues claro —asintió.

La explicación fue prolija, con demasiados giros a derecha e izquierda, pero se le antojó más clara que la de la dichosa maquina parlante. Cuando volvió a salir del pueblo intentó no equivocarse y esta vez lo consiguió. El hombre le había dicho que la casa estaba a unos tres kilómetros, y a tres kilómetros estaba. La localizó perfectamente, entre los árboles, con su tejado negro, los muros de piedra vista y los marcos de las ventanas pintados de rojo.

Detuvo el coche en la entrada y se sintió aliviado.

Quedaba lo peor.

Verle.

Convencerle.

—Bueno, pues... ¡allá vamos! —se dio ánimos a sí mismo.

No había timbre en la puerta, tuvo que llamar con los nudillos. La primera vez de forma queda. La segunda con más fuerza. La tercera casi con violencia.

—No me digas que no estás en casa... —empezó a desfallecer.

Dio la vuelta por la izquierda, tratando de mirar por las ventanas. Todas estaban cerradas y al otro lado, por entre las cortinas, no se veía a nadie. En la parte de atrás, sin embargo, vio la segunda casita, con paredes y techo de cristal, a unos diez metros, y en ella localizó a Elisabet.

A medida que se acercaba al lugar, se dio cuenta de que estaba haciendo algo en barro. Manejaba un torno con soltura y sus manos modelaban un jarrón, o al menos una pieza que se parecía a un jarrón. Al fondo, un horno con la puertecita abierta mostraba las brasas que contribuían al proceso de secado de lo que ella elaboraba.

Justo cuando entró en la casa de cristal ella detuvo el torno.

Se quedaron mirando.

Una sonrisa tímida en el rostro de él.

Sorpresa pero control en el de ella.

—Juanjo —dijo, admirada.

—Hola, Elisabet —la saludó.

Ella estaba prácticamente igual, como si los años no hubieran dejado una huella o el paso del tiempo la hubiese respetado. También podía ser el retiro, el aire de la montaña. Siempre fue una mujer hermosa. La edad acentuaba esa belleza y la potenciaba. De joven a adulta manteniéndose igual.

Se acercaron para darse un beso en la mejilla. Elisabet se limpió las manos

con un trapo. Él estuvo a punto de abrazarla, víctima de un ramalazo de cariño.

Descubrió que estaba emocionado.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Bien —ella señaló el torno—. Trabajando.

—¿Preparas otra exposición?

—No, es para venta directa.

—¿Y qué tal?

—Bien, muy bien. Se venden mucho.

Siguieron mirándose, reconociéndose. Los ojos de Elisabet eran tremendamente grises, transparentes. Tenía los labios más sugestivos que jamás hubiese visto y, aunque llevaba el pelo recogido por la nuca, seguía disfrutando de una exuberante melena. Juanjo de pronto se sintió mayor, muy mayor, como si estuviese más cerca de los noventa que de los cincuenta.

—No me dirás que pasabas por aquí casualmente o que te has perdido —arqueó las cejas ella.

—No, he venido a verle. ¿Está?

—En el estudio del sótano, sí.

—¿Trabaja?

—Nunca ha dejado de hacerlo, ya le conoces.

—Sí, claro —comprendió que la pregunta había sido tonta.

—Anda, ve —lo invitó a seguir—. Yo he de meter esto en el horno o se estropeará —señaló la casa—. Por detrás está abierto. Pasa la cocina y en el pasillo verás la puerta abierta, a la izquierda.

—Gracias.

No le había preguntado qué estaba haciendo allí, ni para qué quería ver a Silvio. Elisabet siempre discreta, siempre en un presente segundo plano. Parte de la estabilidad de su marido se debía a ella, eso era evidente. El contrapunto perfecto.

No es que detrás de cada gran hombre hubiera una mujer, sino que toda gran mujer equilibraba al hombre con el que compartía la vida.

Y más si él era artista.

Y más si era músico.

Y más si era roquero.

Juanjo salió del taller, caminó los diez metros que le separaban de la casa escuchando tan solo el crepitar de sus pisadas en el sendero y entró por la

puerta de atrás. La cocina rezumaba orden. Silvio no había sido nunca el paradigma del orden, así que también se lo atribuyó a ella. O a una eficaz sirvienta que, al parecer, si existía, no andaba por allí. Cruzó el lugar y llegó al pasillo. El acceso al sótano estaba abierto.

Mientras bajaba la escalera, con las paredes acolchadas, escuchó la música.  
La guitarra.

Y al llegar abajo, al otro lado del cristal que separaba la mesa de mezclas del estudio de grabación, pequeño y coqueto, lleno de instrumentos, volvió a verle por primera vez en tantos años.

Él.

Silvio Paz.

## 2

La puerta que comunicaba el estudio con la salita de la mesa de mezclas estaba abierta, por eso había escuchado la guitarra. No supo si Silvio estaba ensayando o componiendo, así que se quedó quieto, expectante. De pronto comprendió que, a lo peor, le echaba a patadas, sin siquiera oírle. O lo haría después de hacerlo.

Allí se estaba bien, la temperatura era ideal, pero tuvo un ramalazo de frío.  
—Ánimo —suspiró.

No, no era una grabación. Los aparatos no indicaban movimiento alguno, todos estaban apagados. Ningún dígito iluminaba las pantallas ni los ordenadores estaban conectados. Además, tampoco había un ingeniero de sonido. Silvio componía algo. Lo comprendió así cuando le vio detenerse, coger un bolígrafo y anotar algo en un papel situado en un taburete, a su lado.

Quizás una letra.

Lo estudió unos segundos mientras se bajaba la cremallera de la cazadora. Tenía el mismo cabello largo, rizado y alborotado. Estaba más delgado, también más enjuto. Superados los cuarenta, algunas canas tintaban de ráfagas blancas su pelo. En los días del grupo, no tocaba nunca la guitarra, así que verle componer con ella le resultó extraño. La batería, su batería, presidía sin embargo el estudio. A un lado, teclados, al otro, media docena de guitarras y un par de bajos. Allí lo tenía todo para hacer su propia música y grabarla.

Como había hecho con sus últimos dos discos en solitario.

Excelentes, pero lejos de la fuerza de Lágrimas de Cocodrilo.

Siguió esperando, sin atreverse a molestarle.

Hasta que Silvio se dio cuenta de que estaba allí.

Levantó la cabeza y le vio al otro lado del ventanal.

Elizabet había arqueado las cejas. Él, ni eso. Solo aquella acerada mirada con sus profundos ojos cargados de historia y música.

Unos segundos, para digerir la realidad.

Después, dejó la guitarra.

Se levantó y caminó hacia él, saliendo del estudio para entrar en la salita de control.

Los dos hombres se estrecharon la mano en silencio.

El primero en hablar fue el recién llegado.

—Hola, Silvio.

—Dios... Juanjo —soltó un bufido que poco a poco convirtió en una leve sonrisa—. ¿Hola Silvio? ¿Eso es todo?

—¿Cómo estás?

—La madre que te parió... Estoy bien, ¿no lo ves? —abrió las manos—. ¿Y tú?

—Tirando.

—¿Sigues en el negocio?

—Sí, claro.

—Tus artistas...

—Mejor no hablar de eso —movió la cabeza de lado a lado.

Volvió el silencio. Breve. Los dos parecieron estudiarse. Se conocían bien. O se habían conocido bien. Juanjo intentó mostrarse sereno. Silvio siguió sonriendo.

Y eso era bueno.

—No te veía desde aquella noche —dijo el músico.

«Aquella noche».

No hacía falta precisar más.

La noche de los puñetazos, la noche en que todo se había venido abajo, la noche en que Lágrimas de Cocodrilo pasaron a la historia, la noche en que acabó un sueño y todos, todos, entraron en el desierto.

Tras una década de gloria.

Esa noche.

Doce años antes.

Una vida antes.

—Mucho tiempo, sí —reconoció Juanjo.

Silvio se encogió de hombros. Los años le habían dado serenidad, paz y estabilidad. Ya no parecía el batería demencial de antaño. El hombre capaz de tocar como un demonio, pero también de componer y cantar con una expresividad absoluta algunas de las mejores canciones de la historia del *rock* en español.

—Vamos, siéntate —le indicó la butaca que presidía la sala de control—.

¿O quieres ir arriba?

—Aquí está bien.

Silvio ocupó uno de los otros asientos. El lugar era relativamente grande, pero, con la mesa de mezclas y los restantes aparatos, daba la impresión de ser más angosto. Siguió manteniendo la sonrisa una vez superada la sorpresa. Y desde luego no perdió ni un minuto con una charla insustancial.

—¿Qué has venido a proponerme? —fue directo.

Juanjo comprendió que era la hora de la verdad.

No iban a hablar precisamente de los viejos tiempos.

Bueno, cuanto antes se lo dijera...

—Quiero que volváis.

Tres palabras. Tres cuñas. Una bomba.

Silvio no alteró su rostro.

Pausa.

—¿Hablas en serio? —preguntó.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque no ha habido ningún grupo como vosotros, porque no lo ha habido en estos años, porque seguís siendo una leyenda, porque habéis desperdiciado toda una década, y porque solos no sois nada, pero juntos...

—¿Recuerdas lo que dijimos al separarnos?

—Sí, que volveríais cuando el cielo se quemase, parafraseando a los Eagles.

—¿Y se ha quemado ya el cielo?

—Sí, Silvio. Se ha quemado —Juanjo sacó el móvil del bolsillo, buscó una imagen y se la mostró.

Una puesta de sol con un cielo rojo, absolutamente rojo.

—¿Tuviste una epifanía? —soltó una risa el músico.

—Hace dos días, sí, viendo esa puesta de sol. Pensé: «Parece que el cielo esté ardiendo». Y en ese momento lo vi claro, pensé en vosotros. Y aquí estoy.

—Increíble.

—¿No lo has pensado ni una sola vez en estos años?

—Alguna, sí —hizo un gesto vago—. Pero eso no significa nada.

—¿Cuántos grupos se han separado a lo largo de la historia, pagando el precio de su éxito, y al cabo de unos años han vuelto más fuertes que nunca,



comprendiendo su error?

—No fue un error, y lo sabes. No podíamos más.

—El tiempo lo cura todo. La gente madura con los años.

—Vamos, Juanjo —expresó su desagrado con una mueca—. La muerte de Pau lo complicó todo. El final fue una completa mierda.

—¿Te imaginas lo que podríais hacer si volvierais?

—No.

—¡Claro que sí! ¡Un nuevo disco, una gira...! ¡Todo sería diferente!

—Nunca es diferente.

—¡No tendríais que convivir como antes!

—¿Desde cuándo un grupo no convive? Aunque Gabi o yo llevábamos una canción propia, por separado, las trabajábamos todos, las discutíamos, nos peleábamos...

—¡Coño, Silvio, porque erais unos perfeccionistas! Nunca queríais editar un disco que no tuviera diez o doce éxitos. ¿Un corte de relleno? ¡Jamás! Si una canción no servía como tema en solitario, fuera.

—Por eso hicimos lo que hicimos.

—¡Y por eso habéis de volver!

—Juanjo —Silvio le miró muy serio—. ¿Necesitas dinero, estás en apuros?

—¡No! —se enfadó—. No nado en la abundancia, pero voy tirando. ¡La música ya no es lo que era, aunque los buenos resistimos! ¿Qué más puede pedir un mánager que haber descubierto a los mejores artistas de su tiempo? ¿Y qué más puede desear salvo que vuelvan? ¡Sería histórico! —su énfasis le hizo inclinarse hacia adelante—. ¡Acabas de decir que lo has pensado alguna vez! ¡Eso es un resquicio!

—¿Sabes lo tranquilo que estoy aquí, con mi vida, con mi música...?

—¡Y una mierda! —mantuvo la pasión—. Esto pude ser el paraíso, tienes a tu mujer y a tu hijo, vives bien, pero tú eres lo que eres. ¡Y eres músico! Grabas en solitario de peras a uvas, actúas de vez en cuando... ¡Tres discos en doce años! ¿Sabes que fui a verte una vez, hace dos años, cuando sacaste tu último CD?

—¿Por qué no viniste a decirme «hola»? —se extrañó.

—¿Para qué? ¿Para decirte que muy bien cuando en realidad salí de Razzmatazz llorando? ¡Por Dios, eras el líder de Lágrimas de Cocodrilo! ¡Ese grupito de aprendices con el que tocaste no os llegaba ni a...! —dejó de hablar al ver la expresión del dueño de la casa.

El silencio fue más largo.

—Hablas en serio, ¿verdad? —preguntó el músico.

—¡Claro que hablo en serio! ¡Para eso he venido!

—¿Y realmente crees que funcionaría?

—¡Sí!

—¿Como *revival*, las viejas glorias que vuelven?

—¡No! —mantuvo su exaltación el mánager—. ¡Sé que si te pidiera eso me echarías a patadas! ¡Te hablo de volver con todas las de la ley! ¡Nada de vivir del pasado! ¡Incluso sé que si no sois capaces de componer material nuevo, del que os sintáis orgullosos, no lo haréis!

—Juanjo.

—¿Qué?

—Respira.

Tuvo que hacerle caso. Se detuvo y respiró.

Entonces advirtió que Silvio estaba riendo.

La noche de los puñetazos, todos enfrentados con todos violentamente, había sido muy distinto.

Por entonces hacía tiempo que no reían.

—Joder, Silvio... —soltó una bocanada de aire.

—¿Has hablado con alguien de esto?

—No, eres el primero.

—Gabi no querrá.

—Gabi querrá si tú quieres, y Gonza os seguirá a los dos con los ojos cerrados. El único problema es Marc.

—¿Por qué él?

—Ya veo que no lo sabes.

—¿Qué es lo que he de saber? —se envaró Silvio.

Juanjo se lo soltó como si le disparara a bocajarro.

—Volvieron a internarle, y salió hace poco, pero sigue siendo alcohólico —dijo.

### 3

A través de la ventana, Silvio Paz vio como el coche de su antiguo mánager se alejaba por el camino, de regreso a la civilización.

No se movió hasta mucho después de verle desaparecer de su vista.

El polvo del camino volvió al camino.

El silencio se adueñó del lugar, el bosque, la montaña.

Entonces se dio la vuelta y miró el salón de la casa.

Los discos de oro y platino, las portadas de los álbumes enmarcadas, las fotografías de los grandes momentos, los premios y reconocimientos alineados en la vitrina, los recuerdos de una vida.

Muy pocos de los últimos doce años.

Casi todos de su vida con Lágrimas de Cocodrilo.

Le había mentido a Juanjo Miralles. Mentido porque era lo que tocaba, por dignidad, por ética. Mentido porque cada vez más pensaba en Gabi, y en Marc, y en Gonza. Incluso en el pobre Pau. Mentido porque, pese a la estabilidad y el equilibrio de su nueva vida, sí echaba de menos un poco de todo lo que los había convertido en estrellas, actuar en grandes conciertos, componer, grabar, viajar.

Doce años siendo un Lince. Doce años sin serlo. Tenía cuarenta y dos y vivía una encrucijada que, de pronto, Juanjo acababa de convertir en alternativa.

—Volveríamos a matarnos —suspiró en voz alta.

—Tal vez no —oyó la voz de Elisabet.

Movió la cabeza. Allí estaba ella, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Cuánto llevas aquí? —le preguntó.

—El suficiente para verte la cara mirando todo esto —abarcó la sala con las paredes llenas de discos de oro y platino.

—¿Te lo ha contado?

—No, no ha sido necesario.

—¿Pero sabes...?

—Quiere que volváis, por supuesto.

Silvio fue hacia su mujer. La abrazó. Se quedaron así unos segundos, hasta que él buscó sus labios y ella se abandonó sin resistencia.

El beso se convirtió en algo más.

—No tenemos tiempo —le recordó Elisabet—. Hay que ir a por Neo.

—Aguafiestas —le reprochó él.

—¿Te das cuenta? —bromeó ella—. Aún no has dicho que sí y ya te has excitado.

—No seas mala.

Le cogió la cara con las dos manos y hundió en él aquella mirada tan firme y, a la vez, delicada.

—Cariño, te estoy viendo cada día, ahí abajo, sin sacar ni una sola canción desde hace meses porque sabes que te falta algo, lo que tenías cuando el mundo era tu casa.

—Aquello era una locura.

—Lo sé.

—¿Y no tienes miedo?

—No.

—¿Por qué?

—Porque te quiero.

—¿Y ya está?

—Y porque ya no tienes dieciocho años, como cuando formaste a Lágrimas de Cocodrilo; ni tampoco veinte, como cuando os volvíais locos en las giras y creías que erais inmortales; ni siquiera veintitrés, cuando salías con aquella pедorra que se aprovechó de tu fama; ni siquiera veinticinco, veintiséis o veintisiete.

—A los veintisiete te conocí.

—Por eso mismo.

Silvio le acarició la mejilla. A veces olvidaba lo mucho que la quería. Lo mucho que significaba para él. A veces, en el estudio del sótano, peleándose con una melodía imposible o con una letra que no salía, sentía como si el mundo se desmoronase y se cayese a pedazos. El estudio era un búnker, y él un superviviente de un holocausto nuclear. Tenía que salir a la superficie y verla, o jugar con Neo, para reaccionar.

¿Cuánto tiempo llevaba engañándose a sí mismo?

Y de pronto... aparecía Juanjo Miralles.

Como la primera vez que los vio y se ofreció a ser su mánager,

prometiéndoles el mundo.

—Seré vuestro Brian Epstein —les dijo.

Y ellos le respondieron:

—Brian Epstein era un pésimo negociante, por su culpa los Beatles perdieron millones. Y además se suicidó.

—Pero era su amigo. Y la lealtad vale mucho más —les recordó él.

Así que se convirtió en el sexto Lince.

John Lennon tenía veintinueve años y medio cuando los Beatles se separaron. Y cuarenta al morir. A lo mejor habrían vuelto a unirse. ¿Cómo saberlo? La mayoría de bandas se separaban y volvían tras comprender su error y aprender del pasado. Y la mayoría, también, pese a lo que dijera la gente o la prensa musical más ruin, no lo hacía por dinero o para convertirse en un *revival* de sí mismos, sino para continuar donde lo dejaron, pese al paso del tiempo.

Ese era, a fin de cuentas, el poder de la música.

La fuerza del *rock*.

—¿Qué le dirás? —preguntó Elisabet.

—No lo sé. Depende de los demás.

—No, depende de ti y de Gabi. Si tú dices que sí, Gabi lo hará. Y si Gabi dice que sí, le apoyará tú a él. Gonza y Marc os seguirán. No creo que les esté yendo demasiado bien.

—Marc sigue haciendo el idiota con la bebida. Parece ser que lo internaron, pero no ha servido de nada.

Ella acusó el golpe.

—¿Te lo ha dicho Juanjo? —entristeció la expresión.

—Sí.

—¿Es grave?

—¿Cuándo no lo es?

—Lo siento.

—Bueno, ya veremos —no quiso seguir hablando del tema, súbitamente incomodado por todo lo que se estaba disparando en su mente—. Hay que ir a buscar a Neo.

—Voy yo —se ofreció Elisabet.

—No —la disuadió—. Necesito que me toque el aire.

Ella le dio un último beso rápido antes de separarse de su lado.

—Esta noche prometo ser tu *groupie* —le guiñó un ojo—. Mantente en

alza como hace un minuto, ¿de acuerdo?

## 4

Mucho antes de detenerse el tren de alta velocidad en la estación de Atocha, la gente del vagón ya estaba en pie, con sus carteras de mano, mochilas, bolsas y pertrechos, dispuesta a abandonarlo a la carrera. Juanjo, en uno de los asientos centrales, se vio atrapado entre las dos filas y se lo tomó con calma.

El hombre sentado a su lado por fin se guardó el móvil.

Dos horas y tres cuartos hablando.

Juanjo ya conocía todos sus casos y argumentos jurídicos.

Y, por supuesto, ni se había dado por aludido con sus miradas de fastidio.

Los pasajeros y las pasajeras que habían hecho el trayecto manipulando sus ordenadores, trabajando o jugando con ellos, comenzaron a desfilar con el rostro extraviado en cuanto se abrieron las puertas del vagón. En otro tiempo, leían el periódico. Ahora era raro ver algo así. Y, por descontado, nada de libros.

Nuevas costumbres.

Puso un pie en la estación de Atocha y siguió a la corriente humana en dirección a la salida. El cielo estaba cubierto desde Zaragoza y hacía un poco de frío. Se arrepintió de no haber comprobado antes la climatología de Madrid. Se subió la cremallera hasta arriba y pensó en el otro frío, el de los Pirineos, el día anterior.

El largo pasillo del primer piso, con sus cintas deslizantes y los enormes anuncios publicitarios salpicándolo, se convirtió en el cauce de la corriente humana. Nadie dejaba que las cintas los llevaran: caminaban por encima de ellas. Los que arrastraban maletas producían un extraño ruido, algo así como si un minitrén pasara por encima de apretados raíles.

En aquel momento, fue cuando Juanjo se dio cuenta de que no sabía muy bien cómo enfocarle el tema a Gabi.

Silvio siempre había sido más natural y abierto. A Gabi había que saber cuándo y cómo entrarle. A las buenas, podía ser el mejor. A las malas, se convertía en el peor de los bichos, incapaz de olvidar. Cinco años después de

una mala crítica, se había vengado de un comentarista musical con extrema saña destrozándole el libro que acababa de publicar, de todas formas una mediocre novela.

Lo triste era que el comentarista había escrito aquel artículo con sinceridad, y que tenía razón.

Llegó al final del pasillo, cruzó las dos puertas y superó la barrera de gente que esperaba a sus familiares o amigos así como a los desconocidos que reclamaban a pasajeros mediante carteles escritos a mano. La rampa mecánica le llevó hasta el nivel de la calle y salió a la pequeña placita coronada por las enormes cabezas de piedra, frente al monumento por las víctimas del 11 de marzo de 2004. Un enjambre de taxis aguardaba paciente a su clientela.

Cuando le llegó el turno se enfrentó al taxista, un hombre cejijunto de rostro redondo y enormes mejillas que se fundían con la barbilla y la sotabarba. Tuvo que buscar la dirección en el papel que llevaba en el bolsillo, pero, mientras, le avanzó la zona:

—A La Latina.

El hombre arrancó el taxi y, para dejar claro que era hablador, antes de que le diera las señas exactas le endilgó:

—Hoy acabará lloviendo, ya lo verá.



## 5

Sentado en el sofá, con los pies descalzos encima de la mesita atiborrada con restos de comida y latas de cerveza vacías, Gabi Muñoz vaciló por última vez a la hora de marcar el número de teléfono.

Finalmente lo hizo, pulsó el dígito verde de la pantalla y se llevó el móvil al oído.

Al otro lado, la señal sonó tres veces.

—Olimpia Discos, ¿dígame?

La última telefonista con la que había hablado, meses antes, quizá incluso uno o dos años atrás, era una rubia pizpireta con voz cantarina y aguda.

No era ella.

—Hola, soy Gabriel Muñoz, Gabi. ¿Me pasas con Claudio Serna, por favor?

—¿Quién ha dicho?

—Gabi. Tienes un retrato mío en la pared de la derecha. Creo que es el tercero de la tercera fila.

—Ya no hay retratos en la pared, señor —le informó—. Le paso.

Habían quitado las fotos.

¿Cambios?

Esperó.

La segunda voz también era femenina. Esta la reconoció. A los grandes jefes los debían hacer o poner en sus despachos acompañados ya de sus secretarías perfectas.

—Eulalia, soy Gabi. Cuánto tiempo.

—Sí, mucho —su tono era pragmático.

Equivalía a un: «Ve al grano que tengo trabajo».

—¿Me pasas con Claudio?

—No sé si podré.

—¿Por qué?

—Está reunido.

Nunca sabía si era cierto o se trataba de la excusa normal, la que todo el

mundo aceptaba. ¿Cuándo no estaban reunidos los jefes del tinglado?

—Inténtalo, o voy a estar llamando cada media hora como un tonto, aunque mejor me paso y espero.

La amenaza surtió efecto.

—Aguarda.

—Gracias.

Nueva espera. Al minuto empezó a dudar de que Claudio Serna le atendiera. A los dos empezó a estar seguro de que Eulalia le despacharía con mucha educación. A los tres pensó en cortar él mismo la comunicación.

—¿Gabi?

Era él. Ni más ni menos.

—Sí, soy yo.

—Vaya —pareció incluso sorprendido—. ¿Qué te cuentas?

—Pues bastante, por eso te llamo —no perdió el tiempo, por si acaso—. Acabo de cortar con mi último mánager, Luis Recarte, y he decidido llevarme yo mismo las cosas. De entrada creo que ya es hora de grabar un nuevo disco. El último fue hace cuatro años, por Dios.

No le gustó el silencio que llegó a través del auricular.

Un silencio de muerte.

—¿Claudio?

—Sí, sí, tranquilo. Estaba ojeando unas cifras y... —la pausa fue oscura—. Bueno, la verdad, ahora mismo no creo que sea el momento de nada, y menos de grabar un disco.

—¿Cómo que no es el momento de nada? ¿Te parecen pocos cuatro años? Tengo material y en tres meses te monto una gira de puta madre.

—Gabi.

—¿Qué?

—Tu último disco fue un fracaso.

—¡Coño, porque la producción no estuvo a la altura! ¡Ahora me encargaría yo mismo!

—No se trata de eso —el tono seguía siendo distante. No había dolor, solo firmeza. Una pared expresando la realidad de que al otro lado no había nada—. ¿Has visto lo que está saliendo últimamente? ¿Estás escuchando el tipo de música que se hace? Sinceramente, con el resultado de ese disco y cuatro años de silencio... Eso es mucho tiempo. Un abismo. Casi un salto generacional teniendo en cuenta lo rápido que se mueve todo. No puedo

arriesgarme, Gabi.

—Me lo debes.

—No, no te equivoques: no te debo nada. Cuando os separasteis y viniste a mí, pasando de vuestra discográfica, te recibí con los brazos abiertos, te hicimos un buen contrato y te dejamos grabar tu primer disco solo. Punto. Jamás has sido lo que se dice un vendedor, y del prestigio del pasado no se come. Estás sin contrato, tienes las manos libres. Sé que encontrarás a una compañía pequeña encantada de respaldarte. Olimpia ya no.

—¿Y la amistad? —preguntó con amargura.

—Vamos, Gabi. Esto son negocios. La amistad no tiene nada que ver. Además, han pasado... ¿cuánto, diez, doce años desde la separación? Ya has superado los cuarenta. Las fans no saben quién eres, y los adictos de Lágrimas de Cocodrilo pasan de vosotros por separado. ¿Qué más quieres que te diga?

—Eres un cabrón, ¿lo sabes?

—Eso, ahora insúltame y ciérrate una puerta —dijo con dolor.

—¡Si es que no puedo creerlo!

—Pues créetelo. ¿Qué esperabas, una alfombra roja y mi gratitud por volverme a ofrecer tus canciones? Si no tienes mánager, hazme caso: grábate algo tú mismo, un buen tema, mételo en la Red y a ver que tal marcha en el *streaming* —lanzó un suspiro—. Esto es lo que hay ahora mismo. Reflexiónalo, no te cabrees y tómatelo con calma. Sigues siendo un buen cantante y un mejor guitarra. Actúa. El dinero está en los conciertos, no hace falta que te lo recuerde, ¿verdad?

—¡Claudio, joder!

—No lo digas —le detuvo—. Tengamos la fiesta en paz, ¿de acuerdo? Ahora he de dejarte. Acabo de salir de una reunión en la que todo son gritos y números rojos. Maldita sea... Gabi, Gabi... —pareció volverse paternalista—. Este es un barco que se hunde. El pasado no volverá. La música ya no es lo que era —y, finalmente, la directa—. Venga, un abrazo. Cuídate.

No pudo ni volver a estallar.

Al otro lado la señal se cortó.

Gabi se quedó mirando el móvil.

Estuvo a punto de estrellarlo contra la pared.

—Hijo de...

Lo dejó en la mesita, se levantó del sofá y dio unos pasos por la sala. Pasos

sin rumbo. Más allá del balconcito, minúsculo, el cielo de Madrid amenazaba lluvia. En el piso la tormenta ya estaba desatada.

Acabó saliendo de la sala.

Iba a meterse en el baño. Se detuvo al pasar por delante de la puerta de la habitación. Era como un cuadro. Bañada por un claroscuro fantasmal, Maya parecía ser el centro de una pintura erótica, con sus formas recortadas en la penumbra y brillando bajo la mortecina luz que penetraba por las líneas de la persiana a medio bajar. Dormía desnuda, boca abajo, incapaz de despertarse aunque se hundiera la casa o estallara una revolución.

Casi sintió rabia.

Entonces sonó el timbre de la puerta.

Dio dos zancadas y la abrió de golpe, furioso, dispuesto a pelearse con quien fuera.

O matarlo si era preciso.

Al ver a Juanjo Miralles se quedó sin habla.

Claudio Serna acababa de decirle que el pasado ya no iba a volver.

Y, de pronto, el pasado llamaba a su puerta.

—Hola, Gabi —le sonrió el aparecido—. ¿Cómo estás?

## 6

Gabi Muñoz miró el móvil, que había dejado sobre la mesita tras hablar con el director de Olimpia Discos. Fue un gesto instintivo. Su mente procesaba a toda velocidad lo que le estaba diciendo su antiguo mánager.

—¿Me estás diciendo que quieres que volvamos? —consiguió ordenar sus ideas.

—Sí —fue rotundo Juanjo Miralles.

—¿Y que ayer mismo hablaste con Silvio?

—En su casa de los Pirineos, sí.

—No puedo creerlo.

—Pues créelo.

—Juanjo, acabamos a hostias.

—¿Crees que lo he olvidado? Aún tengo la marca.

—¡Y hace doce años que no nos vemos!

—Tiempo suficiente para olvidar.

—¡No me jodas, tío!

Juanjo mantuvo la calma. Silvio había sido tranquilo. Gabi parecía poseído por una inesperada furia, como si se lo llevaran los demonios.

—Nadie os pide que volváis a ser amigos —dijo serenamente—. Solo que trabajéis juntos.

—Sabes que un grupo no es una oficina. No acabamos a las seis de la tarde, fichamos y hasta mañana. Hay que componer, ensayar, escuchar todas las opiniones... Y luego los conciertos. ¿Te acuerdas de la última gira?

—La tengo grabada en la memoria, minuto a minuto.

—¿Y aun así quieres que volvamos?

—Sí, porque ya no sois los que erais, habéis crecido, madurado, y el tiempo os está diciendo que solos no haréis ya nunca nada, sobre todo Silvio y tú, mientras que siendo Lágrimas de Cocodrilo volveríais a ser los números uno.

—¿Quién dice eso?

—Yo.

—Así de fácil.

—La gente no os ha olvidado. Y los jóvenes de hoy os descubrirían. Sería la bomba, el Gran Regreso, con mayúsculas —abrió las manos a la altura del rostro para dar mayor énfasis a sus palabras—. No he hablado con la discográfica ni con empresarios, pero conozco el negocio. Son *faves contades*.

El primer silencio largo se propagó entre los dos.

Gabi volvió a mirar el móvil.

Lo que más deseaba en ese momento era pegarle a Claudio Serna.

O taparle la boca.

—No me digas que en ningún momento de estos años lo has pensado — insistió Juanjo.

—No.

—Mientes.

—Te lo juro. Para mí era agua pasada.

—¿Y ahora?

—Coño, tío, no sé —levantó la mano con cansancio—. Apareces en mi puerta después de doce años y me sueltas esto así, sin más. ¿Qué quieres, que dé saltos de alegría, que te abrace y te bese?

—Deberías.

—¡Oh, sí, gracias por venir a rescatarme!

—Tu antigua casa no era así.

Gabi lo atravesó con una mirada acerada.

—Vale, perdona —se excusó Juanjo—. Solo digo...

—Sé lo que dices —le detuvo—. Vale, hasta ahora me has largado el rollo a mí. Ahora cuéntame que te soltó Silvio.

—Dijo que si tú estabas de acuerdo, él también.

—¿Eso dijo?

—Sí.

—¿No estarás jugando con los dos?

—Te lo juro. Y si primero fui a verle a él es porque fue el fundador del grupo. Sigue teniendo registrado el nombre.

—¿Qué más te dijo Silvio?

—Estuvo de acuerdo conmigo en que si tú y él decís que sí, Gonza y Marc os seguirán.

—No lo veo tan fácil. Gonza fue el que más presión metió, siempre

empeñado en que grabáramos sus malditas canciones. Y en cuanto a Marc... Joder, Juanjo, nunca superó la muerte de Pau.

—¿Sabes que estuvo internado?

—No.

—Pues sigue bebiendo.

—¿Entonces cómo vamos a recuperarlo?

—Si le dais una oportunidad, se pondrá a tono, te lo aseguro.

—Es increíble —resopló Gabi.

—¿Qué es increíble?

—Pareces saberlo todo. ¿Ves el futuro?

—Sí.

—¿Y por qué lo ves?

—No es solo porque conozca el mercado, sino porque a pesar de estos doce años de separación, os conozco a vosotros. Y porque antes de ellos hubo otros doce en que fuimos una familia, y yo era vuestro padre, vuestro hermano mayor, vuestro amigo y vuestro protector. La gente cambia, sí, pero vosotros siempre seréis los malditos músicos que le disteis marcha a este país y creasteis una leyenda.

La palabra fue como una nube que dejó una lluvia fina en el aire.

Gabi hizo una mueca de sarcasmo.

—¿No es mejor dejar muertas a las leyendas? —dijo.

—No, porque la vuestra no está muerta, solo dormida —Juanjo pasó al ataque—. Vamos, Gabi, ¿no me digas que hay mucho que pensar? ¿Qué tienes ahora? ¿Cuánto te durará la fama que aún pueda quedarte? Te ofrezco volver a ser alguien, tener éxito, dinero para vivir mejor, recuperar el prestigio...

—¿Y el precio?

—¡Erais amigos, y volveréis a serlo!

—¿Y si acabamos igual otra vez?

—¡Pues mala suerte! ¡Pero por lo menos dejaréis nuevas canciones y una gira que seguro que será memorable! ¡Haréis historia!

—Paso de la historia —chasqueó la lengua—. Silvio y yo nunca grabamos nada de lo que no nos sintiéramos orgullosos. Y esto no creo que vaya a cambiar. Ningún tema sobraba. Todos eran buenos. ¿Y si ahora no nos sale nada?

—Sin nuevo disco, no hay nada de qué hablar —le garantizó Juanjo.

Todo parecía dicho. O casi. Gabi se dejó caer hacia atrás. Por la puerta de la sala vio pasar a Maya, completamente desnuda, a espaldas de su mánager. El cuerpo de la modelo era apenas una brizna. A pesar del pelo alborotado y la cara de sueño, era turbadoramente hermosa. A pesar de su delgadez, al borde o ya de lleno en la anorexia, tenía la magia de su poderosa imagen, capaz de comerse la cámara cuando posaba en alguna sesión. A pesar de su frialdad, siempre distante y colgada de su mundo, era un puro deseo.

Fue en ese momento cuando se preguntó si realmente estaba enamorado de ella.

¿Cuándo había estado enamorado de alguien más allá de seis meses?

Con Maya llevaba apenas tres.

La chica desapareció.

Entonces Gabi hizo la pregunta que más le quemaba en los labios.

—¿Cómo le va a Silvio?



El último tren salía de Madrid a las nueve y veinticinco de la noche. Llegaba a Barcelona a las doce menos cinco. Esta vez salió de los primeros y tomó el taxi en la parada de la estación de Sants. El taxista era taciturno, o sería la hora. No abrió la boca en todo el trayecto. Cuando le dejó en la puerta de casa vio que la única luz encendida en la fachada era la de su piso.

Montse le esperaba.

Tomó el ascensor y abrió y cerró la puerta sin hacer ruido. Carles y Mireia dormían justo en las habitaciones de al lado, y no siempre tenían el sueño profundo. Cuando llegó a la sala, Montse ya se había levantado de la butaca, dejado el libro que leía a un lado y caminaba hacia él para darle un beso de bienvenida, aunque el viaje hubiera sido de ida y vuelta en el mismo día.

—¿Qué tal? —le preguntó directamente.

—Creo que bien —Juanjo la abrazó.

—¿Solo lo crees?

—Bueno, Gabi es Gabi, por eso he ido personalmente y no me he arriesgado a hablar con él por teléfono. Se lo he contado y me ha dicho que se lo pensaría.

—Gabi ya era imprevisible, así que eso no dice mucho.

—Gabi vive en un piso barato y viejo de La Latina, está con una modelo de apenas veinte años que parece que vaya a romperse a la que sopla un poco de viento y ahora ya puedo decirte que no tiene dónde caerse muerto. Se ha hecho el duro, pero tampoco tanto. Si Silvio está de acuerdo, él lo estará. Y viceversa. Sé que se necesitan más que nunca para cerrar este largo paréntesis en el que se han movido a lo largo de estos años de oscuridad.

—Eres un poeta —le sonrió.

—Sí, algún día escribiré un libro.

—Podrías hacerlo. De entrada, contar la verdadera historia de Lágrimas de Cocodrilo, o de cómo volvieron triunfales después de doce años de... ¿Cómo lo has llamado? Ah, sí, de oscuridad.

—Me matarían.

—¿Quieres cenar algo?

—He tomado un bocadillo en el AVE. Pero sí tengo sed.

Caminaron hasta la cocina, para que él tomara una lata de Vichy de la nevera. Le sacó la protección roja y luego le quitó el cierre. Devoró más de la mitad de una sola vez mientras Montse se apoyaba en el mármol de la repisa con los brazos cruzados. Llevaban diecisiete años juntos, pero no habían tenido hijos hasta después de la separación del grupo, cuando la vida se le hizo más tranquila. Por suerte, el trabajo de ella ayudaba ahora más que nunca a mantener la economía familiar.

Eso no se lo había dicho a Silvio ni a Gabi.

—Voy a conseguirlo, cariño —le aseguró a su mujer.

—Ojalá.

—Ya sé que estamos sin blanca, que las cosas no han ido bien, que el negocio de la música ya no es lo que era, pero te juro que no lo hago solo por el dinero. Creo en esto.

—Lo sé, no tienes que decírmelo.

—¿Sabes lo que pueden hacer si regresan?

—Sí, será un bombazo.

—Será más que eso. Si Silvio y Gabi consiguen volver a conectar...

Montse le cubrió con una mirada de cariño.

—Te lo dije la primera vez que me hablaste de ello: solo quiero que seas consciente del avispero en el que te metes. Como te dé un infarto y me dejes viuda, te mato.

—Haremos historia —dijo él fingiendo no haberla oído.

—Tú y la historia...

—¡La hicimos entonces, y volveremos a hacerla! —se defendió—. ¡Fuimos grandes! ¡Y digo fuimos porque ahí me incluyo yo! ¡Me encontré con cinco diamantes en bruto y conseguí modelarlos hasta...!

—Cinco —le recordó Montse haciendo de abogado del diablo—. Pagaron el precio. Lo pagó Pau. Y lo está pagando Marc.

—¡Como los Rollings con Brian Jones o los Who con Keith Moon o Pink Floyd con Syd Barrett! ¡El camino está lleno de cadáveres bien parecidos! ¡Pero todos siguieron adelante!

Montse no le dejó.

—¿Recuerdas cuando llegabas a casa después de una gira?

—Sí —alargó la vocal un poco más de la cuenta.

—Querías matarlos.

—Lo habría hecho.

—Destrozos, fans locas, drogas, borracheras...

—Vamos, Montse —no quería discutir con ella, y más a las doce y media de la noche—. Ahora es distinto. Han crecido. Silvio tiene mujer y un hijo, Gabi una chica, Gonza creo que también, o eso me han dicho. Solo queda Marc —hizo una breve pausa—. Voy a prohibir el alcohol y las drogas, si es que alguno sigue con eso además de Marc.

—¿Vas a prohibirles a cuatro tíos de cuarenta años que hagan lo que les venga en gana? —no pudo creerlo ella.

—Por el bien del grupo, sí. Y firmado. Por lo menos en las sesiones de grabación y antes de los conciertos —apuró lo que le quedaba de la lata de agua mineral y la dejó en la repisa.

Montse se acercó a ella, la cogió y, mecánicamente, la arrojó a la bolsa de la basura correspondiente.

—Cariño, no sé si vives en el mismo planeta —suspiró sincera pasando luego por su lado en dirección a la puerta de la cocina—. ¿Vamos a la cama?

—No seas mala —se quejó él siguiéndola.

Salieron al pasillo sin dejar de hablar, aunque bajando la voz.

—No lo soy, pero hablas de contener a cuatro músicos que, después de un concierto, a las tres de la madrugada, en un club o en el hotel, cuando una loca se presente en su habitación dispuesta a todo, caerán, como todos han caído siempre. ¿O harás guardia en el pasillo?

—Una loca no es como tomar drogas o emborracharse.

—Ya veremos.

—Esto es el *rock*, cielo —quiso darle el único argumento que se le ocurría.

—Y tú formaste parte de ese tinglado, y eras como ellos —le recordó Montse.

—Hasta que te conocí —la abrazó nada más cruzar la puerta de su habitación.

—Ahora...

No la dejó hablar más. Tenía suficiente. Le selló la boca con un beso.

Juanjo no sabía si hacer ya la llamada.

¿Prematuro?

Pero si Silvio o Gabi le preguntaban... ¿Qué les diría?

Editar un disco era la parte más fundamental.

Tuvo que buscar el número de teléfono en una vieja agenda. Lo encontró. Ni siquiera sabía si seguiría siendo el mismo. Los pocos artistas que representó en aquellos años habían grabado en pequeñas compañías. Ninguna *major*. Ninguna como Karma Discos.

Tomó aire y marcó las nueve cifras.

Al otro lado, casi de inmediato, escuchó la voz de Marcelino Gausá.

Él mismo.

Así que seguía siendo su directo. Algo que pocos tenían.

—¿Marcelino?

—¿Quién es? —tronó la voz ronca y áspera del dueño de la discográfica.

—Juanjo Miralles.

El efecto fue inmediato.

—Pero bueno... ¿De dónde sales tú?

—¿De veras quieres que te cuente mi aburrida vida? —se rio—. ¿Cómo estás?

—¿Yo? —por la línea se escuchó un resoplido que muy bien podía haber sido el relincho de un caballo—. ¿Tú qué crees? ¿No lees los periódicos o miras Internet? ¡Este negocio ya hace años que se ha ido a la mierda, querido! ¡Somos supervivientes, *rara avis* que todavía amamos la música! ¡Mis contables están más rojos que sus libros!

—Ya será menos —intentó contemporizar—. Sigues teniendo buen ojo para los artistas, los discos... Siempre tienes números uno.

—Mira, si te vas a poner como mi mujer, te cuelgo. ¿Qué quieres, Juanjo?

La hora de coger el toro por los cuernos.

Con Marcelino Gausá no valía la pena andarse con rodeos.

—Lágrimas de Cocodrilo —dijo.

—Sí, ¿qué pasa con ellos? Si me preguntas si se siguen vendiendo sus discos te diré que sí, pero mucho, muchísimo menos, claro. Siempre quedan viejos fanáticos o nuevas incorporaciones de jóvenes que los descubren. Los de Silvio en solitario, en cambio, nada de nada.

—¿Qué harías si volvieran?

La pregunta flotó igual que un pedazo de hielo en mitad del vacío telefónico.

Se convirtió en un ascua de inmediato.

—Coño, Juanjo. ¿Hablas en serio?

—Tú dime qué harías.

—¿Tú qué crees? ¡Tirar la casa por la ventana!

—¿Seguro?

—Siempre y cuando hicieran algo que valiera la pena... —se lo pensó mejor—. O sin que valiera la pena, ¡qué diablos! Un disco suyo seguido de una gira sería... un bombazo, el hito del año, puede que de la década.

—Era lo que quería escuchar.

—Espera, espera —lo detuvo como si fuera a colgarle—. ¿De verdad me estás diciendo que van a volver? ¿Después de cómo acabaron?

—Estamos hablando. Es todo lo que puedo decirte.

—Pero... ¿hablando, hablando o...?

—Silvio y Gabi están de acuerdo. Gonza y Marc no creo que se nieguen, y si alguno no se apunta, mientras estén ellos dos... El resto del grupo lo completamos con músicos de estudio.

—No te dejarán hacer eso. Buenos eran: o todos o ninguno.

—Bueno, ya veremos.

—De todas formas es alucinante.

—Sí, ¿verdad?

—¿Y lo de «Cuando el cielo se quemó»?

—Ya se ha quemado.

—¿De quién ha sido la idea?

—Mía.

—Serás cabrón...

—¿Para qué están los buenos mánager?

—Tocará negociar de nuevo, claro.

—Sí.

—Y vas a pasarte un huevo.

—No, hombre no. Seguro que llegaremos a un acuerdo rápido. Ni siquiera he pensado en otras discográficas, a pesar de que seguro que alguna pagaría más que tú.

—Juanjo, no empieces a jugar conmigo —le previno.

—¡Que no estoy jugando! ¡No he llamado a nadie! ¡Eres el primero! — hora de echar el freno—. Y por cierto... Esto es un secreto, ¿eh? Una filtración antes de hora, un comentario, lo que sea, y se nos fastidia el invento, lo sabes.

—Lo sé, lo sé. ¡Qué vas a contarme!

—Ni a tu secretaria, ni a tu mejor amigo, ni a tu mujer... Un simple rumor y adiós.

—¡Tranquilo, coño!

—Es que hablo muy en serio. Todos nos jugamos mucho.

—¿Crees que no lo sé? Bastante milagro es la simple posibilidad. Si se confirma... ¿Me tendrás informado?

—Sí, descuida.

—¿Algún plan de trabajo?

—No, de momento nada. Sabes que no eran precisamente rápidos componiendo.

—¡Ni grabando, que así se disparaban las facturas del estudio!

—No te quejes. Ganaste millones.

—Juanjo.

—¿Qué?

—Dales caña.

—Bien.

—Y... bueno, gracias por llamar.

—Ahora siento no haber grabado esta conversación —expresó un deje de sarcasmo—. Creo que es la primera vez que me das las gracias.

—Porque todos los mánager sois unas sanguijuelas, hombre.

—¿Y los draconianos directores de las discográficas no?

—Cuelgo.

—Hasta pronto, Marcelino.

—Eso espero.

Debieron de cortar al mismo tiempo.

La mujer que le abrió la puerta rondaría los treinta y cinco años. Alta, muy guapa, muy bien formada, con el cabello recogido en un moño y el maquillaje justo y perfecto para resultar atractiva sin pasarse. Vestía un uniforme negro, ceñido, apenas escotado, con un pañuelo rojo al cuello y la falda hasta las rodillas. Calzaba zapatos de tacón.

Los dos se quedaron mirando, él impresionado y ella curiosa.

—¿Sí?

—¿Está Gonza?

—No, ahora no —le sonrió mostrando dos filas de perfectos y blancos dientes enmarcados por dos inesperados hoyuelos a ambos lados de los labios—. ¿Para qué quiere verle?

—Me llamo Juanjo. Juanjo Miralles.

Ella demostró que había oído hablar de él. Levantó un poco las cejas y acentuó la sonrisa. A continuación le tendió la mano.

Se la estrechó con firmeza.

—Soy Caro —le dijo—. He de irme en cinco minutos, pero si quieres pasar... —le tuteó.

—No, no, gracias. ¿A qué hora podría encontrarle?

—Pues... no lo sé. Toca esta noche en el Jambore de la plaza Real. Debe de estar allí ensayando y luego cenará cualquier cosa por los alrededores. Yo esta noche tengo el cierre y la comilona de un congreso —se lo aclaró—. Soy azafata. Si no, te acompañaría.

—Entonces me pasaré por el club, tranquila.

—Será una sorpresa para él.

—Lo imagino. ¿Cómo le va?

—Bien, dentro de lo que cabe. Toca aquí y allá. Lo que le salga.

Juanjo se resistió a mirar más allá de ella. El piso parecía normal. Humildemente normal. Más o menos como el de Gabi en La Latina de Madrid. Ninguno de los viejos Lágrimas de Cocodrilo parecía nadar en la abundancia, aunque Silvio tuviera su casa en la montaña, con su estudio

incluido.

—¿Eres su pareja? —le preguntó al ver que no llevaba ningún anillo en la mano.

—Sí, desde hace siete años.

Siete años era mucho tiempo.

Caro le estaba diciendo que la cosa iba en serio, que se trataba de amor. Una relación estable.

Se sintió más tranquilo.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro —asintió ella.

—¿Cómo está?

—Bien —su rostro denotó serenidad—. Sabía quién era cuando le conocí, y él tampoco me ocultó nada de su pasado. Ahora está muy tranquilo, es feliz, y sobre todo toca por placer, sin presión, aunque tampoco es que vayamos sobrados de dinero.

—¿Te ha contado muchas cosas de aquellos años?

—Bastantes.

—¿Y de mí?

—Siempre dice que intentaste mantener el barco a flote, y que, pese a todo, eras decente.

Pese a todo.

—Hice lo que pude —confesó.

—¿Has venido a proponerle algo o es una visita de amigo?

—He venido a proponerle algo, sí.

—¿Trabajo?

—Sí —volvió a asentir.

Caro sostuvo su mirada. No siguió preguntando.

—Puede que lo necesite —plegó los labios—. Y espero que sea para bien.

—Gracias.

—Debo dejarte —ella miró su relojito de pulsera en un rápido gesto—. Me queda un minuto y he de hacer un par de cosas. ¿Has venido en coche?

—No, a pie. Me gusta andar.

—Entonces habré de ir en metro, lo siento.

Juanjo se la imaginó en el metro, en aquella hora punta, con su uniforme, su estatura, su belleza femenina basada en la elegancia y la sobriedad.

Todos los que hacían los trayectos con los ojos fijos en sus móviles la



mirarían a ella.

—Ha sido un placer, Caro —le tendió de nuevo la mano.

—Lo mismo digo, Juanjo —le correspondió la mujer.

A veces, o casi siempre, el equilibrio humano se basaba en encontrar algo tan simple como la perfecta compañía. Caro parecía ser la de Gonza.

Era suficiente con verla y hablarle un par de minutos.

—¿Puedo pedirte un último favor? —preguntó él ya en el rellano justo antes de que ella cerrara la puerta.

—Sí.

—No le llames por teléfono para decirle que voy a ir. Quiero que sea una sorpresa.

—Te lo prometo —movió la cabeza de arriba abajo.

—Gracias.

Comenzó a bajar la escalera y Caro desapareció de su vista, tras la puerta, llevándose con ella su relajada calma y su serena paz femenina.

Si había sido capaz de domesticar a Gonza Iriarte, valía su peso en oro.

Gonza Iriarte había sido el más joven de Lágrimas de Cocodrilo y, lo mismo que George Harrison en los Beatles, su eterna lucha consistió en querer demostrar a Silvio y a Gabi que sus canciones eran, por lo menos, casi tan buenas como las de ellos. La mayor parte de peleas entre unos y otros surgieron a causa de esa insistencia. Como mucho, en todos los álbumes, Gonza había conseguido meter un tema propio. Únicamente en el último tuvo dos canciones. Dos notables canciones. En cambio era un gran bajista, excepcional, y su compenetración con Silvio a la batería uno de los pilares del sonido Lince.

Viéndole tocar en el Jambore, y a pesar de que no hacían precisamente *rock*, Juanjo comprendió que no había perdido su magia, su fuerza, su capacidad rítmica, algo que le hacía único.

Eran cuatro, un piano, un saxo, un batería y él al contrabajo. Hacían algo parecido al *free jazz* pero con toques personales, porque abundaban los solos. Daba la impresión de que no formaban un grupo, sino que se trataba de cuatro músicos unidos para hacer algunos bolos y ganarse unos euros. Cualquiera experto podía ver lo mucho de improvisación que había en cada tema, arrancado por uno de ellos y seguido por los demás. Como mucho, se atrevieron con un par de clásicos.

Juanjo pensó en la noche que había visto a Miles Davis en el Palau de la Música, siendo un adolescente.

Tras la separación del grupo, Silvio y Gabi habían iniciado carreras en solitario, Marc se perdió en los vericuetos de sí mismo y Gonza, por más que lo intentó, jamás logró nada individualmente. El tiempo demostró lo que ya se veía en Lágrimas de Cocodrilo: que era capaz de hacer un buen tema cada dos o tres años, no más, y que, como cantante y tercera voz, no superaba a los dos líderes. Rodando por cualquier parte, había tocado en otras bandas, siempre para acabar saliendo a tiros. Si los componentes eran más jóvenes que él, no le soportaban, y si eran inferiores en calidad, porque acababan hartos de sus opiniones cuando no insistencias. En ninguna fue el líder.

Tampoco logró formar un conjunto estable. Cosas que se sabían en los mentideros y la trastienda de la industria. Si seguía en la música era por vocación, porque le gustaba, por la necesidad de tocar en vivo, porque no sabía hacer otra cosa, y porque amaba el bajo más que a nada en la vida.

Tal vez hasta que había aparecido Caro.

Terminaba la actuación.

Los cuatro músicos, enzarzados en un *crescendo* visceral, se dejaban llevar por el último arrebató de pasión. El batería, el más flojo, iba un poco atropellado. El saxo retozaba sobre la base rítmica con sintéticas ráfagas que trataban de mostrar un cierto grado de paroxismo febril. El piano machacaba las teclas con fervor, en lo que parecía ser un alarde pero no era más que artificio. Gonza en cambio estaba haciendo una prodigiosa escala, y además sin aparente esfuerzo. Cuando tocaba con los ojos abiertos podía estar pensando en cualquier cosa, lo cual no significaba que no sintiese la música.

Llegaron al clímax y...

La gente aplaudió el esfuerzo. Ellos saludaron desde el pequeño escenario y, tras decir que volverían a salir en cuarenta y cinco minutos, que no se fueran, se retiraron. Juanjo no fue tras ellos de inmediato.

Con *rock* o con *jazz*, después de un concierto o de un pase corto como aquel, había que bajar la adrenalina.

—¿Quiere otra cerveza, señor?

Miró al camarero.

—No, gracias.

Se quedó solo.

¿Cuántos años llevaba así?

La oportunidad de su vida, tal vez la última, dependía de cuatro tipos geniales y de lo que decidieran en los próximos días.

Geniales.

Lo habían sido. Cinco contando con el pobre Pau.

¿Se conservaba ese genio con el paso de los años y el progresivo silencio y estancamiento de sus vidas?

Esperó cinco minutos más.

La gente, el público asistente, era variopinto. Algunos aficionados al *jazz*, algunos asiduos, algunos turistas y algunos jóvenes que estaban allí por cualquier azar. Probablemente nadie supiera que Gonza había sido uno de Lágrimas de Cocodrilo. Y si alguien lo sabía, le importaba muy poco. O

nada.

¿Qué más daba? Allí era uno más. Otro músico tocando en un pequeño club, por placer o dinero. La mayoría de las personas se los imaginaban así, tipos bohemios, viviendo a salto de mata, libres pero muertos de hambre.

La mayoría de las personas no tenían ni idea.

Juanjo se levantó.

Cruzó la sala y se dirigió al acceso de los camerinos. Nadie le cerró el paso. Nadie le impidió cruzar aquella puerta. No era el *backstage* de un macroconcierto de *rock*, con veinte mil puestos de control y seguridad junto a una docena de gorilas personales para cada músico. Habían matado a Lennon. Nadie quería ser el siguiente.

Gonza estaba solo, sentado en una silla.

En calzoncillos.

Los dos se quedaron mirando, separados por un millón de años luz.

El silencio también fue enorme.

Un diálogo capaz de resumir aquellos doce años separados.

De cerca, Gonza parecía ser el que más había envejecido, al menos en comparación con Silvio y Gabi. Sin una carrera en solitario, como ellos, probablemente lo había pasado peor.

Y aún faltaba Marc.

Juanjo no supo qué decir, aplastado por aquella mirada cargada de dureza.

—Te he visto ahí, sentado —rompió el hielo el músico.

—Hola, Gonza —rompió la catarsis el mánager.

—Como si quisieras pasar desapercibido —continuó Gonza.

—Ya ves que no.

—¿Qué haces aquí?

¿Qué decía? ¿Contemporizaba? ¿Se sentaba en la otra silla y fingía que no había pasado nada, y menos doce años? ¿Daba un rodeo? ¿Le invitaba a tomar algo y, poco a poco, se lo soltaba?

De pronto, tuvo miedo.

Y, sin saber cómo, se oyó a sí mismo decir:

—Intento reunir al grupo.

Lo que sucedió a continuación fue rápido, pero Juanjo lo vivió a cámara lenta. Vio cómo Gonza se levantaba, cómo cubría la distancia que le separaba de él, cómo movía el brazo derecho de atrás hacia adelante y, por último, también vio cómo el puño cerrado se le acercaba directo a la cara.

No se movió.

Estaba paralizado.

Quizá lo esperara, y lo aceptara, como precio por todo.

El puñetazo fue sordo.

La caída no.

Arrastró con él la silla situada a su derecha, en la que intentó asirse inútilmente, y luego cayó como un fardo sobre una mesa plegable que se vino abajo con su peso. Con ella lo hicieron los tres vasos de plástico y la botella

de cerveza, que se hizo añicos contra el suelo a causa del impacto. Creyó que Gonza seguiría su ataque y se revolvió en el suelo, ahora sí en guardia, por mero instinto de protección.

Pero el músico no lo hizo.

Se quedó de pie, frente a él, sin dejar de mirarle, ahora con tanta tristeza como rabia.

Juanjo luchó contra el aturdimiento, con la mandíbula desencajada. Se pasó la lengua por la boca para comprobar que tuviera todos los dientes en su lugar.

La tristeza de Gonza le ganó a la rabia.

Cinco extraños segundos.

Hasta que le tendió la mano, para ayudarle a levantarse.

En ese momento alguien metió la cabeza por el hueco de la puerta. Era el pianista del cuarteto.

—¿Todo bien por aquí? —preguntó con el ceño fruncido.

—Sí, no pasa nada —dijo Gonza.

El pianista miró los destrozos, la silla caída, la mesa aplastada, la botella rota, los vasos por el suelo.

—Vale —se encogió de hombros siguiendo el código no escrito de los músicos de no meterse en líos ajenos.

Volvieron a quedarse solos.

Gonza soltó una bocanada de aire y dijo las dos palabras más amargas que Juanjo hubiera oído en mucho tiempo:

—Estás loco.

—No, no lo estoy.

—Vamos, Juanjo —bajó la cabeza y se cruzó de brazos—. ¿Te presentas aquí, después de todos estos años, y me sueltas esto, así, como si tal cosa?

—Sí.

—Pues si no estás loco eres idiota.

—¿Podemos hablar?

—Estamos hablando.

—¿Aquí, contigo en calzoncillos y después de haberme pegado?

—¿Quieres que vayamos a cenar, por los viejos tiempos? —la segunda parte de la frase la pronunció con extrema ironía—. Di lo que tengas que decirme y lárgate. Aquí tienes tu silla —señaló la que estaba caída en el suelo.

Lo cierto era que lo necesitaba. Sentarse. Se le doblaban las rodillas y se le nublaban la vista. Gonza pegaba duro. Lo recordaba. Muy duro. Hizo un esfuerzo, recogió la silla, cerró un momento los ojos al volver a recuperar la vertical y se sentó en ella sabiendo que podía vomitar en cualquier momento. Gonza ocupó la otra y se inclinó hacia adelante, con los codos hundidos en los muslos.

Sus ojos eran de acero.

La mirada dura.

—¿Estás bien? —le preguntó a Juanjo.

—No, pero no importa.

—¿Quieres agua?

—No.

Se sobrepuso. A duras penas, pero se sobrepuso. Lo primero, venciendo la arcada. Lo segundo, estabilizando la mirada. Intentó buscar las palabras, reordenar sus ideas, pero Gonza se le adelantó.

Y lo hizo de manera directa.

—Te pusiste de su parte —fue lo primero que le dijo.

—No —negó Juanjo—. Ahí te equivocas. Me puse de parte del grupo, porque lo importante era él, no tú, Silvio o Gabi.

—El grupo eran Silvio y Gabi.

—Otro error.

—No lo parecía.

—Porque eras un tocapelotas, Gonza —le dolió decirlo, pero era inevitable en una conversación como aquella—. Te quejabas por todo, siempre estabas insatisfecho...

—¿Y si no he cambiado?

—Tienes doce años más. Me resisto a creer que no hayas pensado en ello, que no hayas reflexionado y analizado las cosas fríamente.

—Tocapelotas.

—Sí.

—Yo solo quería...

—Querías estar a la altura, ser como Silvio y Gabi. Pero no lo eras. ¿Y qué? Lo tenías todo menos eso. ¿De verdad necesitabas más?

—Sí, lo necesitaba. Hacía buenas canciones.

—Una, dos —Juanjo siguió siendo explícito—. ¿Qué has hecho después de la separación?

—Joder, Juanjo, no es justo.

—Ni un disco en solitario, Gonza. Esa es la verdad.

—¡Lo pasé mal! —apretó los puños.

—¡Todos lo pasamos mal! ¡Aquella pelea fue...! Dios, no quiero ni recordarlo —Juanjo se llevó una mano a la cara.

—Todos contra todos.

—¡Fue lo que os dijisteis, no los golpes! ¡Lo que sacasteis de dentro!

—¿Crees que yo rompí el grupo?

—No, pero ayudaste.

—Silvio y Gabi también tenían su guerra.

—Sí, cierto, no te lo voy a negar, pero por su maldito perfeccionismo, siempre exigiéndose más el uno al otro.

—Y luego la muerte de Pau... Joder, nosotros también estábamos muertos ya entonces. Los últimos dos años seguimos por inercia, por cobardía, por miedo a dejarlo y reconocer que ya no éramos los mismos.

—Por eso quiero que volváis, para cerrar todo aquello.

—¿Así de fácil?

—No, de fácil nada, pero tenéis que intentarlo, por la gente, y más por vosotros mismos.

—¿Y olvidamos lo que pasó?

—No, olvidarlo no, al contrario: tenerlo presente para ser más fuertes esta vez —Juanjo intentó ser más explícito—. ¿Cuántos grupos han acabado a bofetadas, incluso en los tribunales, y al cabo de diez, quince o veinte años han vuelto y han entonado el *mea culpa*? ¿Te doy la lista?

—Y la gente los llama dinosaurios.

—La gente que no entiende que un músico, incluso cualquier artista, no se jubila nunca, es tonta del culo.

Dejaron de hablar unos segundos. Juanjo se recuperaba del puñetazo. Gonza de la sorpresa. Uno regresó al tono expectante. Otro intentaba buscarle un sentido a todo.

—¿Qué sabes de los demás? —preguntó el bajista.

—No les va mejor que a ti. Lo necesitáis todos.

—¿Has hablado con alguno de ellos?

—Con Silvio y con Gabi.

—¿Así que vuelvo a ser el tercero? —sonrió cansinamente.

—Silvio tiene el nombre del grupo. Gabi era el socio perfecto, Lennon-



McCartney, Jagger-Richards. Vamos, Gonza, tenía que seguir el escalafón.

—¿Ves como sigo siendo un tocapelotas? —acentuó la sonrisa—. ¿Y qué dicen ellos?

—Que si todos estáis de acuerdo, es posible.

—¿Y volver en plan *revival*?

—No, volver con canciones nuevas, un álbum y una gira.

—¿Volver... a grabar?

—Sí. Silvio y Gabi no lo aceptarían de otra forma. En eso no han cambiado.

Gonza se echó para atrás. Movi6 la barbilla de un lado a otro. La idea penetraba más y más en su mente. Las preguntas, de todas formas, seguían siendo muchas.

Hizo la más importante.

Sabiendo que la vuelta no sería posible si faltaba uno.

—¿Y Marc?

## 12

Por la mañana, al levantarse, lo primero que hizo fue mirarse en el espejo del baño.

El impacto del puñetazo de Gonza era visible en su cara.

Y el dolor de cabeza, mucho más.

Por lo menos Montse ya se había ido, aunque tendría que explicárselo igualmente en cuanto le echara el ojo encima.

Lo segundo fue telefonear a Silvio Paz.

Se puso Elisabet. Por un momento temió que el músico aún mantuviera las viejas costumbres de vivir de noche y dormir de día.

—Está en el estudio, voy a llamarle —le dijo ella.

—Si está trabajando no quiero molestarle.

—Tranquilo. Creo que está esperando tu llamada.

—¿En serio?

Elisabet pareció susurrárselo envuelta en un halo de dulce complicidad:

—Ya sabes que sí.

Juanjo se quedó esperando. No daba la impresión de que hubiera un teléfono en el estudio del sótano. Tardó un minuto en escuchar unos pasos. Luego, la voz algo jadeante de Silvio, después de que hubiera subido las escaleras.

—¿Sí?

—Siento interrumpirte —se excusó Juanjo.

—No seas burro. ¿Qué tal te ha ido?

—¿Tú qué crees?

—No sé, la verdad —sonó muy sincero—. Tal y como acabamos y después de tantos años...

—Gonza ha dicho que sí. Gabi se lo está pensando, pero lo veo más que probable. Quiere hablar contigo, y tú sabes que has de hablar con él. Si no os ponéis de acuerdo vosotros dos... Yo ya he dado el primer paso, os he acercado.

—Lo de Gabi lo entiendo. ¿Gonza ha dicho que sí sin condiciones?

—Sí.

—¿No ha pedido lo de siempre, meter más canciones tuyas en los discos?

—No.

Flotó un leve silencio.

—¿Así que si Gabi y yo aceptamos...?

—La cosa está hecha.

—Seguirá faltando Marc.

—Es el que menos me preocupa —dijo Juanjo.

—¿El que menos, y entra y sale de rehabilitación cada dos por tres?

—Iremos a verle todos. Esa es la clave. Cuando nos vea, cuando le hablemos de lo que vamos a hacer, cuando se sienta de nuevo músico, sé que hará lo que sea por salirse, y si le ayudamos, lo conseguiremos. De una forma u otra, también se lo debemos.

Juanjo escuchó una especie de risa sardónica.

—¿Tú te estás oyendo? —le preguntó Silvio—. Pareces una especie de padre redentor.

—Si te digo que estoy emocionado, ¿también te reirás?

—No, hombre, no.

—Porque lo estoy, ¿sabes? Le hablé a mi mujer de que estábamos haciendo historia y puso una cara así de larga. Y le dije lo mismo a Gabi y me respondió que pasaba de eso. ¡Pero para mí lo es, y yo no soy del que se hablará luego, sino de vosotros, pero no me importa! ¿Cuándo no creí en vosotros y en lo que estábamos haciendo?

—Tú nos mantuviste unidos muchas veces —reconoció Silvio al otro lado del teléfono.

—¡Porque era más que mi trabajo! ¡Cuando os busqué discográfica, cuando no tenía un céntimo y pedía prestado para dároslo a vosotros fingiendo que iba sobrado, cuando me partía el culo con los empresarios para conseguir más pasta, cuando os metíais en líos...!

—Que no fueron pocos.

—¿Empezamos ya con las batallitas? —también soltó una risa Juanjo.

—¿Cuál es el siguiente paso? —preguntó Silvio.

—¿Tienes algo donde apuntar?

—Sí.

—Pues anota.

Le dio un número de teléfono.

—¿Es el de Gabi? —lo captó Silvio.

—Sí.

—Bien.

—Sigo pendiente, ¿de acuerdo? —Juanjo inició la despedida—. ¿Puedo preguntarte algo más?

—Adelante.

—¿Qué opina Elisabet?

La respuesta fue rápida.

—Dice que es lo mejor que puedo hacer en este momento y, por supuesto, que estará a mi lado.

—¿Cuándo no lo estuvo? —suspiró Juanjo.

—Lo mismo digo de Montse. Nos vemos —se despidió el primero.

No le llamó de inmediato.

Necesitaba reflexionar.

Inundarse de paz.

Sabía que todo dependía del primer tono, de cómo hablasen, de lo que se dijese y cómo sonase. Habían sido como hermanos desde la niñez. Él tocaba latas con dos palos, siempre queriendo ser batería, y Gabi rascaba una vieja guitarra que solo tenía tres cuerdas. Luego, el primer grupo, a los quince años. Un largo peaje y a los dieciocho, por fin, Lágrimas de Cocodrilo, al aparecer, de una tacada, Gonza al bajo, y Marc y Pau a las guitarras. Con ellos, pese a ser también un buen guitarra, Gabi podía concentrarse en cantar junto a él y liberarse. Tampoco les había ido mal la fórmula de las tres guitarras. Sonaban de fábula. Los directos acabaron siendo antológicos, enzarzados con sus largos solos capaces de poner a la gente en pie.

Sí, habían sido como hermanos.

Lo mismo que Lennon y McCartney.

Y, como ellos, acabaron peleados, superados por la vorágine del éxito y la espiral de una vida convertida en una carrera de locos.

Hasta la tormenta final.

¿Curaba realmente el tiempo las heridas?

¿Habían aprendido algo?

Y lo más importante, ¿se necesitaban, como aseguraba Juanjo?

Silvio siguió mirando las montañas nevadas unos minutos más. Elisabet no tardaría en regresar del pueblo con Neo. Le gustaba aquello, cómo no. Era su casa. Pero siempre que regresaba a Barcelona, para tocar allí o para subirse a un tren o un avión que lo llevase hacia otra actuación, lejos, recordaba el sentimiento que le unía a la música. La pertenencia/dependencia de algo más, superior a él. Paz en la montaña, guerra de los sentidos siendo un urbanita al pisar el duro asfalto de la vida del roquero.

El *rock*, la música, era un veneno.

El todo.

Más que una religión, porque hablaba de libertad.

Asintió con la cabeza, como autoconvenciéndose, y regresó a la casa.

El papel en el que había apuntado el número de Gabi seguía allí, al lado del teléfono. Descolgó el auricular y lo marco despacio. Luego cerró los ojos.

Juanjo le había dicho que vivía con una mujer.

Pero respondió él mismo.

—¿Sí?

—Gabi, soy yo.

«Yo».

Suficiente.

De pronto, doce años desaparecieron de un plumazo.

Era como si volvieran a tener quince, y se llamasen para quedar.

—Hola, Silvio.

—¿Qué tal?

—Bien.

—Me alegro.

—¿Cómo estás?

—Voy tirando, pero bien, sí.

—¿Sigues con Elisabet?

—Claro.

—Bueno, me alegro. Era genial.

—Sigue siéndolo. Tenemos un hijo. Neo.

—¿También será batería?

—Prefiere la guitarra, incluso los teclados, así que trato de enseñarle de todo. También me ayuda en el estudio. Hace de ingeniero de sonido. Es un manitas. ¿Tú estás...?

—Nada serio, ya me conoces. Las relaciones me duran menos que un vaso de agua en el desierto.

—Genio y figura.

—Ya ves.

La primera andanada de trivialidades estaba dicha. Habían roto el hielo. Hablaban. Hablaban como viejos camaradas. Picoteaban levemente sobre la superficie de sus vidas.

Faltaba mucho para llegar al pozo de los sentimientos, y quizá no llegasen ya nunca a tanto.

Pero era un primer paso.

El más importante.

—Bien —dijo Silvio—. ¿Qué opinas de todo esto?

—No sé. Ha sido todo muy rápido.

—Sí, imagino que cuesta asimilar.

—¿Tú lo habías pensado alguna vez?

—Sí —reconoció—. ¿Y tú?

—Supongo que también, aunque me lo negaba a mí mismo —admitió Gabi.

—Tenía que ser Juanjo, claro.

—¿Quién si no? —soltó una pequeña risa.

—¿Tú lo ves posible?

La respuesta se demoró un par de segundos.

—Sí —dijo Gabi.

—¿A pesar de cómo acabamos?

—Estábamos saturados. Casi fue lógico. Incluso creo que aguantamos más que otros, porque la última gira...

—Una locura, sí.

—Si doce años no nos han hecho madurar, no sé qué lo hará.

—Estoy de acuerdo.

—Pero sabes lo que dirán, ¿no?

—Que volvemos por la pasta —asintió Silvio.

—Ni más ni menos.

—Pues que les den.

—Silvio, no me veo viviendo del pasado. Nada de *revivals*.

—Es que si no sacamos un disco potente, que sea la base de una nueva gira, yo no me meto.

—Ni yo —se lo confirmó Gabi.

—Lo malo es que llevamos doce años sin trabajar juntos.

—Catorce, si contamos la última vez que lo hicimos para grabar el último disco.

De pronto la cifra se les antojó monstruosa.

A los dos.

—¿Y si hemos perdido el puntito? —preguntó Silvio.

—No —Gabi sonó categórico—. Lo tuvimos y lo tenemos. Solo es cuestión de recuperarlo.

—Me alegro de que seas optimista.

—¿Cuándo no lo fui? Tú eras el que le daba más vueltas a todo en la cabeza. Yo me tiraba más a la piscina antes de ver si había agua.

—Nos complementábamos bien, ¿verdad?

—De coña.

Pareció sobrevenirles un atisbo de emoción.

Un instante.

—Supongo que habrá que esperar a ver que sale —dijo Silvio.

—Ni una palabra antes, eso seguro —lo corroboró Gabi.

—¿Tienes canciones?

—Algunas, ¿y tú?

—Sí, pero pensadas para mí solo.

—Es diferente, sí.

—Entonces... ¿Nos damos unos días? ¿Trabajamos por separado y nos vemos?

Estaban quedando.

—Me parece bien —dijo Gabi—. Que Juanjo lo organice.

—Nos falta ver a Marc.

El nombre del guitarra hizo que volvieran a sumergirse en un inesperado y triste silencio.

—Habrá que ayudarle —suspiró Gabi. Y añadió con amargura—: Supongo que tendríamos que haberlo hecho antes.

Era como si, inesperadamente, descubrieran que habían vivido en burbujas. Flotando en mundos paralelos.

Quedaba por decir aquello.

—Dijimos que volveríamos cuando el cielo se quemase —exhaló Silvio.

—Bueno, si los Eagles helaron el infierno, no veo por qué nosotros no podemos incendiar el cielo —fue la simple respuesta de su viejo compañero.



Gonza tenía el bajo entre las manos.

Siempre era igual.

Mejor que una mujer, mejor que todo. La compañía perfecta. Pinzaba una cuerda y esta le respondía. Jamás le decía que no. Colocaba los dedos en los trastes y surgía todo lo demás. Ritmo y melodía trenzando un camino en su mente. Lo usaba no solo para tocar y hacer música, sino también para relajarse y pensar.

Miró una fotografía de Caro y de él, destacando como un faro en la mesita contigua a la butaca en la que estaba sentado.

Caro.

Su Caro.

Ella le había dado la estabilidad necesaria para no volverse loco, para seguir, para aceptar las cosas como eran. En el fondo había tenido suerte. En pleno éxito, las chicas se les acercaban como las moscas. Todo era fácil. Pero conseguir a una mujer como Caro después, no siendo nada, tenía su mérito. No se trataba de fama ni dinero, sino de amor.

La imaginó trabajando, en su enésimo congreso, como siempre, siendo la mejor de las azafatas mientras decenas de hombres la miraban preguntándose si tendrían la menor posibilidad con ella.

Mientras se preguntaban si era algo más que una azafata.

¿Una mujer guapa, encantadora, embutida en un uniforme?

A veces la iba a buscar, para darle mayor seguridad.

Algunos no se contentaban con un no.

Pulsó la cuatro cuerdas del bajo, una a una, y luego, sin apenas pensarlo, tocó la base rítmica de *Take five*.

—Mierda... —dejó ir al terminar.

Lo que más le había dolido en aquellos años, sobre todo al comienzo, cuando ninguna discográfica apostó por él, fue darse cuenta de que ellos tenían razón.

Ellos.

Silvio y Gabi.

No era lo bastante bueno componiendo. Podía hacer una o dos canciones notables, esforzándose mucho y con la ayuda del resto, pero no más. Era imposible que otros temas hechos por él hubieran podido desbancar a cualquiera de los de ellos dos.

Todas las peleas.

Todos los gritos.

No, no había roto el grupo, no era su responsabilidad, pero había ayudado a deshacerlo. Silvio y Gabi enfrentados. Silvio y Gabi contra él. Y Marc. Y el fantasma de Pau, siempre presente, recordándoles el precio a pagar. Después de todo, las cadenas se rompían siempre por el eslabón más débil.

Y ese había sido Pau.

Siempre él.

Las malditas drogas...

Se levantó de golpe, dejó el instrumento en la butaca y caminó hasta la estantería que presidía la sala. Cogió el CD del último disco grabado por Lágrimas de Cocodrilo. El álbum en el que, por primera vez, había conseguido meter dos canciones. Eran muy buenas, sí, pero gracias a los arreglos y el trabajo del grupo en pleno. También porque el disco contenía más temas de lo normal: nada menos que quince.

Un álbum soberbio.

El canto del cisne.

Estuvo a punto de sacar el CD e insertarlo en el reproductor.

A punto de escuchar, una vez más, aquellas dos canciones.

Quizá esta vez, a las puertas del regreso, no le dolieran.

No lo hizo.

Regresó a la butaca, cogió el bajo, se sentó, lo acomodó en su regazo y se puso a tocar *California*.

John Mayall en 1969.

Era su Shangri-La personal, su escape, su propio nirvana.

Y desapareció en él.

Por extraño que pareciera, nunca había mirado en Internet.

¿Para qué?

No sentía nostalgias, no sentía nada.

Descubrió decenas, cientos de páginas dedicadas a ellos. Páginas hechas por fans, páginas hechas por desconocidos que parecían saberlo todo y más acerca del grupo, páginas individuales, colectivas, sobre sus discos, el significado de sus canciones, lo impensable.

Facebook, Instagram, Twitter...

Y en YouTube, grabaciones, vídeos, conciertos.

Un mundo oculto y secreto, al alcance de cualquiera.

Silvio alucinó.

Entró en la consabida Wikipedia para leer la biografía de Lágrimas de Cocodrilo, para ver aquello a lo que cualquiera podía tener acceso en caso de buscar una primera información.

*Lágrimas de Cocodrilo. Grupo español de gran éxito formado por Silvio Paz a la batería y voz solista, Gabi Muñoz a la guitarra y voz solista, Marc Torras a la guitarra y coros, Pau Rocamora a la guitarra y coros y Gonza Iriarte al bajo y voz solista en algunos temas.*

Pasó de las fechas, se concentró en la biografía.

*Silvio Paz y Gabi Muñoz crearon Lágrimas de Cocodrilo después de tocar y componer juntos desde la adolescencia. Tenían dieciocho años. Con la aparición de Marc Torras y Pau Rocamora se convirtieron en uno de los pocos grupos de su tiempo con tres guitarras, hecho que confirió a su sonido una característica muy roquera. Gonza Iriarte, al bajo, completó una formación única que debutó con un primer disco, Llegamos a tiempo, de enorme éxito e impacto nacional, rompiendo moldes en su momento. Cinco canciones del álbum coparon el n.º1 de las listas, Llegamos a tiempo, María,*

La revolución está en marcha, Paso de ti y El filo de la navaja. *Con un directo brutal, incisivo y demoledor, Lágrimas de Cocodrilo cambiaron el panorama de la música en España, prolongando su éxito también por Latinoamérica y algunos países europeos. Sus siguientes discos, Rompiendo, Tres, el directo ¡Aquí estamos! y el definitivo Duro, así como los continuos temas extraídos de ellos, los mantuvieron en el n.º1 hasta que problemas y diferencias internas los llevaron al colapso y la separación. La muerte de Pau Rocamora, por una sobredosis, y el alcoholismo de Marc Torras, aceleraron la desintegración de la banda. En su última gira, tras la tempestuosa grabación del álbum Duro, suplieron la baja de Torras con un nuevo guitarra, y se apoyaron en un teclista y un segundo batería, para dar mayor libertad a Silvio Paz. En el momento de su separación dijeron que regresarían «cuando el cielo ardiese». Con posterioridad se editó un recopilatorio, Grandes éxitos, que se convertiría en el disco más vendido de la década en España.*

*Por separado, solo los dos líderes y compositores, Silvio y Gabi, grabaron algunos álbumes lejos del brillo y la fuerza que eran capaces de mostrar estando unidos. En este sentido, las canciones de ambos están consideradas...*

Dejó de leer.

Datos, cifras, opiniones, valoraciones.

¿Dónde estaba el dinero que habían ganado?

¿Y la fama atesorada?

Él había invertido la parte final en su estudio, y desde luego seguían llegando derechos de autor cada año, suficientes para vivir decentemente, sin más. Pero todo estaba cada vez más lejos de su década prodigiosa.

Cada generación borraba el pasado de su memoria.

Había un enlace con una página dedicada a Pau. Lo pulsó y entró en ella. Lo primero que vio fue una imagen de su amigo, joven, sonriente, con su eterno desenfado por bandera. Había una biografía, frases pronunciadas por él en diversas entrevistas, comentarios de los fans y mucho más. No faltaban vídeos con algunos de sus solos más representativos, en especial el de *La revolución está en marcha*, siempre extenso, de no menos de diez minutos, hasta que acababa enloquecido, arrodillado y machacando su guitarra entre la locura del público.

—Joder, Pau... —rezongó—. Mira que eras bueno...

¿Por qué no lo impidieron?

¿Por qué no lo evitaron, si eran testigos de su descenso a los infiernos?

Y lo mismo había pasado con Marc.

¿Era ceguera o simple indiferencia?

¿Por qué, si el *rock* era amor?

Tenía suficiente. Salió de Internet y apagó el ordenador. Elisabet estaba arriba, con Neo, pero no quiso subir porque temió que ese gesto, en ese instante, no fuese más que otro modo de huir. Una escapada. Se quedó en la sala unos instantes, frente a la mesa de mezclas, y cuando alargó la mano para tocarla la sintió muy fría.

Todas las mesas de mezclas estaban frías cuando el fuego de la música no corría por sus entrañas.

Se levantó y entró en el estudio.

Cerró la puerta.

Quería coger la guitarra, empezar a componer algo. Pero antes tenía que soltarse, liberarse de los fantasmas interiores, así que se sentó en su batería, cogió las baquetas, tomó aire y se disparó.

Literalmente.

Uno de sus feroces solos, llenos de vida y fuerza, se apoderó del lugar, de su cuerpo y de su cabeza.

Decían que todos los baterías estaban locos.

Decían.

A la mierda con ellos y con el mundo entero.

Nadie entendía la adrenalina que circulaba por un batería convirtiendo el vértigo de sus sentidos en ritmo.

Tocó un minuto.

Cinco.

Probablemente diez.

Sudaba, pero no podía parar.

Gritaba en silencio.

Sus manos se movían a la velocidad del sonido. Las baquetas eran invisibles. Tenía los ojos cerrados. No necesitaba ver para dominar el pequeño espacio de su universo personal.

Adrenalina, adrenalina, adrenalina.

Cuando de repente paró, tras una subida progresiva coronada por una traca

espectacular, abrió los ojos.

Elisabet estaba al otro lado del ventanal que separaba el estudio de la sala con la mesa de mezclas.

Se tapaba la boca con una mano y estaba llorando.

Gabi había conectado los altavoces al ordenador, así que el sonido del vídeo atronaba el piso de un extremo a otro, llevando aquella explosión de *rock* hasta el último rincón de la casa.

Posiblemente del edificio entero.

YouTube era una mierda.

Todo era gratis. Ningún músico se llevaba nada por aquello. Pero servía para encontrarlo todo, conciertos olvidados, vídeos perdidos, entrevistas que ni recordaba haber concedido...

Era la primera vez que veía el concierto homenaje a Pau.

No llevaba ni una semana muerto, y allí estaban ellos, emulando a los Rollings en Hyde Park en el 69, en el concierto homenaje a Brian Jones.

En apenas veinticuatro horas, Silvio y él habían compuesto *Memoria*.

—*¡Esto es por Pau!* —gritaba él mismo en ese momento—. *¡Por Pau, que ahora está tocando con Jim, con Janis, con Jimi, con Brian, con Kurt...!*

La gente aullaba.

Había pancartas, en español y en inglés. *Pau-Paz, Pau forever*.

Algunas fans lloraban.

Y ellos cantaban *Memoria*.

Gabi tenía un nudo en la garganta.

No por el vídeo, el concierto o la canción. Lo tenía porque no recordaba nada.

Nada.

«¡Por Pau!».

Había superado el dolor con cocaína, pero el dolor era como un corcho. Por más que se le hundiera en el fondo del mar, tarde o temprano salía a flote. Y ahí se quedaba.

Pau los mantenía unidos a todos.

Pau y su buen humor, Pau y sus bromas, Pau y su eterna infancia.

La cámara era estática. No se trataba de una película editada, sino de una filmación simple, aunque con un sonido más que decente. Podía ver más o menos las caras, las expresiones de cada cual. Silvio con los ojos cerrados salvo cuando cantaba. Marc enfebrecido, huérfano sin su compañero de *riffs* y solos. Gonza quieto, como siempre, como la mayoría de bajos que saben que el espectáculo lo dan los guitarras.

Y él...

Ido, colgado, despidiendo al caído sin ver que a veces lo peor es quedarse.

*¿Cuántas puertas hemos de cruzar  
para salir de la oscuridad?  
¿Cuántas ventanas hemos de abrir  
para ver la luz del sol?  
¿Cuántos momentos hemos de gastar  
para que uno nos de las respuestas?  
¿Cuántos amores hemos de quemar  
para que uno nos de la paz?*

Iba a golpear la pantalla del ordenador con el puño cerrado cuando, inesperadamente, la mano de Maya atravesó el espacio saliendo de su espalda y le quitó el sonido de golpe.

Gabi volvió la cabeza.

—¿Estás loco? —le gritó la modelo con los ojos fuera de sí—. ¡Se te oye desde la calle! ¡El vecino de abajo ya estaba en la escalera y me ha soltado la misma paliza de siempre!

No supo qué decir.

A veces parecía una muñeca.

Vivía en su mundo. El mundo de las muñecas articuladas.

—¿Qué miras? ¡Pareces tonto! —siguió ella.

Quería besarla. Desnudarla allí mismo y hacerle el amor. Pero también pegarle. Ver si era capaz de llorar alguna vez. Si bajo la frialdad perfecta de su imagen existía un mínimo calor.

Él, pegando a una mujer, como su padre.

—No me he dado cuenta —se oyó decir a sí mismo.

—¿Y qué estabas viendo, por Dios? ¿Qué era esa porquería? —no dejó de gritar ella, más y más furiosa.



—Esa porquería éramos nosotros —dijo él.

—¡Pues no me extraña que os separarais! ¡Sonabais de puta pena!

Le brillaban los enormes ojos. Eran impactantes. Casi irreales. Su pequeño pecho se agitaba. Las cuidadas manos de uñas violetas parecían garfios. Las delgadas piernas sostenían el frágil equilibrio de su cuerpo. Y la boca, pintada de rojo. Sus labios en forma de corazón, siempre asomando por ellos la blancura de los dientes, como marca de identidad.

Sexo o violencia.

Tal vez las dos cosas.

Se sentía turbulento.

—¿Te pasa algo?

—¡Sí, que he estado dos horas haciendo ese maldito *casting* para nada! ¡Eso me pasa! ¡Y llego a casa y te encuentro aquí sin dar golpe, con los vecinos en pie de guerra!

En la calle era una diosa. En un *casting* había cincuenta igual que ella. O más.

—¿Por qué no te han dado el trabajo?

—¡Y yo qué sé! ¿Crees que me lo han dicho? ¿Desde cuándo se dignan a tratarnos como personas? ¡Panda de burócratas, ineptos, hijos de puta!

—¿Por qué sigues gritando?

—¡Porque estoy furiosa!

Gabi se olvidó del sexo.

Siguió deseando pegarle.

De pronto ya no la deseaba. En ese momento la odiaba.

—Maya.

—¡¿Qué?!

—Vete a la mierda, ¿quieres? —le dijo envuelto en una exquisita paz.

El nicho era como todos.

Pequeño, discreto, con su losa de mármol negro, su puerta exterior de cristal y su aspecto lúgubre a pesar de las flores que adornaban los dos floreros, uno a cada lado del marco de metal.

Flores de plástico.

Sí, el nicho era como todos, pero con una diferencia singular: allí estaba enterrado Pau Rocamora.

Eso hacía que las pintadas, periódicamente borradas, estuvieran siempre presentes, inalterables, manchando el resto de rectángulos alineados arriba y abajo, a derecha e izquierda.

*¡No te olvidamos!, ¡Te queremos!, ¡Larga vida al rock ‘n’ roll!, Pau, Paz, Guitarra eterna...*

Para suerte de unos y desgracia de otros, se ubicaba en el tercer piso, a la altura de los ojos, aunque podía jurar que si hubiera estado en el piso más alto, las pintadas también adornarían su entorno. El cementerio de Hospitalet no era el Père Lachaise de París, ni la tumba de Pau la de Jim Morrison, pero no faltaban las latas de cerveza, de la noche anterior o de aquella misma mañana, ni tampoco los restos de porros o los de una pequeña hoguera ritual en la que a saber lo que habrían quemado. Quizá una foto.

Los fans siempre eran sorprendentes.

Ahora ya no había nadie, ni siquiera cerca. Los vigilantes debían de estar hartos.

Silvio miró la lápida.

Dos nombres.

Uno, el del padre de Pau. Otro, el de él. Con una diferencia de tiempo de quince años. Aún recordaba el entierro de su amigo. Lo llevaba grabado en la mente, como si la consternación y el dolor fueran de la mano. Habían tenido que machacar los restos del ataúd de su padre, para poder meter el suyo. Su

madre casi se había desmayado al verlo.

Era la primera vez que estaba allí desde entonces.

Y ni siquiera sabía por qué.

¿Para pedirle permiso?

—Vamos a volver, Pau. ¿Te importa?

¿Era eso?

No, no lo era. Estaba allí por cualquier otra razón.

Puso una mano en el cristal. No creía en Dios, ni en el Paraíso, ni en resurrecciones ni demás historias consoladoras. Sabía que al otro lado lo único que había eran los despojos, los restos de lo que, en otro momento, fue un ser humano. Pero, a fin de cuentas, allí se despidieron para siempre.

—Y pensar que querías ser incinerado —le dijo.

Lo habían hablado una noche. ¿Cómo imaginaban su muerte? Marc dijo que de viejo, con una ancianita al lado que resultase ser su mujer. Gabi se puso fúnebre y dijo que como todos los roqueros de pro: en la carretera. Gonza aseguró que sería inmortal, porque para cuando le llegase la hora, ya podría verter su cerebro a una máquina. Después, a la hora de hablar de cómo querían ser enterrados, Pau había sido el único que hizo referencia a la cremación, después de que sus órganos fuesen repartidos por todas partes.

No hubo donación de órganos.

El cuerpo de un drogata no servía.

Y estaba su madre, cristiana, religiosa, empeñada en enterrarle con el padre.

—No tuvimos el valor de hacer lo que hicieron los amigos de Gram Parsons —siguió hablándole a nicho.

Gram Parson, ex de The Byrds y de la Flying Burrito Brothers Band, también había muerto de una sobredosis. Los padres, religiosos, reclamaron el cuerpo de su hijo para enterrarlo cristianamente en el panteón familiar, en Miami. Pero aquella noche, los amigos *hippies* de Gram asaltaron el aeropuerto de Los Ángeles, robaron el ataúd, lo llevaron al Joshua Tree National Park y lo quemaron al amanecer, siguiendo los deseos de su amigo.

En el mismo lugar, se erigió después un monumento en su memoria y en memoria del hecho, uno de los más singulares y hermosos de la historia del *rock*.

Silvio miró al cielo.

Sol, calor, ni una nube. Un día perfecto.

Salvo para los muertos, fríos, oscuros, perdidos en su eternidad.

—Te fallamos, y nos fallamos todos, unos a otros —volvió a hablar en voz alta.

¿Existían las segundas oportunidades?

No, estaba seguro de que no.

Lo único que existía era seguir.

Apretar los dientes y aceptar el compromiso con la vida.

Siguió allí, quieto, unos minutos más, hasta que por el lado izquierdo apareció una anciana menuda, enlutada, cubierta por una mantellina y con un rosario en las manos.

Eso le hizo reaccionar.

—Cuídate, tío —se despidió de Pau.

Hora de volver al mundo.

Juanjo colgó el teléfono y miró a su mujer.

No hacía falta que se lo dijera con palabras, porque sonreía, pero lo hizo.

—Ya está.

—¿Los tres?

—Sí, solo falta Marc.

Ella dejó el libro sobre la mesita.

—Imagino que debería felicitarte —dijo.

—Puedes estar segura.

—Entonces, felicidades.

—Las cosas irán mejor, te lo prometo.

—Nos han ido bien igualmente. Lo importante es que sepas lo que haces.

—Lo sé.

—Entonces no hay nada más de qué hablar. Si eres feliz...

Juanjo caminó hasta ella. Se arrodilló a sus pies, como si fuera a declararse, y le cogió las manos.

—A veces vemos un precipicio, y corremos hacia él, aunque sepamos que es hondo y peligroso. No podemos evitarlo.

—¿Así es como te sientes tú?

—No. Yo me siento como si acabase de saltar en paracaídas, y ahora, justo en el momento antes de tirar de la anilla, te preguntas si se abrirá.

—Ellos han crecido —reflexionó Montse—. Pero tú también. Si no habéis aprendido de los errores del pasado...

—¿Tú crees que hubo errores?

—Os montasteis en una locomotora, la pusisteis a mil, y luego no supisteis cómo frenarla, así que saltasteis antes de que se estrellara.

—Una buena forma de describirlo —confirmó él.

—Lo curioso del *rock* es que siempre se repite todo, es cíclico, y no por ello cada nuevo grupo que aparece deja de cometer los mismos errores. En un conjunto de cinco tíos con éxito siempre habrá uno que se pasará con la bebida, otro con las drogas, dos que sabrán salirse a tiempo y otro que se

mantendrá firme y equilibrado. Es casi una ley.

—Una carrera de cinco años es toda una vida. Diez...

—El infinito y más allá —repuso Montse.

—La pregunta debería ser: ¿por qué todos caen en el exceso?

—Dímelo tú.

—Es el precio a pagar, cariño. Y el problema es siempre el mismo: el éxito a los veinte o veinticinco años es ingobernable, imposible de asimilar. Y más en la vorágine del *rock*. Pocos tienen la cabeza amueblada para eso. Eres joven y quieres vivir a tope. Pero están la tensión, la presión, componer, actuar, lidiar con el éxito y el fracaso, la crítica, la gente...

—No te olvides del gran fantasma de estos años: las redes sociales y su despiadada dictadura.

—No, no lo olvido. Y tendré que prepararme para cuando empiecen los tuits, mensajes y demás chorradas que tal vez digan de ellos los que se dedican exclusivamente a meterse con todo y hacer ruido negativo.

—Era más sencillo hace veinte años, ¿no?

—Mucho.

Le tomó las manos, se las apartó del libro y se las besó.

Su hijo mayor hizo acto de presencia en ese instante.

Abrió unos ojos como platos.

—¿Qué hacéis? —mostró su extrañeza por la escena.

—Nos queremos —dijo ella con toda naturalidad.

—Jo, parecéis Romeo y Julieta.

—¿Y tú cómo sabes quiénes eran Romeo y Julieta? —le preguntó su padre.

—Porque lo hemos estudiado esta semana en el cole —se jactó el chico.

—¿Estudiáis literatura clásica? —alucinó Juanjo.

—No, estudiamos el amor y por qué la gente se vuelve loca cuando le da.

Juanjo y Montse intercambiaron una mirada expectante.

—¿Pero qué les enseñan a estos críos ahora? —se alarmó él.

Ella se echó a reír.

—¿No dijiste hace años que la música tendría que ser obligatoria, y que el *rock* y su historia son toda una enseñanza de vida? Es casi lo mismo.

—¿Ya era padre entonces?

—Yo estaba embarazadísima.

Su hijo llegó hasta ellos. Juanjo seguía arrodillado.

—Mira que sois raros los mayores —dijo el niño—. Aunque por lo menos

vosotros estáis juntos. La mayoría de mi clase tiene los padres separados, y anda que no debe de ser palo eso de irse cada fin de semana con uno u otro.

Elisabet veía cómo Silvio colocaba los dedos de Neo en los trastes de la guitarra, cómo le indicaba la pulsación adecuada. Luego le explicaba qué cuerdas tocar con la derecha, el punteo, la intensidad.

—Así, ¿ves?

El niño seguía las indicaciones de su padre. Se le veía concentrado, y también emocionado. Siempre era igual cuando algo le salía bien, en especial si era algo musical y lo compartía con él.

—Ahora, cambia —le indicó Silvio.

Lo hizo. Y acertó a la primera. Sonrió.

—¡Mamá! ¿Lo has oído?

—Claro, cielo.

—Vuelve al primer compás —siguió su padre.

Continuaron con la clase. Elisabet no dejó de observarlos. Sabía que Silvio prefería enseñarle a tocar la batería, su instrumento de siempre, pero se le veía feliz igual. Que un padre aleccionara a su hijo en sus primeros pasos era lo máximo.

Para ella quedaba el silencio del miedo.

En el fondo, aunque nunca se lo diría a su marido, no quería que Neo fuese músico.

Conocía lo que le esperaba.

Un mundo inmenso, pero también voraz, depredador, con el más feroz e implacable de los vértigos unido al más abrasador de los fuegos creados por la condición humana, lleno de tanta belleza como de maldad.

Así había conocido a Silvio.

Ella no era como las demás chicas. Sabía quiénes eran Lágrimas de Cocodrilo, claro, pero ni le había reconocido. Cuando se lo dijo, días después, ya era tarde. Aun así, intentó escapar, huir de sus sentimientos. Silvio la persiguió, le pidió una oportunidad.

Y se la dio.

Él tenía veintisiete años. Ella veinticinco.



Tardaron en vivir juntos, y en casarse. Estuvo con él en los peores años, los del masivo éxito y la posterior desintegración del grupo. Vio morir a Pau, vio la degradación de Marc, vio las peleas con Gonza y el distanciamiento con Gabi. Lo vio todo.

Y con el fin, llegó la paz.

Los años de calma, de sosiego, aunque él grabó discos y también hizo giras, ya de manera muy distinta, con otra clase de presión. Ella lo acompañó, estuvo a su lado hasta que quedó embarazada de Neo. Silvio la necesitaba. Los dos habían sabido crear un mundo propio, personal. La estabilidad era ahora la clave de todo.

Si Silvio volvía...

Y sin embargo, lo necesitaba.

Volver.

Recuperar sus raíces, a sus amigos, y demostrar que seguían siendo lo que eran: músicos.

Continuó mirando cómo enseñaba a su hijo.

—Ahora el ritmo, así... Bien. Despacio... Deja la mano suelta, basta con que roces las cuerdas...

Enseñar a Neo era un *break*.

Silvio estaba tratando de volver a componer, en el estudio, mañana, tarde y noche. Ya no eran canciones para sí mismo. Eran para Lágrimas de Cocodrilo. Eso representaba navegar en otra dimensión. Todavía no le había enseñado nada. Todavía no le había leído ninguna letra ni tocado una base musical. Lo más seguro era que aún no tuviese nada. El río fluía, pero tardaría en llegar desde las montañas de la creación al mar de la iluminación. Así era la creatividad. Una letra era una semilla plantada en un jardín, y la planta podía crecer en una hora, en un día o una semana. La música era lo que finalmente le daba forma. Y eso, en el grupo, se producía cuando todos trabajaban el tema.

Elisabet sintió mucho amor.

Había llorado aquel día, viéndole machacar la batería, notando de qué forma se liberaba a sí mismo de tantos años de calma. Ese fue el punto de inflexión. El momento supremo en el que lo entendió todo, si es que necesitaba entender algo o no lo había hecho ya. Revelación, certeza, realidad.

Volvía Silvio Paz, el líder, batería y voz de Lágrimas de Cocodrilo.

Volvió el *rock*.

Había tres palabras que jamás imaginó escuchar de sus labios.

Y Maya se las dijo en ese momento.

—Hemos de hablar.

Gabi la miró. Estaba sentada, en la mesa, con su sucinto desayuno entre las manos, una taza de café y una galleta de régimen. Sin maquillar, despeinada, con la suave y corta combinación de seda brillante y casi transparente, tenía aún más morbo que vestida y arreglada para una sesión fotográfica o un pase de ropa. Los ojos se mostraban cansados, la mirada turbia, el sesgo de los labios era triste. O lo parecía. Iba descalza y sabía que tenía los pies más bonitos que jamás hubiese visto.

Gabi dejó la tableta a un lado.

«Hemos de hablar» era la versión moderna del adiós, o la avanzadilla de los reproches, el preámbulo de una discusión.

Se preparó.

—¿De qué?

Maya hizo un mohín de disgusto.

—Ya lo sabes.

Sí, lo sabía, pero no quería ser él quien iniciase la disputa, o lo que fuera que tenía pensado ella.

—¿Es por lo de volver con el grupo?

—¿Tú qué crees?

—¿No te gusta?

—Ni siquiera me lo has consultado —espetó secamente.

—Cariño, tú no me consultas cuando te vas a París o a Nueva York...

—Como si me fuera a París o Nueva York cada semana —resopló—. ¡Las ganas! ¡El AVE y como mucho a donde me toque!

—Hace poco estuviste posando en Canarias.

—¡No desvíes el tema! ¿Quieres? —elevó por primera vez la voz.

—De acuerdo, les he dicho que sí. ¿Qué pasa?

—Ellos están en Barcelona.

—Sí.

—¿Y?

—No sé, Maya. Dímelo tú.

La modelo dejó la galleta a la mitad. Ya no tenía hambre. Se aferró a la taza de café con las dos manos y hundió en él una mirada acerada, desprovista de calor. La mirada de la frustración.

—¿No esperarás que me quede aquí, sola, como si nada, mientras tú te vas primero a grabar un disco y luego te montas en una gira de semanas o meses?

—No, no lo espero —dijo con toda sinceridad.

—¿Así de fácil?

—Es lo que hay.

—Tampoco esperarás que me apunte, deje mi trabajo, y me vaya contigo a todas partes, ¿verdad?

—No.

—Porque tengo mi vida, ¿sabes?

—Claro.

—Entonces...

La última mirada fue desoladora.

Triste la de Gabi, asqueada la de Maya.

Había muchas formas de llegar al fin, algunas peores que otras, y esta era ante todo impotente.

Fría.

Toda la pasión del sexo moría en la cama.

—Nunca dijimos que duraría —suspiró él—. Ni siquiera lo hablamos. Solo estamos aquí.

—Ya te digo —bufó ella.

—¿Vamos a pelearnos?

—No —se estremeció.

—Entonces hagámoslo bien, ¿quieres?

—Nunca tendría que haberme enrollado con un músico —exhaló mostrando un primer atisbo de abatimiento.

—Ni yo con una modelo —reconoció Gabi.

—Tal para cual —forzó una sonrisa desangelada.

—Pero ha estado bien —repuso él.

—¿Crees que ha estado bien?

—Sí.

—Hemos tenido buenos momentos.

—Todos.

Siguieron mirándose. La bella y la bestia. De alguna forma, Gabi descubrió que sí, que la quería, aunque no tanto como para renunciar a todo por ella. De alguna forma, Maya descubrió que le gustaba, aunque no tanto como para convertirse en la mujer de un solo hombre.

Después de todo, llevaban juntos unos pocos meses.

Gabi se levantó, rodeó la mesa y llegó hasta ella.

—Ven —la obligó también a levantarse.

—¿Qué quieres?

La besó, y sin que ella opusiera resistencia deslizó los leves tirantes de la combinación hacia los lados, para que resbalaran por encima de los hombros y la prenda cayera hasta el suelo.

—Estás loco... —susurró Maya.

—Es por si mañana no estás —siguió besándola él.

—O no estás tú.

—Claro.

Mientras la empujaba despacio de vuelta a la habitación, en algún recoveco de su mente Gabi pensó que era la mejor forma de decir adiós.

Y la más civilizada.

Gonza miraba el techo de la habitación, con ojos extraviados, cuando Caro metió la cabeza por la puerta y lo descubrió. El músico estaba tumbado en la cama, boca arriba, con las manos bajo la cabeza, bañado por la intensa luz que entraba por la ventana.

Por un momento, estuvo tentada de dejarle en paz.

Acabó sentada a su lado, contemplándole con cariño. Apartó un mechón de cabello rebelde de su frente y se quedó quieta hasta que él movió los ojos y los depositó en ella.

—Un euro por tus pensamientos —le ofreció.

—Mejor un beso —negoció él.

—Eso es mucho —se cruzó de brazos.

—También lo son mis pensamientos.

—Vale. Ya sabes que se me convence rápido.

Se inclinó sobre él y le besó suavemente.

Luego se apartó antes de que Gonza la abrazara y se animara.

—Tus pensamientos —le exigió.

—No pensaba en nada. Tendré que devolverte el beso.

—Te lo perdono, pero no me vengas con historias, va. ¿Pensabas en el grupo, en el reencuentro, en lo que harás a continuación...?

Gonza se encogió de hombros.

—Un poco de todo.

—¿Nervioso por lo de mañana?

Tardó en responder. Lo hizo con un sucinto:

—Sí.

—No tiene por qué ser tenso. Será un reencuentro feliz.

—La última vez...

—La última vez acabasteis a tortas, sí. ¿Y qué? Cuando tú y yo discutimos...

—Tú y yo nunca discutimos —le recordó.

—Pues sería hora de que lo hiciéramos. Una buena pelea tiene el premio

de una buena reconciliación —puso un dedo en su pecho.

—¿Quieres que nos peleemos de vez en cuando?

Caro se echó a reír al ver que él se lo tomaba en serio.

Fue breve.

Recuperó la seriedad y convirtió el dedo en una mano plácida que apoyó en él.

—Escucha—le dijo—. No te conocí en aquellos días, no puedo juzgar de primera mano, no sé lo que sentías, aunque me lo has contado. Solo sé cómo eres ahora, y cómo has sido en estos años que llevamos juntos. Y te diré una cosa: eres el mejor hombre que he conocido, pero como músico te he visto consumirte poco a poco, tocar aquí y allá por la necesidad de sentirte vivo, mantenerte a flote por amor a la música y porque sé que en un escenario es cuando te sientes realmente libre. Lo sé porque te he apoyado, he estado a tu lado en cada momento. Y es ahora, justo en este instante, cuando, lo quieras o no, vas a renacer.

—¿Me ves así? —frunció el ceño.

—Te quiero, y quiero que seas feliz —se lo resumió ella.

—Aquello fue un infierno, Caro —suspiró Gonza—. Si vuelve a pasar...

—Nadie dice que vaya a ser fácil. Tendréis que cicatrizar heridas, olvidar lo malo, concentraros en lo bueno, quizá empezar otra vez desde cero, no lo sé. Tendréis que daros tiempo, recuperaros los unos a los otros. Intentar salvar a Marc —puso el dedo en la llaga del gran interrogante del regreso—. Y, a fin de cuentas, si no sale, si a pesar de todo no lo conseguís, pues mala suerte. Si no sacáis nada de provecho, adiós. Puede que la clave de todo sea el reencuentro, ayudar a Marc a salir del pozo, recuperaros como amigos —hizo una pausa sin dejar su vehemencia—. Pero sé que lo conseguiréis. Lo sé. Si son como tú, lo que más querrán es lo mismo que quieres tú: tocar, volver a ser lo que erais.

—Yo era el tocapelotas. Lo dijo Juanjo.

—Tienes buenas canciones. Enséñaselas.

—No —fue rotundo—. Esta vez no. Se acabó.

—Entonces deja fluir las cosas —Caro abrió las manos como si soltara algo retenido en ellas.

—Eso es muy zen, querida.

—Puede ser filosofía barata, pero es la verdad.

—¿Qué haría sin ti? —le acarició la mejilla.

—¡Huy! —cantó ella—. Seguir con alguna pelandusca más, porque la cantidad de pedorras que os rodeaban tenía que ser...

—Horrible.

—Sí, ya —se lo quedó mirando y, de pronto, se tumbó a su lado y le obligó a volverse hacia ella.

Gonza le vio el brillo en los ojos.

Reconocía esa expresión.

A punto de estallar.

—¿Qué? —se dispuso a esperar lo que fuera.

Cualquier cosa.

Cualquiera menos aquella.

—Pensaba decírtelo esta noche, cenando con velitas y todo, pero creo que este es el momento oportuno, justo para que la cena sea más romántica —curvó los labios hacia arriba, casi de oreja a oreja, y se lo soltó—: Vas a ser padre, cariño.



Juanjo Miralles comprobaba la hora justo en el instante en que sonó el timbre de la puerta.

Estaba solo. Había preferido que Montse no estuviera en casa. Los niños, en la escuela. La reunión sería pues entre ellos, exclusiva, íntima y privada.

La primera vez que se verían en doce años.

Caminó hasta la puerta preguntándose cuál de los dos sería. Primero había citado a Silvio y a Gabi. Gonza, una hora más tarde. Primero los dos responsables del grupo. Luego, el tercero en discordia. Justo antes de abrir pensó que, tal vez, Silvio y Gabi habían coincidido en el portal, en cuyo caso...

Quería ser testigo del reencuentro.

Necesitaba verles las caras.

En el rellano se encontró con Silvio.

—Hola —lo saludó—. Pasa, pasa. Eres el primero.

El músico le estrechó la mano, pero, tras ese gesto, se acercó a él y lo abrazó, palmeándole la espalda. No dijo nada. Le soltó y entró en el piso. Juanjo cerró la puerta y fue tras él. En la sala, sobre la mesa, había un poco de comida.

—¿Quieres beber algo? —le ofreció el dueño de la casa.

—Agua.

—Vale.

Se metió en la cocina, abrió la nevera y sacó una botella de agua. Recogió dos vasos del aparador. Cuando regresó se encontró a Silvio mirando el póster de su gran concierto en el Camp Nou. Uno de sus muchos hitos. En una mesa había una foto de todos ellos con Bruce Springsteen.

Jóvenes.

—¿Cómo estás? —le preguntó—. ¿Nervioso?

—No —dijo Silvio—. Ya no, en serio.

—Yo un poco —reconoció Juanjo.

—Lo que tenga que ser, será.

—Sí, claro —él también se sirvió un poco de agua—. Espero que no sea como volver a ver a la ex después de tanto tiempo.

—Con la ex te acostabas. Con Gabi hacía música —le recordó Silvio—. Es distinto.

—¿Te gustaban sus discos en solitario?

—No.

—¡Jo, qué directo! —se asombró de la sinceridad.

—Imagino que a él tampoco le gustaban los míos —siguió Silvio—. Es lógico. Cada cual intentaba desmarcarse de lo que hacía antes. Visto en retrospectiva, incluso yo me siento un poco a disgusto con esas canciones. Quería probar..., demostrar algo que no necesitaba demostrar. Claro que eso lo veo ahora.

—El tiempo es lo que siempre nos da una dimensión de las cosas, ¿verdad?

—Sí, supongo que sí.

—Lo cierto es que Gabi y tú os dabais energía mutuamente, y sin necesidad de competir, solo por la motivación. Si tú llegabas con un buen tema, él lo hacía luego con otro mejor, y después te superabas tú.

—No, lo importante es que luego los trabajábamos juntos —le corrigió Silvio—. Ahí residía el truco y por eso éramos un grupo, y buenos.

—Los mejores.

—No hagas de mánager —le advirtió con una sonrisa—. Ya no es necesario.

—¿Sabes? Ni siquiera recuerdo cuándo fue la primera pelea.

—Discusiones, hubo muchas. La primera pelea fue al morir Pau.

—¿Por qué?

—Porque yo me cabreé mucho, muchísimo, y Gabi no lo hizo.

—¿Qué quieres decir?

—Me cabreé con Pau, por haberse dejado ir, por ser tan estúpido; y conmigo mismo por no haberlo evitado, por no haberle roto el alma cuando se convirtió en un adicto. Lo veíamos venir y sin embargo no hicimos nada. Aquel día me sentí impotente, tan furioso... Y ahí estaba Gabi, como si tal cosa, aceptándolo.

—Porque sois distintos.

—No. Gabi era como yo. Siempre lo fue, por eso nos entendíamos. Y en ese momento me di cuenta de que ya no era así. Todo parecía importarle una mierda. ¿Se moría Pau? Pues vale. ¿Había que seguir? Pues vale. De pronto

nos habíamos convertido en extraños.

—Y se lo dijiste.

—Sí.

—¿Qué te dijo él?

—Ya no lo recuerdo.

—Sí, sí lo recuerdas —asintió Juanjo.

Silvio se tomó su tiempo.

Bebió un poco más de agua.

Seguía de pie, junto al póster del concierto.

—Me dijo que la vida era una mierda, que se tomaba o se dejaba, y que ya teníamos nuestro propio mártir para convertirnos en la maldita leyenda que siempre quisimos ser aunque no lo reconociéramos. Eso me dijo, Juanjo. Eso.

Sostuvieron sus miradas.

Abatida la de Silvio. Desconcertada la de Juanjo.

—Nunca me lo comentaste —dijo el mánager.

—Qué más da —se encogió de hombros el músico.

—Claro que da. El día que dejamos de comunicarnos entre nosotros, empezamos a morir. Todos. Y ahí me incluyo yo.

Hubo otra pausa. Silvio volvió a mirar el póster. Parecía haber pasado un siglo desde ese momento. Quizá ni se reconociera a sí mismo en él.

—El *rock* es la hostia, Juanjo —dijo—. Pero desgasta y quema un huevo, sobre todo cuando te metes de cabeza en él demasiado joven para asimilarlo todo.

—¿Y cuándo vas a meterte, a los cuarenta? —quiso bromear el mánager.

Ya no hubo respuesta de Silvio. El timbre les arrebató la intimidad de la charla. Los dos sabían que quien llamaba era Gabi.

Se hizo el silencio.

Una mirada.

Y Juanjo fue a abrir la puerta.

Silvio esperó de pie, pero dejó el vaso encima de la mesa, junto al pica-pica preparado por el dueño de la casa. No supo ni qué postura adoptar, como un novio esperando a la chica de la que está enamorado, aunque el símil se le antojó estúpido. ¿Brazos cruzados? No, marcaban distancia. ¿Apoyado indolente con una mano en la pared o la misma mesa? No, era una pose demasiado quedona. ¿Brazos caídos a ambos lados del cuerpo? Sería como una estatua.

Oyó la conversación acercándose. Gabi pedía excusas por llegar cinco minutos tarde. Juanjo decía que Silvio ya estaba allí.

Aparecieron en la sala.

Allí estaban.

Como si aquellos doce años hubieran desaparecido de un plumazo.

La primera mirada fue de reconocimiento. La segunda de aceptación. La tercera de redención.

Pareció que iban a darse la mano.

Solo eso.

Hasta que, de pronto, se fundieron en un abrazo largo, sentido, fuerte, sin que siquiera se dieran golpes en la espalda.

Juanjo tragó saliva.

Los dos músicos siguieron así.

Y, por unos segundos, el tiempo se detuvo.

Las primeras palabras habían sido:

—Estás más viejo.

—Y tú más feo.

—Cabrón...

—Será posible...

—Joder, tío.

—Sí, joder, tío.

Después se echaron a reír.

Luego se dijeron:

—¿Estás seguro de esto?

—No, ¿y tú?

—Tampoco.

—Entonces..., adelante.

—Sí, adelante.

—Si estuviéramos seguros, sería peor.

Y volvieron a abrazarse.

Habían transcurrido ya muchos minutos desde eso. Se acercaba la hora de la llegada de Gonza. Silvio y Gabi hablaban de sus discos en solitario, de cómo era de distinto el mercado discográfico, el mundo en general. Daban la impresión de ser lo que eran: dos viejos amigos reencontrándose después de mucho tiempo. Un tiempo oscuro que tocaba a su fin. Juanjo apenas si intervenía, salvo que le preguntaran. Los miraba a ambos, y sentía una enorme felicidad, ganas de llorar. Si no era un milagro, se le parecía. La escena de la pelea estaba impresa en su mente. Le había atormentado todo aquel tiempo. Ahora formaba parte de un pasado tenebroso. Quizá volvieran a pelearse en el futuro. Quizá, a pesar de todo, estaban condenados a repetir la historia y acabarían por segunda vez a golpes. Quizá acabasen como los Stones, odiándose entre sí pero con la suficiente inteligencia y capacidad para seguir trabajando juntos. Quizá fuera peor, aunque creía en los milagros y confiaba en que todo fuera mejor.

Mucho mejor.

Diez minutos antes de la hora en que tenía que llegar Gonza, hablaron de trabajo.

—Gabi, ¿estás de acuerdo en que si no conseguimos componer algo que valga la pena, no habrá regreso?

—Completamente. No quiero salir a un escenario tocando solo las viejas canciones.

—¿Juanjo? —Silvio miró al mánager.

—Lo que digáis —lo aceptó—. Pero, sea como sea, ya sabéis que algunos os acusarán de volver por la pasta. Es inevitable.

—Que les den —fue tajante Gabi.

—La única forma de cerrar bocas es grabar un álbum potente —lo certificó Silvio.

—No sé por qué dudáis de vuestra capacidad —dijo Juanjo—. Siempre que habéis trabajado juntos han salido cosas increíbles.

El batería se expresó con un deje de tristeza.

—El tiempo no perdona —dijo.

—Tampoco hace falta que os forcéis. No hay prisa.

—No habrá prisa, pero yo necesito trabajar —le recordó Gabi—. Me gasté mi último millón de euros hace mucho.

—Puedo pedir un anticipo a la discográfica —tanteó Juanjo.

La respuesta de los dos fue unánime:

—Ni hablar —fue rápido el guitarra.

—Nada a nadie hasta que no estemos seguros —advirtió el batería antes de mirar a su amigo para decirle—: Primero seguimos con nuestras vidas. Yo tengo algunas actuaciones pendientes y he de cumplirlas. Imagino que tú estarás igual, y lo mismo Gonza. Cuando Marc esté bien nos ponemos en marcha. Podemos trabajar en el estudio de mi casa. Allí la vida es más sencilla. ¿Qué te parece?

Gabi levantó las dos manos en un claro gesto de aceptación.

Quedaba lo peor.

Hablar de cómo ir a por Marc.

No llegaron a tocar el tema. El timbre de la puerta sonó por tercera vez y Juanjo se levantó para ir a abrir. Silvio y Gabi se levantaron.

Gonza.

Gonza el tocapelotas.

Gonza el eterno tercero en discordia.

Cuando el bajo de Lágrimas de Cocodrilo entró en la sala se los quedó mirando.

Primero serio.

Muy serio.

Después, poco a poco, expandió una sonrisa quedona en su rostro.

Dio un paso y se echó encima de ellos.

Solo dijo tres palabras.

—¡Hijos de puta!

# **Segunda parte**

**Regreso**



Marc Torras abrió los ojos.

Lo primero que trató de recordar era dónde estaba.

¿Su piso?

¿Su cama?

Lo último que tenía más o menos presente era que regresaba a casa, tambaleándose, y que había caído una o dos veces antes de...

¿De qué?

Desde luego, sí: estaba en su cama.

O sea que, de alguna forma milagrosa, había conseguido llegar a su piso.

Quizá con el piloto automático...

Bueno, ¿qué más daba?

Se llevó una mano a los ojos para ahuyentar tanto los rescoldos finales del sueño como las legañas que le empañaban los párpados. Lo consiguió. Pero lo que no consiguió fue vencer así como así el dolor de cabeza de la resaca.

Siempre, siempre el maldito dolor de cabeza.

Y la náusea, la sensación de malestar en todo el cuerpo.

El después de toda borrachera era así.

—Mierda... —exhaló.

¿Qué día era?

¿Tenía que tocar?

No era capaz de recordar nada. Ni lo haría antes de una ducha y una taza de café. Mejor ni intentarlo. Tomó aire, contó hasta tres y se levantó de la cama haciendo un esfuerzo.

Al poner los pies en el suelo pisó un vómito.

Su vómito.

Se quedó mirando la papilla ya medio seca.

—¡Mierda! —gritó esta vez.

Se sintió mal. Peor que mal. Se sintió como lo que acababa de pisar. Tardó un poco en reaccionar, hasta que se pasó la parte baja de la sábana por los pies y se incorporó.

Caminó hasta el baño con los ojos medio cerrados. De camino se golpeó un hombro con el marco de la puerta de la habitación y tropezó con un zapato. Una vez en el baño, el espejo le devolvió su imagen desnuda y castigada, el cabello largo, revuelto y alborotado, los ojos suspendidos sobre dos enormes bolsas, la barba de varios días...

Se metió en la ducha y abrió el grifo.

Nada.

Volvió a intentarlo.

Miró el difusor suspendido sobre su cabeza.

Seco.

—No me lo puedo creer... —gimió.

Salió de la ducha y regresó a la habitación. Se puso los pantalones, sin calzoncillos, y una camiseta no precisamente limpia. Lo único que hizo antes de salir del piso fue asegurarse de que no hubiera nadie por la escalera. No era la mejor casa del mundo, al contrario, pero siempre había vecinos quisquillosos y pejugeros en todas partes. Y algunos se la tenían jurada.

Dejó la puerta entornada, porque si encima tenía que buscar las llaves...

La mujer que le abrió en la puerta de al lado tendría unos treinta y cinco años y se cubría con una bata. Aun sin arreglar, era atractiva.

Bastante lo sabía él.

—Berta, ¿me dejas duchar?

La idea no la entusiasmó.

—¿Otra vez? —expresó el malestar que sentía.

—Si es que no sé...

—Anda, pasa —le detuvo haciéndole entrar con el mismo objetivo: que nadie los viera.

—Gracias, chati, es que...

—No me llames «chati», ¿quieres? —dijo ella irritada—. ¿Cómo he de decírtelo? —le empujó pasillo arriba—. Métete en el baño, va, que apestas.

Marc se dejó guiar, aunque conocía bien el camino. Al pasar por delante de la cocina vio a la compañera de Berta. Ella llevaba tan solo una camiseta, larga, hasta más de la mitad de los muslos.

Era más dura de facciones, y llevaba el pelo muy corto, pero no dejaba de ser una mujer igualmente potente.

—Hola, Marga —la saludó él.

—Hola, Marc —le respondió ella sin mucho entusiasmo.

—¿Alguna quiere enjabonarme la espalda? —sonrió bobalicón sin poder evitar arrastrar las palabras.

—Es lo que más deseo, ya lo sabes —dijo Berta.

—Pues...

—Si haces el menor comentario, machista o no, te araña.

—Vale, vale —levantó las manos en forma de pantalla.

Insistía por insistir. Le parecían demasiado atractivas como para perder el tiempo la una con la otra. También era una forma de jugar.

O lo que fuera.

Qué más daba.

Marc entró en el baño.

—¡No toques nuestras cosas! —le gritó Marga desde el otro lado de la puerta.

Sus cosas.

No, claro. Tampones y todo eso. ¿Para qué?

Se metió en la ducha y, ahora sí, dejó que el agua caliente le vivificara y entonara el cuerpo. Cerró los ojos y se quedó un buen rato bajo los afilados chorros que le asaetearon la piel. Se hubiera quedado más, pero no quería que le echaran en cara el gasto de agua. Cerró el grifo y se secó con una de las toallas colgadas de los percheros. Estaba húmeda, así que debía de haberla usado una de ellas hacía poco.

La olió.

No había nada mejor que el olor de una mujer.

Al salir del baño, de nuevo con los pantalones puestos y la camiseta en la mano, siguió el rastro del olor a café hasta la cocina. Berta y Marga estaban sentadas en la mesita. Frente a la tercera silla le esperaba una taza.

Su taza.

—Joder, sois la leche —lo agradeció Marc.

—No lo sabes tú bien —asintió Berta.

—¿Hoy no trabajáis? —se dejó caer en la silla y tomó la taza de café.

—Es domingo.

—Ah.

—No habréis ido a comprar cruasanes o algo parecido, ¿verdad?

—¡Encima! —no pudo creerlo Marga.

—Era por preguntar —bebió media taza de café de un sorbo.

Se las quedó mirando. Le gustaba mucho Berta, desde el primer día que la

vio, pero la llegada de Marga, hacía unos meses, había duplicado su interés. Daría lo que fuera por montárselo con una.

O con las dos.

Quimeras.

—No te acuerdas de nada —dijo Berta.

—¿De qué he de acordarme? —preguntó él al ver que era una aseveración.

—La próxima vez que te encontremos en el vestíbulo de la escalera, borracho perdido, llamamos a tu ex.

—Coño, no —se estremeció recordando la vez que lo hicieron.

—Pues ya me dirás —plegó los labios Berta.

—No recuerdo nada, vale, sí.

—¡Cómo que estabas pedo perdido! —gritó Marga.

—No sé ni cómo lo aguantas —lo remató su compañera.

—Solo tomé unas cervezas —intentó defenderse él.

—No te pases, va.

No le gustaba el sesgo de la conversación, así que intentó bromear, como siempre hacía. Darle un giro a todo.

—¿Me subisteis las dos?

—¿Tú qué crees?

—¿Y me desnudasteis?

Berta y Marga intercambiaron una mirada de fastidio.

—Sí, Marc. Te desnudamos.

—¿Bien?

—Te aseguro que fue de todo menos emocionante —mantuvo la firmeza Berta.

—¿Ni un poco motivador? —esbozó una sonrisa que pretendió ser cautivadora pero resultó patética.

—Nada, querido. Nada —resopló Marga.

—¡Cómo sois!

—¿Te has acabado el café?

—Sí.

—Pues andando, vete a casa, que tenemos cosas que hacer.

—¿Qué cosas...?

—¡Marc! —gritó Berta—. ¡¿Quieres irte de una vez?!

No recordaba haberla visto tan enfadada. No quiso seguir metiendo la pata. Una ducha caliente y un café era lo más que podía pedir. Y, en el fondo, sabía

que podía contar con ellas. Que aquella vez hubieran llamado a Noelia no dejaba de ser un accidente. Aunque ya estaban separados, su ex casi le había despellejado vivo.

—¡Gracias! —fue lo último que les dijo desde la puerta del piso.

No le contestaron.

Siempre había tenido amigos o amigas así. Era lo mejor. Uno no se siente solo si al lado alguien está dispuesto a echar una mano.

Aunque fuesen dos mujeres con las que no tenía la menor posibilidad.

Marc Torras entró en su casa.

Cerró la puerta.

No se dio cuenta de que allí había alguien hasta que los vio entre el caos del comedor, como estatuas surgidas del pasado, dos sentados y el tercero de pie.

Temió seguir borracho.

O que el café tuviera LSD.

Pero no, eran ellos.

Silvio, Gabi y Gonza.

Sus excompañeros.

Marc Torras tardó en reaccionar.

Ninguno de ellos hablaba.

Se dio media vuelta y llegó hasta su habitación. Una vez en ella se sentó en la cama y miró el vómito, a un lado. Rebobinó los últimos minutos.

Decidió que todo era real, que ni estaba borracho ni drogado, y que, desde luego, no había entrado en una dimensión paralela.

Ellos.

Tomó aire y, mientras su cabeza se disparaba, intentando encontrarle un significado a todo, se quitó los pantalones. Luego buscó unos calzoncillos y una camiseta que no pareciesen del siglo pasado. Acabó de vestirse y se pasó las manos por el pelo, apartándolo de la cara.

Cuando regresó al comedor se apoyó en el marco de la puerta y habló por primera vez.

—¿Sois vosotros?

—Sí —dijo Silvio.

—¿Me he muerto?

—No.

—Entonces no entiendo nada —alargó la mano, cogió una silla y se derrumbó en ella.

—¿Tanto te cuesta creer que estemos aquí los tres? —preguntó Gabi.

—¿Que si me cuesta...? —no pudo creerlo—. Aun te recuerdo gritando que antes te cortabas el pito que volver a estar con uno solo de nosotros.

—Pues no me lo he cortado —Gabi sonrió por primera vez.

Marc miró a Gonza.

—¿Y tú?

—Olvidalo —le dijo el bajo de Lágrimas de Cocodrilo.

—¿Que lo olvide? —abrió los ojos—. Intenté separaros y acabé en un hospital —movió el brazo izquierdo como si aún estuviera rehabilitándolo.

—Marc, mete algo de ropa en una bolsa, va —le pidió Silvio.

—¿Para qué?

—No tenemos todo el día, y hemos de coger carretera. Tú hazlo.

—¿Nos vamos?

—Sí.

—¿Adónde?

—Estarás unos días fuera. Puede que muchos, depende.

—¿Unos días fuera... con vosotros?

—Sí.

—No jodas.

—Jodo.

—Pero...

—Hazlo.

Silvio siempre había sido el líder, el Gran Jefe. Fue como volver hacia atrás, dando un salto en el tiempo.

—Vale —suspiró Marc.

Se levantó de la silla. Tenía una docena de pregunta más, pero se levantó de la silla, calló y volvió a la habitación. Pura sumisión. No tenía la cabeza demasiado estable. Sacó una bolsa relativamente grande del armario. Metió en ella ropa interior, calcetines, camisetas, otro pantalón y unos zapatos. También se calzó unas zapatillas deportivas no menos viejas. La ropa estaba sucia, pero podía lavarse.

Sus gestos eran mecánicos.

Él, un autómeta.

«Nos vamos», «Estarás unos días fuera», «Puede que muchos, depende».

Días... con ellos.

¿Sin más?

Salió con la bolsa en la mano. La dejó en la entrada del comedor y se cruzó de brazos.

—¿Qué está pasando aquí? —quiso saber.

—Nos vamos a grabar un disco, y luego de gira —dijo con toda naturalidad Silvio—. Aunque antes haremos una parada.

Marc lo acabó de recibir como si fuera un puñetazo en pleno cerebro.

—¿Los cuatro? —exhaló sin prestar atención a lo de la parada

—Sí.

—¿Como en los viejos tiempos?

—Exacto.

No pudo evitarlo.

Lo comprendió finalmente y sintió aquella emoción.

Le subió por la espalda, erizándole el vello, electrificándole el cuerpo, y tras provocarle un estremecimiento le llenó la mente de luces.

Las dos lágrimas asomaron por sus ojos.

—¿Qué... ha pasado? —balbuceó.

Gonza era el único que todavía no había hablado.

Lo hizo en ese momento.

—Que el cielo está ardiendo, Marc —dijo—. Eso es lo que pasa.

El guitarra miró más allá de ellos, hacia la ventana del comedor. El cielo era azul, muy azul, y el día radiante, muy radiante. Un día que presagiaba buenas vibraciones.

Una ducha caliente, un café con sus dos vecinas y, de pronto, aquello.

—Pues vale —también sonrió.



Silvio conducía el coche. Gonza iba a su lado. Detrás, Gabi y Marc. El rescatado veía pasar la vida al otro lado de las ventanillas del vehículo como si fuera el espectador privilegiado de una película, en primera fila. Trataba de entender, pero le costaba. Sus antiguos compañeros, cosa rara, apenas si hablaban.

Bueno, de hecho tampoco habían hablado en su última gira.

La gira del silencio.

—Chicos, ¿por qué estáis tan serios? —preguntó intentando centrar sus ideas.

—No estamos serios —le contestó Gonza.

—Hay mucho de qué hablar, pero ya lo haremos —dijo Silvio.

—Cuando estés bien —completó el trío Gabi.

—Yo estoy bien —aseguró Marc.

Reinó el silencio.

Hasta que él mismo volvió a romperlo.

—¿No lo estoy? —vaciló.

—¿Confías en nosotros? —preguntó Silvio.

Lo meditó.

—Confiaba hace años, hasta que la jodimos —fue sincero.

—Pues tendrás que volver a hacerlo —repuso Gabi.

—¿Cómo?

—¿Quieres que todo vuelva a ser como al comienzo?

—Me gustaría, pero sé que no es posible.

—¿Y si lo fuera?

—Entonces sería maravilloso.

—¿Lo intentarías? —remató el diálogo Gabi.

—Sí.

—Marc —habló Gonza—. ¿Recuerdas aquella vez que me salvaste la vida?

Le costaba centrarse. Incluso estando sobrio. La resaca persistía casi de

manera perenne. Frunció el ceño mirando al bajo y se perdió en los vericuetos de su memoria.

—No —reconoció.

—Fue en Vigo —dijo Gonza—. Me quedé enrampado al tocar un micrófono con las manos sudadas. Tú te lanzaste sobre los cables para desconectarlos.

—Sí, eso sí lo recuerdo —asintió—. ¿Te salvé la vida?

—Sí. Y dijiste que un día seguramente te la salvaría yo a ti.

—Claro, hoy por ti, mañana por mí —sonrió cerrando los ojos como si de repente se adueñara de él un extraño sopor.

—Entonces no lo olvides —se volvió hacia él Gonza.

—Chicos, estáis muy raros —gruñó Marc—. ¿En serio volveremos a grabar?

—Sí —le tocó el turno a Silvio.

—¿Y nos iremos de gira así, sin más?

—Primero hemos de arreglar algunas cosas. Ya te hemos dicho que antes haremos una parada.

—Ya decía yo —se arrellanó en el asiento.

—Tú tranquilo.

—¿Y los instrumentos? —se preocupó—. Ya no tengo mis guitarras. Tuve que..., bueno..., ya sabéis.

Las había vendido.

Lo último que haría un guitarra, desprenderse de su alma.

Los tres se dieron cuenta de que Marc volvía a sumergirse en las brumas de su mente.

—No te preocupes —Gabi le palmeó la pierna.

—Silvio.

—¿Sí, Marc?

—Algo no va bien, ¿verdad?

—Al contrario. Todo está yendo bien.

—¿Cuánto tiempo durará esa parada de la que hablas?

—Un mes, dos.

—Eso es mucho tiempo —rozó el abismo.

—Hemos de prepararnos.

—Sí, claro —buscó la forma de mantenerse a flote—. Y ensayar, y todas esas cosas. ¿Habrá chicas?

—No, ya no.

—¿Por qué?

—Somos adultos.

Lo consideró. Se habían detenido en un semáforo y por el paso caminaba una mujer joven, veintitantos años. Marc la siguió con los ojos. Tenía una hermosa cabellera que le llegaba hasta la mitad de la espalda y que la suave brisa tanto como su paso vivo movían con delicadeza.

—Noelia me dejó —dijo con voz átona.

—Lo sabemos —volvió a tocarle la rodilla Gabi.

—Me gustaría verla.

—La verás.

—¿Cuándo? —se animó.

—Cuando estemos preparados y tú a punto —dijo Silvio.

El coche volvió a arrancar. La mujer quedó atrás. También la ciudad. Ya solo tenían campos a su alrededor. Marc parecía moverse en un tobogán de sensaciones. Subía, bajaba, se emocionaba, daba un paso adelante, dos hacia atrás. Daba la impresión de ser una sombra de lo que había sido. De los cuatro, era el que tenía peor aspecto. Estaba muy delgado, casi demacrado, y el pozo de sus ojos no tenía fin. Llegaba al otro lado de su infinito.

El silencio no fue muy largo.

—Éramos buenos —dijo como si necesitara oír el sonido de su voz.

—Mucho —lo corroboró Gabi.

—¿Y Pau? ¿Dónde está Pau? —se agitó un poco.

—Pau murió, ¿no lo recuerdas?

—Pau... —encontró en su desvaída memoria el instante que buscaba y volvió a descender a su infierno—. Joder... Pau, sí. Le sentó mal aquello.

Aquello.

—Pau también habría querido que siguiéramos ahora —quiso alentarle Gonza.

—Jo, claro —asintió—. Pau era un tío legal. Y bueno. Muy bueno. Cuando él y yo tocábamos la guitarra la gente se volvía loca. Nos enzarzábamos así... —hizo el gesto de tocar una guitarra imaginaria y movió la mano izquierda por los trastes mientras que con la derecha punteaba el aire—. Era mágico...

Circulaban por una carretera secundaria, o terciaria, pequeña, sinuosa. A ambos lados, el bosque. Algunas partes eran muy umbrías, y mostraban la humedad de las zonas a las que no llegaba el sol. El indicativo del lugar al

que iban apareció en una curva poco después.

Dos kilómetros.

Silvio miró a Marc por el retrovisor.

Su compañero ni se había dado cuenta.

—Tengo sed —musitó el alcohólico.

—Ahora beberemos agua —dijo Gonza.

Otro silencio.

Hasta que Marc aterrizó en la isla de sus emociones como un planeador después de un largo vuelo sin motor.

—Si esto es un sueño, me gusta —susurró—. Y si es real, está bien. Muy bien —miró a sus tres amigos—. Porque éramos buenos, tíos. Muy buenos, ¿verdad? Joder... lo que hicimos... Joder... Os quiero mucho, cabrones...

Silvio detuvo el coche en la entrada de la clínica. No delante de la puerta del edificio, pero sí al lado. Las paredes de piedra eran solemnes. La hiedra escalaba por la base hasta llegar casi al primer piso. Algunas ventanas estaban abiertas, pero la mayoría permanecían cerradas. La sensación de los jardines era de paz. Nadie se asomó por las escalinatas para recibirlos.

Apagó el motor y siguieron en el interior del vehículo.

Marc comprendió que aquella era la parada de la que le habían hablado.

Y que algo sucedía.

Algo que le atañía a él.

—¿Qué es esto? —les preguntó.

—Una clínica.

—¿A quién vamos a ver?

—A nadie —Silvio se lo dijo sin ambages—. Venimos a dejarte a ti.

—¿A mí? —miró el edificio con ojos desorbitados.

—Sí, Marc.

—No...

—Es necesario, y lo sabes.

—Hostias, no me hagáis esto... —empezó a descomponerse.

—Si no lo haces, no podemos volver.

—¡Lo dejaré!

—Tú solo no puedes.

Marc miró a los otros dos en busca de un apoyo que no encontró.

—Gabi, Gonza... No me jodáis...

—Sabes que es por tu bien —dijo el primero—. Únicamente así volveremos a ser lo que fuimos y...

—¡No!

No pudieron evitarlo. Marc abrió la portezuela del coche y echó a correr por la misma senda por la que acababan de llegar. Una senda que no conducía a ninguna parte en un par de kilómetros a la redonda. Ninguno de los tres le siguió a la carrera, aunque bajaron del automóvil.

A los veinte o treinta metros, Marc se detuvo.

Apretó los puños y miró al cielo.

Luego cayó de rodillas al suelo.

Le dejaron desahogarse. No pretendieron consolarle. Era el primer paso de su terapia: enfrentarse a sus fantasmas. Y tenía que hacerlo solo. Los médicos le ayudarían después.

El paso de los segundos fue triste.

Hasta que dejó de llorar y volvió la cabeza.

Seguían allí.

Sus amigos.

Lo único que le quedaba.

Se puso en pie y regresó despacio, con la mirada extraviada y toda su ofuscación mental. Se detuvo frente a ellos como un niño pillado en algo malo ante sus padres.

—¿Por qué? —exclamó con cierto patetismo.

—Te lo hemos dicho, Marc —habló Silvio—. El cielo está ardiendo y es hora de volver, así que regresamos. Pero esta vez será diferente. Ni drogas, ni bebida, ni locas entrando y saliendo de los camerinos o de las habitaciones.

—Pero esto no es el *rock*, chico —protestó de la manera más infantil.

—Si hay una segunda oportunidad, es esta —le hizo ver Gabi.

—No somos los únicos —dijo Gonza.

—Los Eagles lo hicieron así —concluyó Silvio.

Marc siguió perdido en los vericuetos de su mente.

—Eran buenos los Eagles —asintió con la cabeza—. *Take it easy...*

—Muy buenos —dijo Gabi—. Y volvieron y lo consiguieron.

Marc dejó de mirarlos a ellos y centró los ojos en la clínica.

No era una cárcel, pero lo parecía.

—¿Así que el precio que he de pagar es desintoxicarme?

—No es un precio —dijo Silvio—. Es una necesidad. O estamos los cuatro o no estamos. Y si estamos, esta vez lo haremos de otra forma.

—¿No vais a sustituirme?

—No —se lo aseguró Gabi.

Marc recuperó la emoción.

—¿Y si no lo consigo? —gimió.

—O lo haces o te mueres —dijo Gonza—. Tú eliges.

—¿Tanto? —se estremeció.

—Sí.

—¿Como Pau?

—Sí, Marc. Como Pau.

Se dieron cuenta de que estaba temblando. Igual que si llegara su primer *delirium tremens* a causa de la abstinencia y el tratamiento.

Ya había pasado por lo mismo. Sabía qué le esperaba.

Y era duro.

Silvio llegó a su lado, le pasó una mano por encima de los hombros y le ayudó a dar el primer paso en dirección a la clínica.

—Vamos, te esperan —le dijo.

—¿Quién va a pagar esto?

—Te lo descontaré del primer dinero, no es un regalo.

No supo si bromeaba o iba en serio.

En todo caso se rio.

Llegaban a la escalinata.

Primer peldaño.

—¿Voy a estar solo? —tembló un poco más.

—Vendremos a verte —le prometió Gonza.

—Pero estaré solo.

—Sí —fue claro Gabi.

Último escalón.

Ahora sí, una enfermera se acercó a ellos.

Parecía todo un sargento.

—Seréis cabrones... —volvió a gemir Marc.

La cena tenía un cierto sabor de regreso.

No era igual que otras veces, cuando llegaba a casa de una pequeña gira o después de dar algún concierto aislado, en Barcelona o en otra parte. Habían puesto la última piedra para el regreso de Lágrimas de Cocodrilo.

Ya habían hablado de Marc, de su aspecto, de cómo vivía, de la pálida sombra en la que se estaba convirtiendo. De todo ello y más. Y sin embargo Elisabet no hizo la pregunta más importante hasta ese momento.

—¿Crees que lo conseguirá?

Su marido se enfrentó al pensamiento que él mismo había tenido a lo largo del día.

Comprendió que no tenía una respuesta clara.

Que le podía más el corazón que la razón.

—No lo sé —dijo.

—Tú le conoces bien, ¿no?

—Los conocía —la rectificó—. Ha pasado demasiado tiempo. Me he dado cuenta de lo mucho que han cambiado. Y lo mismo yo para ellos, imagino.

—¿De verdad no habéis pensado en sustituirle?

—No. O volvemos los cuatro o no volvemos. Si lo hacemos sin él, se muere, eso sí lo sé.

—Pero en la última gira bien que metisteis un guitarra y un segundo batería de apoyo.

—Eso fue entonces —admitió Silvio—. Sin Pau, con el disco disparado... Era necesario dar un buen espectáculo y sonar de puta madre. Ahora lo haremos de otra forma. Nos bastamos los cuatro. Si es necesario, volveremos a los orígenes. Estamos de acuerdo en ser lo más sinceros que podamos.

—¿Qué haréis mientras Marc se recupera?

—Seguir con nuestras vidas. Por lo menos momentáneamente. Yo tengo actuaciones, Gabi lo mismo, Gonza seguirá aquí y allá... Nos han dicho en la clínica que será cosa de un mes, como mucho dos. Es lo que se tarda en hacer una buena limpieza, corporal y mental.



—Pero trabajarás ya pensando en el grupo, ¿no?

—Sí, claro —dijo Silvio.

Elisabet sonrió de oreja a oreja.

—¿De qué te ríes? —le preguntó él.

—De nada —se hizo la misteriosa.

—¡Venga ya, dímelo!

—Pero si ya lo sabes.

—¡Que no!

—El Silvio que más quiero no es el que canta y toca, sino el que compone —dijo con ternura—. Cuando cantas te comparto con los que te oyen. Cuando compones eres mío. Me encanta verte ahí abajo, esforzándote, sacando cada nota y cada verso de la canción. Y aunque te he visto hacerlo en estos años muchas veces, no puedo olvidar el comienzo, cuando lo hacías por y para el grupo.

—Es que es diferente.

—¡Lo sé! ¡Eres tú, el mismo, pero tienes en la cabeza al resto! ¡Y eso te da alas! Te confiere un poder especial. Aunque te exiges demasiado, siempre en busca del tema perfecto.

El tema perfecto.

Una de las grandes manías, o bazas, o exigencias de Lágrimas de Cocodrilo.

Si algo no era bueno, no lo grababan. Y aun grabado, no iba al disco si no superaba la más alta exigencia. Jamás habían puesto en un álbum una canción de más, de relleno, para «acabarlo». Eso también les había conferido la etiqueta de «eclécticos».

—Desnúdate —dijo de pronto Silvio.

Elisabet abrió los ojos.

—¿Ahora?

—Vamos abajo. Yo compongo y tú haces de musa.

—¡Anda ya! —se echó a reír.

—Entonces será culpa tuya si no hago nada bueno.

—Venga, acaba de cenar, yo voy a ver si Neo ya duerme y, en todo caso, toco la pandereta —le guiñó un ojo.

—Me vale —levantó la copa de vino para brindar por ello.

Su mujer le secundó.

Las miradas fueron cómplices.

—Te quiero —dijo él.

—Creo que has vuelto a ser un crío —reconoció ella—. Estás diferente.

—¿Mejor o peor?

—Diferente. Has recuperado una ilusión perdida.

—El grupo, claro.

—No, no es solo el grupo, son también ellos, tus amigos. Tenías heridas sin cicatrizar.

Silvio bebió un sorbo de vino y se levantó.

—¿No quieres postre? —le preguntó Elisabet.

Llegó hasta ella, se le colocó detrás y la abrazó por la espalda. Luego le besó la cabeza.

—Hice el mejor tema del último disco después de hacer el amor contigo, ¿recuerdas? —susurró.

—¿Así que esa es la excusa?

—¿No crees que es la mejor? —siguió besándola—. Si no hago algo bueno de verdad, será culpa tuya.

Logró que ella se pusiera en pie.

Logró tenerla de cara, abrazarla y besarla.

Iba a lograr algo más.

Hasta que oyeron la voz de Neo.

—Mamá, no puedo dormir —dijo desde la puerta. Y agregó—: ¿Qué hacéis?

La clínica era una cárcel con las puertas abiertas.

Pero una cárcel al fin y al cabo.

Aunque con privilegios.

Marc marcó el número y esperó. Era tarde. Ella tal vez ya estuviera acostada, porque se levantaba temprano. Quizá le colgara. Quizá le maldijese. Lo único que necesitaba era oír su voz y, a ser posible, hablar un minuto. En ese momento lo necesitaba más que una cerveza o lo que fuese que llevase alcohol.

Ella apareció al otro lado.

—¿Sí?

Tomó aire y lo soltó junto con las palabras.

—Noelia, soy yo.

Marc cerró los ojos.

Su excompañera no colgó.

—¿Qué quieres? —le preguntó.

—No... podía dormir. Necesitaba escuchar tu voz.

—Pues ya la has oído.

—Espera...

—Marc, no voy a ir a sacarte de ningún lío si es lo que pretendes. Tuve bastante con la última vez que me avisaron tus vecinas.

—No, no es eso.

—¿Entonces qué es?

Miró el despacho. Estaba solo. Le habían dejado hacer la llamada porque ya no tenía ni móvil. Su habitación era aséptica. El despacho también. Una mesa, estanterías con libros, paredes con diplomas...

—Estoy en una clínica.

Noelia se tomó su tiempo para procesar la noticia.

—Bien —fue lo único que dijo.

—Ya sé que he pasado por esto otras veces, pero... ahora es diferente.

—¿Por qué ahora es diferente?

—Porque me han traído los chicos.

Otra pausa.

Marc se quedó expectante.

—¿Noelia?

—¿Me estás diciendo que tus antiguos compañeros han ido a por ti?

—Sí, eso te estoy diciendo.

—¿Y por qué lo han hecho?

—Vamos a volver.

—¿Me lo dices en serio?

—Sí, va en serio.

—¿No os odiabais?

—No, eso fue... No, no nos odiamos, ya no.

El tono de Noelia se hizo más duro.

—Yo te llevé dos veces a rehabilitación, ¿recuerdas?

—Sí.

—Y fracasaste.

—Sí.

—No lo hiciste por mí, ¿y ahora dices que lo harás por ellos?

—Cariño...

—Da igual —se escuchó un suspiro a través de la línea—. Si lo logras me alegraré.

—Voy a hacerlo, te lo juro. Y cuando esté bien... Cuando esté bien volverás, ¿verdad?

El suspiro se convirtió en dolor.

Pensó que estaba llorando.

—No lo sé —dijo ella apenas con un hilo de voz—. Dios, Marc... ¿Cuántas veces lo intentamos? ¿Cuántas veces te he visto caer y me he sentido impotente? Sabes que ya no podía más. ¿Qué persona resiste ver el hundimiento del ser que ama?

Marc se mordió el labio inferior.

—Si lo consigo...

—Si lo consigues será lo mejor que hayas hecho en tu vida. Por ti, por la música y puede que hasta por mí. Ojalá. Pero hasta que llegue ese momento, no me llames más, por favor.

—Si vinieras a verme...

—Marc, no —ahora sí rompió a llorar.

—Noelia...

—Buenas noches —le cortó incapaz de seguir hablando.

Marc se quedó con el teléfono en la mano.

Tardó un poco en reaccionar, dejarlo en el soporte y salir del despacho. La enfermera de noche estaba al otro lado de la puerta, sentada en una silla, esperándole para llevarle de nuevo a su habitación. No era el sargento de la llegada, sino más bien un ángel de veintimuchos años. Parecía dulce, pero tenía la voz grave y dos buenos brazos capaces de tumbarle.

Regresaron por el largo pasillo de los pasos perdidos.

—He estado en otros lugares, pero este parece diferente —dijo Marc.

—La clínica tiene mucha fama, sí —respondió ella.

—¿Es duro?

—Sí —lo reconoció sin tapujos.

—No me lo pone fácil.

—No lo es. Pero siempre depende más de cada paciente que del tratamiento.

—¿Cómo se llama?

—Leticia, con «c».

—Yo soy Marc Torras.

—Sé quién es. ¿Puedo decirle algo?

—Sí, claro.

—Tiene amigos. Si no lo hace por usted, hágalo por ellos.

Habían llegado a la habitación. Se detuvieron en la puerta. Marc miró el interior mientras ella esperaba. Sabía que nada más cerrarse aquella puerta, se hundiría.

Tal vez le diera un ataque de pánico.

El primero.

—¿Qué sucederá si me pongo mal? —lo dijo de la mejor forma posible.

—Habrá que atarle —fue sincera.

—¿En serio? —tuvo ganas de echar a correr.

—No sé su grado de alcoholismo, pero es posible que en los próximos días aparezca algún *delirium tremens*. Si es así, habrá que luchar más, nosotros, usted... Cuando supere esta fase, todo será mejor.

Marc recordó lo mucho que le dolía el cuerpo después de cada rehabilitación.

Y lo fácil que era caer de nuevo.

Una simple copa, una cerveza... y adiós.

—¿Puedo tutearte?

—Sí.

—¿Y tú a mí?

—No, me temo que eso no —señaló la cama con una mano dando por terminada la charla—. Buenas noches, señor Torras.

Dio un paso.

Se volvió antes de que ella cerrara la puerta.

—Gracias por dejarme hacer esa llamada.

—No hay de qué.

—¿Te gustaba nuestra música? Debías oírla siendo adolescente.

—Tengo todos los discos de Lágrimas de Cocodrilo —sonrió ella por primera y única vez antes de cerrar la puerta y aislarle del resto del mundo en su primera noche.

Lo mismo que la primera vez, unos días antes, la voz de Marcelino Gausá se hizo enorme a través del teléfono.

Solo que ahora, ya sabía quién le llamaba.

—¡Juanjo!

—Hola, Marcelino.

—Ayer mismo pensaba en ti, dándole vueltas a la campaña de lanzamiento.

—No corras tanto.

—Venga, hombre. No llamarías si no fuera para darme buenas noticias.

—No, te dije que te llamaría para contarte cómo iba todo.

—¿Y no son buenas noticias?

—En parte sí, mucho, pero todo sigue en pañales y paso a paso.

El director de Karma Discos chasqueó la lengua.

Juanjo no supo si era por fastidio o por resignación.

—Va, cuenta —le pidió.

—De momento puedo decirte que lo peor ha pasado. No solo se han reconciliado todos, y están de acuerdo en volver, sino que han ido a llevar a Marc Torras a una clínica de rehabilitación.

—¿Va a desintoxicarse?

—Sí.

—¿Cuántas veces lo ha intentado?

—Vamos, Marcelino. Dale un voto de confianza.

—A mí, mientras graben un disco y den unos conciertos, ya me vale.

—El gran sentimental corazón de oro —se burló Juanjo con acritud.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Te cuento a cuantos cantantes y grupos he visto pasar por aquí en cuarenta años, desde que mi padre fundó esto? No se les puede tomar cariño. Son como hijos tontos: siempre acaban fallándote y defraudándote.

—¡Ellos son Lágrimas de Cocodrilo, coño! —se enfadó el mánager.

—Como si son los Beatles reencarnados.

—Tendría que haber llamado a otra compañía.

—Juanjo...

—Bueno, que sepas que sin Marc no vuelven.

—¿No pueden meter a otro?

—No quieren. O los cuatro o ninguno.

—Tú diles la de pasta que van a ganar y verás como entran en razón.

—No los conoces, o has olvidado cómo eran. Esta vez es distinto. Ni siquiera en la gira habrá más miembros. Serán ellos cuatro. Es una de las condiciones que se han impuesto.

—¿Una? —se alarmó Marcelino Gausá—. ¿Hay más?

—Si Gabi y Silvio no consiguen componer buen material, tampoco lo harán.

—¿Otra vez con esas? ¡Pero si hagan lo que hagan lo venderemos como churros y habrá un millón de descargas en Internet!

—Es lo que hay —dijo Juanjo—. Pero te diré una cosa: yo creo en ellos. Los he visto mucho más maduros. Ni son los críos de dieciocho años del comienzo ni las estrellas inconformes que se separaron a los treinta. Tampoco viven ya el sueño del *rock* de los veinte años. Aun sin dejar de ser roqueros. Todos los grandes grupos que han roto abominando de su vida y de los compañeros aprenden la lección, se dan cuenta del tiempo perdido, y vuelven de otra forma. Siempre es igual. Son músicos. Por encima de todo, son músicos. Lo que quieren es tocar, aunque tengan ochenta años. El éxito quema, y ellos han necesitado doce años para curarse.

—Un momento, que voy a aplaudirte —dijo Marcelino Gausá.

Juanjo escuchó unas palmadas por el auricular.

El director de Karma Discos era una roca entonces, y seguía siéndolo ahora.

Negocios.

Nada personal, solo negocios.

—Marcelino...

—No, no, si te entiendo, y lo valoro. Pero a mí no me vengas con historias. O hay disco o no lo hay. O hay gira o no la hay. Y prefiero que haya las dos cosas, claro. Por Dios, ¿saben la de pasta que hay en juego?

—Supongo que sí, pero no se ha hablado de eso.

—Pues deberían. Y debería ser lo primero. No creo que naden en la abundancia precisamente.



—Tampoco les va mal. Menos Marc, todos trabajan regularmente.

—¿Tocando en clubs de mala muerte? ¡Santo Cielo, Juanjo! ¡Ellos llenaban campos de fútbol!

—¿Me lo dices o me lo cuentas?

—De acuerdo —el director de Karma Discos recuperó su vieja máxima de que el tiempo era oro y las charlas entre amigos por teléfono un absurdo. Posiblemente porque él no tuviera amigos—. ¿Me seguirás informando?

—¿Seguirás con la boca cerrada?

—¡Sí, pesado!

—Entonces lo haré.

—¿Cuánto crees que tardará Marc en recuperarse si lo hace?

—Un mes o dos mínimo. Y lo hará.

—¿O sea que antes...?

—Nada. Aunque me consta que Silvio y Gabi deben estar ya componiendo algo.

—¿Qué dice Gonza?

—Nada.

—Bueno, menos mal —se relajó—. Venga, crucemos los dedos.

—Tranquilo, Marcelino.

—¡Oh, sí, tranquilo! ¡Adiós!

Fin de la conversación.

A Juanjo le pareció que había estado nadando en la piscina de los tiburones, como siempre que hablaba con alguien de una compañía discográfica.

El taxi se detuvo frente a la puerta de la casa y Gabi bajó de él protegiéndose de la lluvia. El día era plomizo, gris, con un frío impropio de la época. Llegó al portal dando un salto para eludir un charco de agua formado en la misma acera y sacó la llave haciendo equilibrios para no tener que dejar la bolsa en el suelo mojado.

Una vez dentro se dio cuenta de que en todo el trayecto en el AVE no había pensado en ello.

O no había querido pensar en ello.

Ahora ya era inevitable.

Miró la escalera.

La respuesta, a unos pocos pasos.

Dio el primero y luego los restantes hasta poner un pie en el primer peldaño. Los escalones estaban combados, porque la casa era vieja, como casi todo el barrio. Le habían dicho que en el piso, antes que él, vivían unos ancianos de los de «toda la vida». Una vez muerta ella, el marido apenas si pudo sobrevivir unas semanas solo. De los ancianos a él.

Él y Maya en los últimos meses.

Sintió una creciente aprensión.

Silvio tenía a Elisabet. Gonza a Caro. Él estaba tan solo como el maldito anciano.

Salvo que Maya siguiera arriba.

Primer rellano. Los gritos de una mujer riñendo a su hijo. Segundo rellano, silencio. Tercer rellano, una radio escuchándose por las rendijas de la puerta. Cuarto rellano, más silencio. Quinto rellano, el suyo.

Gabi tenía las llaves en la mano.

Miró la puerta.

Tomó aire e introdujo la primera en la cerradura de seguridad. Luego la segunda en la de la puerta. Una vez abierta cruzó el umbral.

Cuando Maya estaba en casa, salía a recibirle sin apenas ropa, como le gustaba. Y le daba un beso que era más que un beso, porque los besos de

Maya no se parecían a los de las demás mujeres que había conocido. Y cuando no estaba en casa, lo que flotaba en el ambiente era el perfume con el que se había bañado antes de salir por la puerta, impregnándolo todo con su aroma, y en especial el recibidor.

Esta vez no había olores.

Gabi caminó por el piso.

Dejó la bolsa en la habitación.

Abrió el armario.

La parte de Maya estaba vacía.

Ya se había ido.

De la casa, de su vida, para siempre.

Gabi se sentó en la cama y contempló aquella ausencia, el enorme hueco dejado en el aire más que en el propio armario.

No era la primera vez que pasaba por ello.

Pero deseó que fuese la última.

Lo peor era que sabía que no iba a echarla de menos.

Los aplausos del último pase fueron mucho más consistentes que los del primero. Había más gente, y parecían más entendidos. Incluso una mujer, de unos treinta y cinco años, se le acercó para pedirle un autógrafo antes de que entrara en la zona de los camerinos del local.

—Me llamo Iria.

—Precioso —reconoció mientras se lo ponía en el papel que acababa de tenderle y con el bolígrafo que le había dado.

—Siempre me pareciste genial —le dijo ella mientras firmaba la dedicatoria.

—Gracias.

—Adoraba tus canciones, aunque solo hubiera una o dos en cada disco. *Ladrón de medianoche* me marcó.

—¿Qué edad tenías entonces?

—Diecinueve.

—Ya.

—Estoy con una amiga. ¿Quieres tomar algo con nosotras?

Gonza la miró.

Era una mujer. Ni mejor ni peor que otras. Lo bastante atractiva. Lo bastante interesante. Lo bastante poderosa como para atraer a cualquiera, y más a aquella hora. La amiga tampoco estaba mal. Las había visto sentadas en primera fila. Dos mujeres solas, tal vez separadas, tal vez, simplemente, libres.

En otro tiempo habría dicho que sí.

«En la madrugada, después de tocar, todas te parecen guapas, y más si se mueren por ti», le dijo una vez un viejo roquero, cuando ellos empezaban.

En otros tiempos.

—Gracias, he de irme a casa.

—Claro.

Se dieron un beso en las mejillas. Iria olía bien. Al separarse le vio el brillo de los ojos. Luego ella regresó a su mesa y él entró en el pasillo.

Fue rápido. Secarse el sudor, ponerse una camisa limpia, meter la sucia en la bolsa y salir a recoger el bajo. Luego, sin buscar con la mirada a Iria y a su amiga, caminar hasta la barra sin detenerse.

Todas las botellas, todas las bebidas.

Pensó en Marc.

Marc solo en la clínica, pasándolo jodidamente mal.

Pero vivo.

Salió del Jambore y cruzó la plaza Real en dirección a las Ramblas. El lugar todavía estaba lleno de noctámbulos. Algunos eran turistas apurando la noche. Encontró el taxi sin problemas y le dio la dirección de su casa. Se arrellanó en el asiento y agradeció que el taxista no fuera de los habladores.

Siguió pensando en Marc, pero también en Pau.

Luego por su cabeza aparecieron Silvio y Gabi.

Iria le había dicho que *Ladrón de medianoche* la marcó.

Era una gran canción. Posiblemente la mejor que hizo junto a *Esta noche no quiero pensar en ti*. Había sorprendido a Silvio y a Gabi con ella. Por una vez, no hubo discusiones. En cambio en tantas otras...

Era un buen músico pero no un gran autor.

Ni siquiera «un buen autor».

No había tráfico, así que llegó antes de que se diera cuenta. Pagó la carrera y subió al piso. Entró sin hacer ruido, pero al llegar a la habitación escuchó la voz de Caro en la penumbra.

—Puedes dar la luz.

—¿Despierta?

—Tampoco es tan tarde. ¿Cómo es que llegas temprano?

—No siempre me apetece quedarme con los demás a tomar algo.

—Bien. Anda, ven.

—Voy.

Se desnudó sin dar la luz como le había pedido ella. Se puso una camiseta y el pantalón corto, que encontró a tuestas a los pies de la cama, y se metió bajo la sábana para encontrarse con los brazos abiertos de Caro.

Su cuerpo era cálido.

—¡Mmm...! Qué bien —le susurró ella al oído.

Se quedaron así unos segundos.

Hasta que Caro le acarició el rostro.

Le dijo una sola cosa.

—Has tardado en darte cuenta de cuánto los echabas de menos, ¿verdad?  
Gonza no se sorprendió de su clarividencia.  
Nada le sorprendía en ella, y más ahora que estaba embarazada.  
—Sí —le respondió antes de buscar sus labios para besarla.

Tenía los ojos cerrados.

Muy cerrados.

Porque los monstruos estaban allí.

Y si los abría...

Marc movió la cabeza de lado a lado.

Lo único que consiguió fue agitar el cerebro, como si bailara dentro de su cabeza. Un cerebro demasiado pequeño para tanto cráneo. En la escuela ya solían llamarle cabezón.

Aquel había sido su primer trauma.

—¡Marc!

Alguien le llamaba.

No tuvo más remedio que abrir los ojos.

Pero allí no había nadie.

Y el lugar era pequeño, blanco, como una cárcel en el cielo.

Paredes acolchadas.

Él atado a sí mismo, con las manos envolviendo su cintura, sin posibilidad de moverlas.

—¡Marc!

Sí, sí había alguien.

Pau.

Allí estaba, frente a él, joven, guapo, tan joven y tan guapo como en los primeros días del grupo. Un Pau sonriente, como le recordaba, capaz de bromear de todo, por todo y con todo.

—¿Pau?

—¡Hola, tío!

—¿Qué haces aquí?

—He venido a verte.

—Joder, Pau...

—¡Venga, hombre! Esto está bien, ¿no?

—Vete a la mierda.

—¿Qué dices? —Pau tocó las paredes acolchadas—. Fíjate: es cómodo, tranquilo, silencioso... Si vieras dónde estoy yo...

—¿Dónde estás tú?

—En el infierno, por supuesto.

—No hay infierno, Pau. No hay nada.

—Eso es lo que tú crees, tío.

—Vete.

—¿Por qué?

—Estoy delirando.

—Bueno, yo lo hice alguna vez, cuando me pasaba de la raya —se echó a reír—. ¡Qué bueno! ¡La raya! ¿Lo pillas?

—Si fueras real me desatarías.

—¿Y dejar que te hagas daño?

—Tú te lo hacías.

—Una vez intenté arrancarme los ojos, ¿recuerdas? Decía que veía al diablo.

—Te pillamos a tiempo.

—¿Vas a ponerte medallas?

—No.

—Porque luego me dejasteis morir, ¿vale?

—No te dejamos morir.

—¿Ah, no? Pues a mí no me llevasteis a un lugar como este.

—No sabíamos...

—Me dejasteis morir —insistió.

—¿Cómo puedes decir eso? —Marc empezó a sentirse peor.

—Lo veáis, y no hicisteis nada. Fue como dejar a un niño de la mano en el momento de cruzar una calle.

—¡Todo era distinto entonces, y más al final!

—Eso es cierto, ¿ves? Tocábamos, no nos hablábamos, nos íbamos cada uno por nuestro lado en un coche distinto... Y luego la guerra entre Silvio y Gabi, y la de ellos dos con Gonza, siempre igual. Una verdadera mierda. ¿Cómo no necesitar algo extra para aguantar? Primero te chutas después de los conciertos, para aguantar el subidón, luego lo haces antes, para salir a escena a tope, y acabas haciéndolo siempre, a todas horas, enganchado como un puto yonqui.

—Tú las drogas, yo la bebida...



—Por eso somos leyendas del *rock*, ¿no? Pagamos el precio. Nadie quiere ver envejecer a su ídolo. Es lo que espera el puto público. Te exige demasiado. Tu sangre hasta el fin —lo resumió con una de las más famosas y lapidarias frases del *rock*—: «Vive deprisa, muérete joven, y así tendrás un cadáver bien parecido».

—Ojalá pudieras volver —gimió Marc.

Pau sonrió, pero su sonrisa no tuvo nada de feliz. Más bien fue todo lo contrario. Mientras lo hacía, sus rasgos se desdibujaron poco a poco.

—Bueno, el tío que pusisteis en mi lugar al morir no lo hacía del todo mal —dijo—. Incluso era joven y guapo.

—Pero no eras tú —Marc sintió un enorme desgarró interior.

—Si sigues aquí, con esa camisa de fuerza, en esta habitación acolchada, también pondrán a otro en tu lugar.

—No, esta vez no...

—¿Por qué esta vez no?

—Me lo han dicho. O todos o... ninguno.

Pau se desvaneció un poco más.

—¿Y qué más da? —espetó con desgana—. ¿Crees que le importa a alguien? Lágrimas de Cocodrilo, Los Tal, Los Cual... No somos más que carnaza para el público.

—Pau, espera...

—He de irme. Pero volveré.

—¡Por favor!

Su visitante fantasma ya no era más que una sombra.

—Te toca a ti, Marc. O vives con ellos o te reúnes conmigo —se despidió.

—¡Pau!

Volvía a estar solo.

Solo.

—¡Pau!

Por la ventanita acristalada de la puerta asomó un rostro. Le buscó, le encontró, le vio y desapareció.

—¡Eh!

Nada.

Marc se puso en pie a duras penas y se arrojó de cabeza contra el acolchado de la puerta.

No dejó de gritar hasta caer exhausto un par de minutos después.

Marcelino Gausá miraba un calendario.

Más que mirarlo, lo estudiaba, día a día, semana a semana, mes a mes.

Sus cálculos no eran mentales. Al contrario. Los hacía en voz alta, para escucharse a sí mismo.

—Un mes. Como mucho dos. Empiezan a preparar temas, a ensayarlos... Antes podían dejar listo un álbum en tres meses, aunque el último les llevó el doble. Con el disco listo programamos la gira aquí...

Se dio cuenta de que estaba repitiendo el cuento de la lechera en versión discográfica.

En cualquier caso, sacar el disco antes de Navidad sería complicado. Pero si lo consiguieran... ¡Un año perfecto! ¡Unas cifras espectaculares!

Maná caído del cielo.

También sería básico un buen vídeo del primer tema. Y tener preparado el segundo, para empalmarlo sin demora. Cinco o seis canciones podían ser número uno. ¿Por qué no? Eran Lágrimas de Cocodrilo. Todas las bandas que volvían triunfaban. En su caso, por lo que habían sido, el éxito tenía que ser mayor.

Y, además, arrastraría todos los álbumes anteriores.

En plena gira se grababa un directo para asegurar el mantenimiento posterior.

Para frotarse las manos.

De haber podido vender su alma al diablo, en ese momento, lo habría hecho.

¿Y si iba a hablar con ellos?

¿Serviría de algo?

No, Juanjo no le dejaría.

Se lo había dicho, aunque era difícil de creer: no era cuestión de dinero.

Marcelino Gausá dejó de mirar el calendario. Las cuentas de los últimos tres meses eran desastrosas. Y llegaba el verano, con lo cual serían peores. La piratería había matado a la industria. Ahora la remataba. Hienas comiéndose

los despojos del muerto. Pronto no quedaría nada.

España seguía siendo una mierda pinchada en un palo.

Seguía en el *ranking* de los diez países más piratas.

¡Cultura gratis!

¿Por qué no se había vendido la compañía a la CBS cuando se lo propusieron, una década antes?

Se levantó de la butaca y caminó como un perro enjaulado por el despacho. Una de las fotografías que presidían sus paredes era la de Lágrimas de Cocodrilo con él, veinte años atrás, entregándoles su primer disco de oro.

Reían felices.

Se la quedó mirando.

—Vamos, chicos —les dijo.

Primer disco de oro. Luego de platino. Y habían seguido más, muchos más. El cono de la abundancia. Silvio, Gabi, Gonza, Pau y Marc lo tenían todo. El mundo era suyo. Y si el mundo era suyo, Karma poseía todavía más.

Alguien llamó a la puerta.

—¿Sí?

Por el hueco apareció Ignacio Enríquez, su jefe de promoción.

Parecía expectante.

Fue directo.

—Nadia Karmen ha tenido un accidente de coche.

El director de Karma Discos se quedó tenso.

—¿Es grave? —preguntó.

—No se sabe a ciencia cierta. La están interviniendo en este momento. Pero desde luego se ha dado una santa hostia.

Nadia no era su mejor artista. Sus ventas decrecían disco a disco. Pero ya tenía cinco álbumes en el mercado, y no pocos fans.

Los muertos vendían, sobre todo en las primeras semanas, los primeros días...

La reacción fue rápida.

—Empezad a preparar un recopilatorio por si acaso —ordenó—. Tenedlo todo a punto hoy mismo.

—De acuerdo, Marcelino —asintió Ignacio Enríquez—. ¿*Grandes éxitos o Lo mejor de?*

—*Grandes éxitos.*

—Bien.

El jefe de promoción se dispuso a irse.

Lo detuvo un momento.

—Manda flores a la clínica donde esté —dijo—. Un buen ramo. Rosas. Rosas rojas. Y tenme informado.

Su empleado ya no abrió la boca.

Marcelino Gausá volvió a quedarse solo.

Bueno, con un poco de suerte, tal vez no dependiera exclusivamente del regreso de Lágrimas de Cocodrilo para tener un buen año.

Con un poco de suerte.

De cualquier forma, Nadia Karmen ya no iba a vender nunca lo mismo que con sus dos primeros discos.

Silvio tenía los ojos cerrados.

Las manos en la guitarra.

Bastaba una nota, un punto de partida, un hilo del que tirar.

Como si fuera fácil.

Solo los más grandes sabían lo que costaba dar con un buen *riff*. Y solo los gigantes podían presumir de uno que se hiciera eterno, histórico, reconocible a lo largo de los tiempos, como los de *Smoke on the water*, *Satisfaction*, *Layla*...

Encima, él, aunque compusiera con la guitarra y, en menor medida, el piano, era batería.

¿Cuántos baterías a lo largo de la historia habían sido líderes de sus bandas?

Pulsó las cuerdas.

Libremente.

Por el estudio se expandieron algunas notas.

Volvió el silencio.

Respiró un par de veces y volvió a intentarlo.

Esta vez llegó a tocar casi veinte segundos.

Nada.

Para desintoxicarse hizo el solo de *Tormenta*, uno de sus éxitos con el grupo.

Con qué increíble fluidez le había salido aquella noche, viendo el amanecer en la playa de Castelldefels.

Recordaba el momento, todo, menos el nombre de ella.

¿Ingrid? ¿Thula? ¿Aleksandra?

A veces se confundían en su mente. Otras ni siquiera las recordaba. Los años locos habían sido realmente eso: locos. El resultado de un éxito demasiado temprano, en la inmadurez, difícil de digerir.

Si hubieran sabido entonces lo que sabían ahora...

Y, sin embargo, estaban llenos de música, de fuerza, de poder.

Alma de *rock*.

Dejó la guitarra a un lado y se levantó. Salió del estudio y se metió en la sala de control. Allí siempre había un bloc y un bolígrafo. Se sentó en la butaca del ingeniero y miró la hoja en blanco.

Lo mismo que con una melodía, solo necesitaba una frase para desarrollar una letra.

Una frase.

La hoja siguió en blanco.

Quizá necesitase a Gabi. Tal vez los dos juntos lo consiguieran, de vuelta a los orígenes. O a lo mejor, mientras él estaba en blanco, a Gabi le iba mejor.

Tanto le daba. Si las canciones eran buenas...

Lo importante siempre había sido el grupo, el grupo, el grupo.

¿Y si leía poesía? Durante un tiempo le había ido muy bien. En un simple verso podía ver una canción entera.

¿Pero qué poesía?

¿Cuánto llevaba sin leer nada?

Se sintió prematuramente derrotado.

¿Y si ya no recuperaban «el ángel»?

—¿Papá?

Volvió la cabeza. Neo estaba allí, en la puerta. El niño le miraba con dudas, sabiendo que, cuando estaba en el sótano, era porque trabajaba y no se le podía molestar.

—¿Sí, Neo?

—¿Tienes algo?

—¿Por qué?

—Para que me lo toques.

—Pues no, no tengo nada. Lo siento.

Neo le dio una prueba de su madurez, y de lo rápido que crecía.

—Estás bajo presión, ¿eh?

—¿Dónde has oído tú esa expresión? —frunció el ceño.

—No lo sé —Neo se encogió de hombros.

Silvio alargó la mano y escribió las dos palabras en el papel antes de recordar que ya existía una canción titulada igual: *Under pressure*.

David Bowie y Queen.

Pero era un buen título.

Iba a pedirle a su hijo que se quedara cuando los dos oyeron la voz de

Elisabet desde lo alto de la escalera que unía la casa con el sótano.

—¡Silvio, teléfono!

—¿Quién es? —gritó lo mismo que ella.

—¡Gabi!

Silvio arrojó el bolígrafo sobre el bloc.

Su hijo le precedió escaleras arriba.

Gabi pudo escuchar perfectamente cómo Elisabet llamaba a su compañero. Esperó paciente a que la voz de Silvio entrara en la línea. Mientras, alargó la mano y bebió un buen sorbo de la botella de cerveza que tenía al lado.

Otra más.

La mesa estaba llena de ellas, ya vacías.

Maya no se lo habría consentido.

—¿Gabi?

—Hola, tío.

—¿Sigues en Madrid?

—Sí, claro. Mientras no salga Marc... ¿Qué haces?

—Intento componer algo.

—¿Te he interrumpido?

—No, no. Estaba en blanco.

—A mí me pasa lo mismo.

Los kilómetros que separaban Madrid de la casa del Pirineo se llenaron de silencio.

—¿Nada? ¿Ni un medio tema o una base? —acabó preguntando Silvio.

—No, nada. Puro óxido.

—Bueno, no es fácil volver y recuperar el viejo *feeling*.

—Ya lo sé —admitió Gabi.

—Quizá juntos...

—Sí, es posible.

—Pareces desanimado.

—No, no —hizo un gesto con la cabeza—. Es solo que... Bueno, esperaba algo más.

—Yo también.

—Las cosas salían con mucha facilidad.

—Solo estamos desengrasados —quiso tranquilizarle Silvio.

—Siempre fuiste positivo. Más que yo. Supongo que por eso te he llamado además de preguntarte por Marc. ¿Sabes algo?



—Llamé ayer a la clínica. Lo está pasando mal.

—¿Cómo de mal?

—Está en la fase crítica de la desintoxicación.

Gabi cerró los ojos con fuerza, hasta expandir por la negrura interior un millón de luces de colores. Consiguió desencajar las mandíbulas para poder seguir hablando.

—Putada —exhaló.

—¿Qué quieres hacerle? No había otro remedio.

—Ya. ¿Vas a ir a verle?

—Sí, la próxima semana, cuando me lo autorice el médico.

—Me gustaría acompañarte.

—Pues ven.

Gabi miró la mesa llena de botellas de cerveza vacías, y la sala, también vacía sin Maya.

—Menos mal que no vendí el piso de Barcelona, aunque está patas arriba, desde luego —reflexionó en voz alta.

La voz que llegaba desde los Pirineos sonó fresca.

—Oye, si vamos a trabajar unidos otra vez, ¿por qué no te vienes ya aquí?

—¿Lo dices en serio?

—Claro. Lo hacemos por separado y también juntos, en el estudio. Siempre nos funcionó. Y puedes traerte a quien sea.

Se lo dijo.

—No estoy con nadie. Maya y yo nos hemos separado.

—Lo siento —lamentó Silvio.

—No pasa nada —en el fondo sabía que era verdad—. Era provisional para los dos.

—Pues tú mismo —cerró la propuesta Silvio—. Creo que nos iría bien. Sé que Marc saldrá y cuando lo haga...

—Aún tengo algunas actuaciones contratadas por aquí, aunque tampoco son nada importante. Te avisaré.

—Gabi.

—¿Qué?

—¿Cómo estás de pasta?

—Bien —el tono fue indiferente—. Los *royalties* siguen llegando.

—Vale —dijo Silvio—. Gracias por llamar.

—Hablamos.

—Claro.

Gabi cortó la comunicación.

Lo mejor era que no parecía que llevaran doce años separados.

Lo peor, que Silvio estaba tan en blanco como él.

El doctor Tarragó no era de los que sonreía.

Pragmático, serio, respetuoso y con mirada siempre crítica, le observaba desde el otro lado de la mesa de su despacho, adoptando la postura más profesional posible: espalda recostada en el respaldo de su comfortable silla, codos a ambos lados, en los reposabrazos, y manos unidas por las yemas de los dedos.

Incluso se había quitado las gafas.

Marc acabó moviéndose inquieto por aquellos largos cinco segundos de silencio.

—¿Cómo está, señor Torras? —preguntó por fin el médico.

—No lo sé. Dígamelo usted.

—Yo todavía no puedo decirle mucho, salvo que está respondiendo bien.

—¿En serio?

—Sí, en serio.

—Pues si llego a responder mal...

—¿Cree que ha sido duro?

—Peor.

—Debería ver usted casos más graves que el suyo.

—No, gracias —se pasó la lengua por los labios secos—. ¿A cuántos ha tratado usted aquí?

—A más de los que se imagina.

—Yo pensaba que esto solo les pasaba a los famosos y en América.

—Usted es famoso.

—Lo era.

—No lo digo por decir —acompañó su aseveración con una ligera inclinación de cabeza—. Las canciones de su grupo fueron... No sé cómo explicárselo. Creo que hice la carrera solo con ellas. Era la banda sonora de mi vida. Mi música de fondo.

—¿Usted era un fan? —alucinó.

—Sí —sonrió por primera vez—. Ahora ya se lo puedo decir.

—Lo que faltaba —resopló Marc.

—¿Por qué lo dice?

—Porque no me trata demasiado bien, oiga —lamentó.

—Yo no hago nada. Lo hace usted —le dijo el médico recuperando su pose circunspecta.

—Ya, sí.

—¿Puedo decirle que está en vías de superar la peor fase del tratamiento?

—¿En serio?

—Lleva dos noches sin su medicación y ha dormido bien.

Marc abrió los ojos.

—¿Y lo que me dieron?

—No era nada. Un placebo.

—Pues menudos trucos usan ustedes.

—No son trucos. A veces hemos de arriesgarnos. A veces hemos de contar con la propia naturaleza del paciente, saber si quieren o no curarse.

—Todos quieren curarse, ¿no?

—No. Hay personas lisas y llanamente autodestructivas.

—¿Y no es mi caso?

—No, no es su caso. Usted está siguiendo el proceso y, de mantenerse así, saldrá en el plazo previsto. Lo peor, creo que lo sabe, viene después.

—Ya —Marc soltó una bocanada de aire.

El doctor Tarragó se inclinó sobre la mesa. Ahora entrecruzó las manos y apoyó la barbilla en los nudillos. Parecía mayor, cerca de los cincuenta, pero debía de tener la misma edad que ellos, cuarenta o cuarenta y pocos.

—Sus amigos me han contado por qué está aquí —dijo el médico.

—¿Le han dicho que vamos a volver?

—Sí.

—Así que en el fondo se lo toma con más interés. Si era un fan...

—Me lo tomo con el mismo interés que cualquier otro paciente, pero me gustaría que usted lo lograra. Sus canciones...

—Eran las canciones de Silvio y de Gabi.

—Sus canciones —siguió hablando el doctor sin hacer caso de su rectificación— hicieron felices a muchas personas. Creo que esa es la verdadera esencia del *rock*, además de la rebeldía: dar felicidad a la gente, conectarla de un extremo a otro del mundo. Y pueden seguir haciéndolo si todo sale bien. Sé que es mucha carga, pero déjeme decirle que depende de

usted.

—¿Cree que no lo sé?

—Sé que lo sabe, pero quiero... necesito que lo entienda. Si se siente débil, fracasará. Si se siente inseguro, fracasará. Si se siente una víctima o se cree castigado por algo, fracasará. Mire —le miró fijamente—, muchas de las personas que vienen aquí no tienen nada salvo dinero o fama. Hay un vacío enorme en su existencia, y lo llenan con alcohol o drogas. Usted no es como ellas. Usted tiene su música. Era un buen guitarra. Un gran guitarra. Yo le he visto en dos o tres conciertos. Yo grité como el que más aplaudiendo. No le estoy echando una carga que no pueda soportar. Le digo que usted sí puede, porque le espera algo al salir y tiene la capacidad para hacer de ese algo un hito hermoso para mucha gente.

—Habla usted bien, ¿sabe? —exclamó con sarcasmo.

—¿Cuántas recaídas ha tenido?

—Varias, he perdido la cuenta.

—Esta puede ser su última oportunidad. Con la próxima quizá toque fondo definitivamente. Si no muere por un coma etílico lo hará con una cirrosis fulminante.

Marc pensó en Pau.

Llevaba días sin verle.

Pero estaba allí, en alguna parte, esperándole.

—¿Puedo pedirle algo?

—Adelante.

—No me dé más placebos ni me engañe.

—Se lo he dicho porque esta noche no vamos a darle nada.

—Gracias.

—Mañana hablaremos.

—Bien.

El médico se levantó.

—Tengo una sorpresa para usted —recuperó el atisbo de sonrisa, aunque fuera profesional.

—¿Ah, sí?

El hombre de la bata blanca caminó hasta una puerta situada a su derecha. La abrió. Era una especie de cuartito con archivos y estanterías. Al salir de él, sostenía la funda de una guitarra en las manos.

Se la entregó.

Pesaba.

Pesaba porque no estaba vacía.

—¿Qué es esto? —preguntó Marc.

—Se la mandan sus amigos. Les he dicho que ya podía empezar a practicar, aunque sin un altavoz, claro. Solo para que haga digitación y recupere el pulso.

No se atrevía a abrir la funda.

De todas formas ya sabía lo que había dentro.

Siempre había tocado con la Stratocaster de Fender, como Clapton, Hendrix y tantos otros.

Algo le dijo que, después de todo, Pau incluso podía descansar en paz.

Gonza buceaba por las marismas de su pasado.

Oía viejas cintas suyas, grabaciones de los tiempos remotos y de los más recientes, con Lágrimas de Cocodrilo y en solitario. Escuchaba *riffs*, breves pasajes sueltos, intentos de canciones, temas completos, maquetas. Toda una vida metida en viejos casetes y CD, en el ordenador y en cualquier soporte que pillara a mano. Incluso había cosas de cuando era adolescente. No por ser joven eran malas. Mostraban oficio, dotes, el buen hacer que con los años le llevó a formar parte de una de las bandas más importantes de la música española.

No lo había logrado en solitario, pero como parte del grupo sí.

Y sus escasas canciones con ellos eran buenas, mucho.

Escasas y buenas.

¿Por qué no podía hacer más?

Dejó de bucear en su historia e insertó en la ranura del reproductor un CD de Lágrimas de Cocodrilo. Su tercer álbum. Se retrepó en la butaca y cerró los ojos.

Allí estaba su gloriosa entrada en *No estamos locos, es que estamos vivos*. Su bajo cabalgando como un brioso corcel en el aire hasta que se le unía la batería de Silvio. Después, aparecían las tres guitarras, al unísono, descargando adrenalina y furia. La canción era de Silvio y de Gabi, pero la idea de la entrada en solitario se le había ocurrido a él, y a ellos les pareció genial.

Fantástico.

Pero siempre había querido más, y más, y más.

«Tocapelotas», le llamó Juanjo.

No se lo quitaba de la cabeza.

Doce años después entendía que tenían razón.

Y que fue una de las notas discordantes a la hora de la ruptura.

Escuchó el disco entero, una hora y diez minutos. Brutal. No abrió los ojos, se sumergió en aquella enorme demostración de fuerza roquera. Se vio a sí

mismo en la grabación. Y se vio a sí mismo tocando las canciones en vivo. En escena se movían todos menos él. Los bajistas nunca se mueven, por la vibración del bajo y la concentración. John Entwistle, el de los Who, dijo una vez: «Hay cuatro tipos en el ala de un avión volando a diez mil pies, y tres no paran de moverse y saltar como locos. ¿A quién mira al final la gente? Pues al que está quieto».

No era una mala definición de bajo en un grupo roquero.

Su tema en ese tercer álbum fue *Maquis*. Contrariamente a lo esperado, era una balada de medio tiempo. La cantaba bien, con voz sentida, y el trabajo del resto, en especial el duelo de guitarras entre Pau y Marc, enorme. Jamás hizo otra balada igual, aunque se le daban mejor que los temas rápidos.

Cuando el disco terminó, abrió los ojos y se encontró con Caro sentada delante de él.

—¿Hace mucho que estás aquí? —le preguntó.

—Sí —dijo ella—. Me ha gustado verte tan plácido, tranquilo. Ponías una cara...

—¿Qué clase de cara?

—La cara de un tipo feliz que es consciente de lo que ha hecho bien en la vida.

—No sé por qué eres azafata. Habrías sido una buena psicóloga.

—¿Y pasarme el día oyendo los tormentos ajenos? No, gracias.

Siguieron sentados. Hasta la aparición de Caro, su día a día no había tenido mucho sentido, aunque le sacaba partido al caos. Era un ir y venir sin mucho rumbo, como si diera vueltas en círculos. Ella puso el orden necesario. Tenía la cabeza sobre los hombros sin dejar de ser y sentirse joven. El amor curaba muchas cosas. No permitía olvidar, pero sí hacer tabla rasa y tomar impulso.

Todo ser humano necesita algo en que creer.

Especialmente en los momentos álgidos de la vida, cuando llegan los cambios.

—Estaba escuchando cosas —le quitó importancia a lo que hacía.

—Lo sé.

—Hace tanto que no compongo nada...

—Ahí tienes material de sobra —Caro señaló los aparatos, las maquetas, los CD con sus mil intentos de dar con el tema perfecto.

—No hay nada que valga la pena —dijo con desgana.

—¿Estás tonto o qué? —le soltó ella—. ¿Quieres palmaditas en la espalda?



—No, mujer, no es eso.

—Pon aquella canción.

—¿Cuál?

—Ya sabes. La que me gustaba a mí. Ni siquiera tenía título. La hiciste hace un par de años, la noche en que murió mi madre.

—No era más que un fragmento inacabado al que le faltaba de todo. Ni siquiera la letra estaba terminada, y tampoco era gran cosa.

—Con la música era genial. Tan simple... Ponla, va.

La obedeció. Se levantó, buscó entre sus viejas grabaciones y encontró la que ella le pedía. La única referencia era el día. Estaba en un archivo de ordenador. Lo abrió y ambos escucharon la breve melodía, otra balada como *Maquis* solo que más lenta, de apenas medio minuto. Gonza recitaba un intento de letra que moría sin más.

—Eso era muy bueno —apuntó Caro.

—¿En serio?

—¡Vamos, sabes que sí! Tan suave...

—Y poco roquera.

—¿Qué más da? ¡Todos los grandes han pegado con una balada! ¡Coge la guitarra, cierra los ojos y cántala! —le pidió.

—Caro...

—Hazlo.

No tenía escape. Tampoco nada más que hacer. Habían decidido quedarse en casa tranquilamente. La futura paternidad los estaba volviendo cautelosos. Tomó una Gibson Ovation y se aseguró de que estuviera afinada. El sonido cristalino y acústico se expandió por la habitación nada más pulsar las cuerdas.

Era curioso.

Con solo volver a oírla después de tanto tiempo, podía repetirla, música y letra.

*Taxista, ¿qué miras?*

*Llévame a mi destino.*

*Taxista, no me hables.*

*Solo busca el camino.*

*No te escucho, colega.*

*La calle es tu universo.*

*Pero mi tiempo es mío.  
Soy pecador converso.*

*El amor es un juego para dos.  
El amor es un juego para dos.  
Uno sueña, el otro se deja soñar.  
¿Cuál eres tú? Déjalo estar.*

Era la única estrofa escrita y el estribillo; sin embargo, de pronto siguió cantando, improvisando el resto.

*Sonríeme por compasión.  
Olvídame al bajar.  
Por diez noventa y cinco  
¿Qué podemos esperar?  
Taxista, ¿de dónde eres?  
¿Cuándo cruzaste el mar?  
La misma guerra aquí y allá  
¿Qué podías esperar?*

*El amor es un juego para dos.  
El amor es un juego para dos.  
Uno sueña, el otro se deja soñar.  
¿Cuál eres tú? Déjalo estar.*

*Para el coche, se acabó.  
Mi chica me está esperando.  
Nos vamos a Tombuctú.  
Si hace falta será andando.  
Tomaré un autobús  
en la próxima estación.  
Haré autostop en las nubes  
de mi cielo hecho canción.*

*El amor es un juego para dos.  
El amor es un juego para dos.*

*Uno sueña, el otro se deja soñar.  
¿Cuál eres tú? Déjalo estar.*

Última nota.

Fin del tema.

Gonza abrió los ojos.

Le parecía increíble.

Pero más que Caro tuviera el móvil en la mano, porque acababa de grabarlo todo, y que ella estuviese llorando por la emoción.

—Serás guarro —le dijo—. ¿Dónde tenías guardado todo esto?

Juanjo estudiaba un mapa de España.

En la pantalla del ordenador, buceaba por los lugares más idóneos para actuar en cada ciudad.

Lugares con una capacidad media-alta.

Nada que fuera inferior a cuatro o cinco mil personas, aunque dependía también de la población, porque si era necesario o convenía por otras razones...

Luego apuntaba su preferencia en una libreta.

—Me encantaría que en Barcelona hicieran un Palau, o que actuaran en el Liceo, pero lo más rentable sigue siendo el Sant Jordi.

Montse apareció por detrás de él.

—¿No crees que te precipitas? —dejó ir.

—¿Por qué?

—Porque todavía está todo en pañales, no hay seguridad, no sabemos qué pasará con Marc Torras, ni si podrán volver a componer y mucho menos grabar un disco.

—¿Sabes lo que cuesta poner en marcha una gira? —le recordó él.

—Solo te digo que no te precipites.

—No lo hago, pero he de planificar estas cosas o luego pasa lo que pasa, que estás en Sevilla y has de actuar al día siguiente en Bilbao, para tener que volver luego al sur y tocar en Córdoba. Hay que trazar un itinerario, reservar los locales...

—¿Y el disco? ¿Dónde lo grabaríais? Los estudios buenos también están pillados con antelación.

—Si Karma está dispuesta a tirar la casa por la ventana, podríamos ir a Londres, o incluso a Nueva York —hizo un gesto pasota—. Pero me temo que lo haremos aquí. Y no es que Marcelino Gausá no vaya a mojarse, que sé que lo hará. Más bien pienso en ellos, que no querrán estar un mes fuera de casa. El estudio de Silvio está muy bien.

—Las cosas no son como antes.

—Lo sé, lo sé. Como te digo, Silvio probablemente querrá hacerlo todo en su estudio. Y la verdad es que podría funcionar mejor que irnos al extranjero. Pirineos, buen ambiente, paz...

Montse le dio un rápido beso en los labios.

Un roce cariñoso.

—Tienes tanta fe en ellos... —susurró.

—La tengo.

—Sigo teniendo miedo, lo siento.

—No lo tengas —insistió Juanjo—. ¿Cuándo no te has fiado de mis intuiciones? Después de verlos a ellos aún me siento más seguro. Creo que lo estaban deseando, y yo lo he hecho posible. Lo único que necesitan es un poco de tiempo para volver a adaptarse.

—¿Ya no recuerdas la de veces que te has quejado del *rock*, la industria, los músicos...?

—Es que es un mundo de locos, sí. Pero como dijeron los Stones, me gusta —hizo una mueca de dulce resignación—. Todo es imprevisible, los grupos, el éxito, el fracaso, lo que hace que un disco triunfe o una banda no se estrelle... Pero por lo general las cosas funcionan. La energía fluye. Es como una droga.

—O un veneno.

—Muramos envenenados entonces —abrió las manos en el aire.

—Anda, ve a darles las buenas noches a Carles y Mireia —inició la retirada Montse.

—¿Tan tarde es ya? —Juanjo miró su reloj.

—Sí, tan tarde es ya —se lo confirmó ella—. Llevas aquí dos horas encerrado y si no llego a entrar te pasas la noche.

—Un minuto.

—Juanjo...

—Déjame que apunte los nombres de los posibles teloneros o se me irán de la cabeza —le pidió.

—¿Cómo van a írsete de la cabeza? —protestó Montse—. ¡Ni que fueran doscientos!

Juanjo se rindió.

Tampoco quería enfadarla.

Bastante loco iría cuando se pusieran en marcha.

Fue tras ella y trató de olvidarse de todo por unos instantes.

Marc estaba todavía más delgado, pómulos salidos, mejillas hundidas, ojos envueltos en sombras, barbilla convertida en un sobresaliente mentón. Incluso la nuez de su cuello parecía querer salirse de él a través del pergamino de la piel.

Sin embargo, su aspecto era diferente.

El color, el brillo de la mirada...

Después de abrazarse con fuerza, llenos de emoción, se sentaron. El día era perfecto, soleado, y la temperatura la ideal. Algunos pacientes caminaban por los alrededores de los jardines. Los bancos estaban ocupados. El suyo era el más alejado. Los árboles se alzaban majestuosos a pocos pasos de donde se encontraban, con la clínica convertida en un solemne monumento recortada en la proximidad.

Silvio le entregó el paquetito que había dejado a su lado.

—¿Qué es? —preguntó Marc.

—Ábrelo.

Lo hizo. Una vez retirada la envoltura aparecieron unos bombones.

—¡Chocolate amargo y negro! —puso cara de éxtasis Marc.

—El tuyo.

—¡Joder, cómo lo echaba de menos!

—Pues ya puedes darle.

Lo hizo. Tomó uno y se lo introdujo en la boca como si fuera el néctar de los dioses. Cerró los ojos y se estremeció de placer.

—¡Madre del Amor Hermoso! —gimió.

—He pensado que llevarle flores a un capullo no era lo mejor —se burló Silvio.

—¡Fete a la ierda! —farfulló con la boca llena.

Silvio dejó que los disfrutara. Se zampó tres casi de golpe antes de ofrecerle la caja. Dijo que no con la cabeza y el guitarra se comió otros dos, igual que un niño goloso.

—Guárdate algunos —le recomendó el visitante.

—Hay una enfermera, sí.

—¿Guapa?

—Una fan.

—¿Aquí?

—Ya ves.

Devoró el sexto bombón, y el séptimo. Todavía quedaban muchos. Marc miró la caja y decidió tapar el resto. Le costó, pero hizo caso de su buen criterio. Luego la dejó a un lado, a su espalda.

Silvio seguía allí.

Él era real.

—Vi a Pau —le dijo inesperadamente.

—¿En serio?

—Venía a verme cuando estaba peor, ya sabes.

—Lo imagino.

—Creo que fue lo mejor —bajó los ojos.

—¿Qué te dijo?

Marc tardó en responder.

—Me dijo que estaba en el infierno, que le dejamos morir, que a él no le salvamos como me habéis salvado a mí, que lo convertimos todo en una mierda y que... que no tenía más opción que volver a ser yo mismo con vosotros y con el grupo, o acabaría reuniéndome con él.

Silvio encajó las palabras.

—Pero no era Pau, sino tu propia cabeza. Lo sabes, ¿no?

—Claro que lo sé.

—¿Estás de acuerdo en que le dejamos morir?

—Joder, sí.

—¿Y en lo de que salir de aquí para volver con nosotros es tu única opción? —no quiso discutir lo que acababa de decirle Marc.

La maldita culpa.

—La única y la última —Marc hundió en su visitante una mirada cargada de emoción—. No hago esto solo por mí, sino por todos, ¿vale? Incluido Pau.

—Ya lo sé.

—El grupo era mi vida. Lo era todo. Yo... intenté desmarcarme siempre de las peleas.

—También lo sé.

—¿Sabes cuál es mi miedo ahora?

—No, Marc.

—Que me falléis.

—No vamos a...

—¿Y si no sale bien? —le detuvo—. ¿Y si Gabi y tú volvéis a las andadas, o Gonza sigue siendo el incordio que era?

—Si estamos juntos lo conseguiremos —intentó ser convincente Silvio.

—¿Estáis trabajando ya Gabi y tú?

Temía la pregunta, pero no quiso mentirle.

—No, todavía no —le dijo—. Hemos de dejar algunas cosas resueltas antes de volver a pensar en el grupo al cien por cien.

—O sea que ni siquiera hay una mala canción.

—No.

—Pues a eso me refiero —plegó los labios Marc—. Sé que si no hay canciones, no habrá vuelta. Y sé lo mucho que te exigías a ti mismo, y lo mucho que os exigíais el uno al otro. Esto no es un *revival*. Es la vuelta de Lágrimas de Cocodrilo. Palabras mayores. Todo lo que he hecho no servirá de nada si no seguimos adelante.

—Marc...

—No, Silvio. Sabes que tengo razón —su tono era dolorido—. Estoy pasando un infierno. Y no me importa si hay una luz al final del túnel. Pero si luego lo único que hay es una vuelta al vacío...

No terminó la frases.

No era necesario.

¿Cómo salvar a alguien que quiere ahogarse?

—Anda, dame un bombón —suspiró Silvio porque en ese preciso instante no sabía qué más podía decirle a su amigo.



El instinto pudo más que la razón.

Gabi miró el piso vacío, las dos maletas, las dos guitarras, incluso el espesor del aire que flotaba en torno a él.

Aire lleno de sus voces y risas, sus peleas y sus gemidos.

Sacó el móvil y marcó el número.

Casi deseó que no lo cogiera, o que lo tuviera apagado y bastase con dejar un último mensaje de despedida.

Pero Maya respondió a la llamada.

—¿Qué quieres?

Seca, cortante, pero también insinuante.

Como siempre.

—Nada, despedirme —dijo él.

—¿Ya te vas?

—A Barcelona, sí.

—¿El piso...?

—Vacío.

—Bueno, pues que te vaya bien. Ya iré a verte cuando vengas a tocar aquí.

—Me gustaría.

—Si estoy en Madrid...

—Claro.

Ninguno de los dos siguió hablando, pero tampoco tuvo la intención de cortar.

—¿Dónde estás? —preguntó Gabi.

—Descansando en una sesión.

—¿Interesante?

—Un catálogo de El Corte Inglés.

—Suenan bien.

—Sí, no está mal. Pasado mañana me voy a Ibiza por lo mismo y luego tengo un pase de modas en Milán.

—¿Pasarela?

—Sí.

—Me alegro. ¿Dónde vives?

—Con Tanya y con Margo, ya las conoces.

—Oh, sí —las recordó.

Otro silencio, más largo.

—Maya...

—No intentes arreglarlo, por favor.

—No, no es eso. Solo iba a decir que lo pasamos bien juntos.

—Lo sé. No me quejo.

—Había algo.

—No, Gabi —apareció un tono amargo en su voz—. Estaba la música y estaba yo. Agua y aceite. Pero no pasa nada. Está bien. Sabía dónde me metía y tú también sabías dónde te metías enrollándote conmigo. Los dos lo sabíamos. Dejémoslo así y mantengamos lo bueno, ¿te parece?

—Claro.

—Odio las despedidas, y ponerme nostálgica, por Dios.

—Solo quería...

Le cortó, mitad impaciente mitad calmada.

—Mira, sé que te irá bien. Con ellos volverás a ser tú. Os necesitáis unos a otros y ahora vais a conseguirlo. ¿Qué más quieres? Las cosas son como son y salen como salen y ya está. No hay que darle más vueltas —surgió una especie de llamada como fondo de la conversación y Maya cambió su manera de hablar, acelerándola para poner punto final a todo—. Oye, he de irme. Nos reclaman —inició la retirada—. Cuídate mucho y ten cuidado con la próxima de la que te enamores, ¿vale?

—Vale —tragó saliva él.

—Chao.

—Chao, cielo.

No estuvo seguro de si ella había llegado a escuchar la segunda palabra.

Parecía haber pasado un siglo desde la última llamada.

Y solo habían sido cinco semanas.

Un viaje de ida y vuelta al infierno antes de pasar por el purgatorio y acabar en el cielo.

O lo que fuera sentirse bien.

Volvía a estar frente a aquel teléfono, con Leticia esperándole en el pasillo.

Volvía a llamar a Noelia.

Cuando formaron el grupo dijeron que nada de liarse en serio con ninguna chica. Que cuantas más, mejor. Dijeron que las mujeres lo complicaban todo. Las llamaban *yokoonos*. La música tenía que ser lo único importante.

Lo había sido.

De pronto, ahora, era distinto.

Todo.

Silvio se apoyaba en Elisabet, Gonza tenía a Caro, y él...

Él necesitaba a Noelia.

—Hola, cariño.

Aquel dolorido silencio...

—No cuelgues, por favor.

—No iba a colgar —escuchó la voz de su ex.

—Me pediste que no te llamara más hasta haberlo conseguido.

—¿Y?

—Que ya está. Todo va según lo previsto. Salgo en unos días. Bueno, un par de semanas. Estoy limpio.

Noelia pareció procesar la información.

—Sigo aquí por precaución, para estar seguros, nada más —insistió Marc.

—¿Estás bien?

—Sí, ¡sí!

—¿Sabes cuántas veces...? —intentó no llorar.

—Es distinto, ya lo verás.

—Eres un cabrón, Marc. Un maldito cabrón... —se vino abajo.

—Ya no, te lo juro.

—Cabrón, cabrón, cabrón...

—¡Te quiero!

—¡Pero no lo has hecho por mí, sino por la música, por ellos!

—No digas eso... —le suplicó.

—¿Y qué quieres que diga o que haga? ¿Vuelvo corriendo a tus brazos?  
¿Así de fácil?

—Dijiste que si lo conseguía...

—Te dije que debías hacerlo por ti.

—¡Pues lo he hecho también por ti! —le gritó temiendo que la enfermera entrara de un momento a otro pensando que sufría una crisis y se lo llevara.

Noelia recuperó un poco la calma.

—Volverás a grabar, te irás de gira, te perderé de nuevo. Y no deseo esa vida, Marc. No podría soportarlo.

—¡Pero tú me quieres!

—¿Y qué?

—¡Pues que nos merecemos una oportunidad!

—Te la mereces tú. Yo me la di al dejarte.

—¿Y eres más feliz sin mí?

—Lo intento.

—¿Sales con alguien?

Era la pregunta más difícil, y la más dolorosa también.

—¿Te importa mucho eso?

—No estoy seguro —vaciló.

—No, no salgo con nadie —suspiró ella.

—Entonces solo te pido que creas en mí —le pidió él.

La última pausa siempre solía ser la más extraña.

Tanto por decir.

Y el vértigo cegándolo todo.

—Dame tiempo, y dátelo a ti mismo —dijo Noelia.

—Te quiero —exclamó él por segunda vez.

—Ya lo sé, Marc —fue la despedida de Noelia.

No hubo más.

Seguía allí, con el teléfono en la mano, cuando Leticia se asomó por la puerta, inquieta ante su silencio y el tiempo que llevaba en el despacho.

Marcelino Gausá miraba por enésima vez los números de los últimos meses, actualizados a 30 de mayo.

Casi medio año.

Un desastre.

Apretó los puños hasta hacerse daño y luego se relajó pensando en ellos.

Lágrimas de Cocodrilo.

Su tabla de salvación, inesperada unas semanas antes.

Aunque, de momento, no había noticias.

Cerró el informe, como siempre, hecho a mano. Lo prefería. Luego lo dejó a un lado de la mesa. En verano nadie compraba discos, e incluso las descargas bajaban. Lo que más estaba vendiendo era el disco de un dúo electrónico.

Un maldito dúo electrónico.

Y a la mierda el espíritu del *rock*.

Llamaron a la puerta y por la forma de los golpes ya supo que se trataba de su jefe de promoción.

—Pasa, Ignacio.

Ignacio Enríquez se coló dentro. Cerró la puerta, se acercó a la mesa y se sentó en una de las dos sillas frontales. No era una visita rápida. Su cara reflejaba una resignada cautela.

—Nadia Karmen sale mañana del hospital —le informó.

—¿Ya?

—Sí.

—¿Secuelas?

—Parece que no. Aunque todavía deberá esperar unos meses.

—Tendré que aparecer a su lado, ¿no?

—Sería conveniente.

El director de Karma Discos señaló el informe depositado en su mesa.

—Las ventas se han incrementado ligeramente, pero no para echar cohetes —dijo.

—Prepararemos un nuevo álbum.

—Para cuando grabe o salga, igual ya nadie se acuerda del accidente.

—Hablaré con ella para que potencie el lado dramático. Unas buenas fotos de las cicatrices también servirán.

El proyecto del *Grandes éxitos* había muerto con la supervivencia de la cantante. Aunque no todo estaba perdido.

—¿Has convocado a los medios para esa salida del hospital?

—Estaba pendiente de saber si irías o no.

—Que sea masivo. Y dile que salga en silla de ruedas, como marcan los cánones, y diga que está viva de milagro y que los fans le dieron fuerzas para seguir y todo ese rollo.

—De acuerdo.

Ignacio Enríquez hizo ademán de ir a levantarse.

Su superior se lo impidió.

Cundía el desaliento en la empresa. Necesitaba inyectarles alguna dosis de adrenalina. Una emoción. Algo en lo que creer.

—Quiero contarte algo muy secreto.

El jefe de promoción siguió sentado.

—¿Cómo de secreto? —vaciló.

—Tanto que, si se sabe, la cosa puede irse al garete. Te lo cuento solo para que estés preparado.

—Vale.

—Lágrimas de Cocodrilo van a reunirse de nuevo.

Ignacio Enríquez abrió los ojos de norte a sur.

—¿Qué?

—Marc Torras está en una clínica, poniéndose a tono. El resto ya trabaja en nuevos temas. Si logran componer las canciones para un disco, la cosa está hecha.

—¿Y si no?

No hubo respuesta. No era necesaria.

—¿Habría gira después?

—Por supuesto. Y a lo grande.

El impacto de la noticia hizo mella en el jefe de promoción.

—Sería un bombazo —lo resumió abrumado.

—Te lo repito —Marcelino Gausá le apuntó con un dedo—. Ni una palabra a nadie. Pero ve pensando qué hacer. Esto podría ser lo más grande

de la historia de la música en España en los últimos veinte años.

—¿Cómo lo has sabido tú?

—Me llamó Juanjo Miralles, su mánager, para empezar a negociarlo todo.

—¿Mucho dinero?

—No hablamos de eso, pero sí, supongo. ¿Y qué? No solo es España, es toda Latinoamérica, y lo que pegaban en Italia, los países nórdicos, algunos de centro Europa... Ignacio, que tú no estabas todavía aquí, pero el concierto de Varsovia fue...

—He visto el vídeo.

—Venga —puso fin a la conversación—. Luego me das el horario de lo de mañana. Y que salga con un buen ramo de flores en las manos, ¿eh? Improvisaremos una pequeña rueda de prensa allí mismo aprovechando el momento.

—Con estas semanas de silencio habrá mucha expectación, sí —se levantó Ignacio Enríquez—. ¿Me tendrás al día en lo de Lágrimas de Cocodrilo?

—Tranquilo.

—Pues no sé si voy a estarlo mucho —sonrió—. Pero desde luego esto merece una buena borrachera. La última antes de que empecemos a volvernos locos con las ventas, la gira...

El dueño de Karma Discos le vio salir por la puerta.

Sintió un hormigueo en el estómago.

El secreto ya lo era menos.

Bueno, si no podía fiarse de su jefe de promoción...

Al abrir la puerta, Gonza se lo quedó mirando sorprendido.

—Coño, Gabi —fue lo único que dijo.

—Hola, ¿qué hay? Pasaba por aquí...

El toque de buen humor. La sonrisa en los labios. Después del abrazo en casa de Juanjo, eran otros.

Es decir, los mismos pero diferentes.

—Anda, pasa.

Gabi cruzó el umbral. Esperó a que su anfitrión cerrara la puerta y le siguió por el pasillo hasta el comedor. La casa estaba limpia, nada que ver con los viejos tiempos, cuando vivían más a salto de mata.

—¿Ya has dejado el piso de Madrid? —le preguntó Gonza.

—Sí, esta mañana.

—¿Y ahora...?

Se sentaron en las butacas. Había una foto de Caro y de él en la mesita. Se los veía sonrientes y felices, y también no menos de cinco años más jóvenes.

—He dejado las maletas y las guitarras abajo, en la portería, para no cargar con ellas —dijo Gabi—. Mañana me voy al pueblo de Silvio, a su casa. Pensaba que tal vez podría quedarme aquí esta noche, si tienes sitio.

—Hay una cama turca, sí. A veces es necesaria.

—¿No molestaré?

—A Caro le encantará, siempre y cuando no nos pongamos a hablar de batallitas en las que aparezcan chicas.

—Palabra de honor —levantó la mano derecha.

—¿Y por qué te vas ya con Silvio?

—Porque Marc está bien y a punto de salir, ya lo sabes, y porque ni a él ni a mí nos sale nada nuevo.

—¿En serio? —no pudo creerlo.

—Ya ves.

—Pero si erais una fábrica de componer.

—Tío, que son muchos años separados —suspiró con tristeza.



—Así que pensáis que estando juntos...

—Recuperaremos el *feeling*, sí.

—Jamás hubiera creído que os quedaríais secos —reconoció Gonza.

—Secos no estamos, pero una cosa es hacer algo para uno mismo y otra muy distinta para Lágrimas de Cocodrilo. La exigencia es máxima.

—Dímelo a mí.

Sostuvieron sus miradas un momento antes de echarse a reír, de nuevo distendidos.

—¿Quieres tomar algo? —le ofreció el dueño de la casa.

—¿Una cerveza?

—Voy.

Gonza se levantó, fue a la cocina y regresó con dos cervezas de lata, sin vasos. Le pasó una a Gabi. Los dos bebieron un largo sorbo antes de seguir hablando.

—¿Por qué no te vienes ya tú también? —le ofreció el recién llegado—. Silvio me dijo que tenía sitio para todos.

—Me quedan unas actuaciones, y para componer no me necesitáis.

No lo dijo con acritud. No eran los del pasado. O al menos no querían volver a serlo. Habló desde la sinceridad, y Gabi lo notó.

Por eso le preguntó:

—¿Has seguido componiendo?

—Algo —Gonza hizo un gesto impreciso.

—¿Bueno?

—No para Lágrimas de Cocodrilo.

—¿Seguro?

—Sí, seguro.

—Pero podríamos oírlo.

—No, no —el gesto se hizo categórico—. Eso ya pasó. Ni siquiera conseguí grabar un álbum solo. No son más que maquetas y canciones sin terminar.

—¿De verdad no quieres que las oiga?

—De verdad —bebió otro sorbo de cerveza.

Gabi no insistió.

Gonza tampoco le dejó.

—Caro llegará un poco tarde —dijo—. Tenía una convención de no sé qué. ¿Por qué no te vienes al Jambore conmigo?

—¿Tocas ahí?

—Desde hace dos meses, sí, cuatro noches a la semana, con unos que hacen *free jazz*. O al menos se le parece.

Compartió una sonrisa con su compañero.

—¿Qué tal son? —preguntó Gabi.

—No están mal. Piano, saxo y batería. Incluso podemos montarnos una *jam* contigo al final. Sería cojonudo.

—Estaría bien, aunque si alguien de la prensa nos ve o uno del público cuelga la noticia o una foto en la Red...

—¿Qué pasa? Dos viejos colegas tocando juntos.

—Sí, tienes razón.

—Entonces, ¿te apuntas?

—Claro.

—Bien.

Entrechocaron las latas de cerveza a modo de brindis y las apuraron de golpe.

Luego se echaron a reír.

Una noche más.

Por la ventana abierta entraba el aire fresco barriendo el calor del día.

Marc se sentó en la cama y miró las cuatro paredes de la que había sido su casa en las últimas semanas.

La cuenta atrás había empezado.

Sin embargo...

—Pau.

Nada.

Cerró los ojos, contó hasta diez y repitió la llamada, un poco más fuerte.

—¡Pau!

Los abrió.

Seguía solo.

Pau se había ido, y si era así...

—Voy a salir limpio —siguió hablándole de todas formas.

No podía tocar la guitarra de noche. Pero alargó la mano, la rozó y sintió su tacto, su cálida presencia. Una amiga. Una amante. Seguía teniendo los dedos ágiles, y la velocidad que siempre le caracterizó.

Aún era él.

—Lo haré por mí, pero también por ti —dirigió la voz hacia la ventana.

Se abrió la puerta de la habitación.

Su Leticia estaba allí.

Su Leticia.

—¿Está bien?

No había conseguido que le tuteara. Normas.

—Sí, estoy bien.

—Hablabas en voz alta.

—Tarareabas una canción —prefirió una excusa coherente.

—Pues hágalo en voz baja.

—¿Por qué no te quedas un rato?

—Sabe que no puedo.

—Menuda fan eres.

—Aquí soy su enfermera, seños Torras. Y encima con el turno de noche.

—¿Tienes novio?

—Sí —se puso un poco roja.

—¿Y qué opina de que trabajes de noche?

—¿Qué quiere que opine? Es un trabajo, y no abundan.

—¿Y de que atiendas a una *rock star*?

—No le gusta la música.

—Pero conocía a Lágrimas de Cocodrilo.

—Opina que eran muy ruidosos.

—¿Y tú? ¿Nos defiendes?

—Es mi novio, señor Torras. Y le quiero.

—¿Eso qué significa?

—Que por amor todo el mundo ha de renunciar a algo, aunque sea el grupo de su vida —sonrió ella—. Buenas noches.

—¡Espera!

No lo hizo. Cerró la puerta y se llevó su ángel con ella.

Marc soltó un bufido.

Pau ya no iba a volver, así que se tumbó en la cama y se dispuso a dormir.

El autobús de línea fue puntual. Silvio no había tenido que esperar mucho. Tras el abrazo de rigor, cargaron las maletas y las guitarras en el 4x4. La primera pregunta era la esperada.

—¿Solo dos guitarras?

—Al final son las únicas que he necesitado en estos años. Llegué a tener una docena, ¿recuerdas? Fui desprendiéndome de las que no utilizaba. Cuando volvamos ya me agenciaré alguna más.

—Claro.

—¿Tu mujer y el niño...?

—En una excursión. Llegarán a media tarde, descuida.

Subieron al todoterreno y salieron del pueblo. El paisaje era esplendido y, para un urbanita, más. Gabi se quedó mirando las cumbres nevadas a perpetuidad a pesar del calor de fines de primavera que preludiaba el comienzo del verano.

—¿Tú crees que se puede hacer *rock* en un lugar tan bucólico? —bromeó.

—El estudio está en el sótano. Puedes imaginarte que trabajas en Barcelona, Londres o Nueva York. Además, ¿recuerdas cuando los roqueros de pro se iban a grabar al Rancho Caribou, en Colorado, o a los Air Studios de la isla de Montserrat?

—Eso eran *superstars*, tío.

—Espero que mi estudio os guste lo suficiente como para decidiros a grabar el nuevo disco en él.

Gabi no dijo nada.

Silvio tampoco.

La carretera, llena de baches y curvas, se convirtió en una senda sin asfaltar. No duró demasiado. La casa apareció a lo lejos, incrustada entre los árboles, destacando con sus ventanas pintadas de rojo sobre los muros de piedra y el tejado de pizarra negra. Su dueño miró al invitado de reojo.

Gabi parecía maravillado.

—¡La madre que te parió...!

—Te aseguro que vale la pena —dijo Silvio orgulloso.

—¿Tan harto estabas del mundo?

—Sí —reconoció.

—Tuviste suerte con Elisabet.

—Yo te dije que te quedaras con Claudia. Esa hubiera sido tu suerte.

—Ya tengo un hermano mayor, que afortunadamente está en Edimburgo —le dio un puñetazo suave en el hombro.

Silvio detuvo el coche en la entrada. Bajaron las maletas y las guitarras entre los dos. Cruzaron el umbral con el dueño de la casa por delante y no se detuvieron hasta llegar a una habitación vacía. No hizo falta decir que era la suya. Gabi vio que a través de la ventana se veía el bosque.

—¿Hay ciervos y esas cosas por aquí?

—Sí, y por la mañana rascan los cuernos contra el cristal para despertarte —bromeó Silvio—. Son muy educados.

—Va, en serio.

—¡No, hombre, no! Ardillas y conejos como mucho.

—¿Pero no habían soltado osos en los Pirineos?

—Hay osos, pero no aquí. Estamos a tres kilómetros del pueblo. Los periódicos dicen «Pirineos» con una alegría... Es como decir que ha nevado en Rusia, porque seguro que en alguna parte lo ha hecho, pero con lo grande que es... Anda, ven.

Salieron de la habitación y bajaron al estudio.

Gabi quedó impresionado.

Habían ganado lo mismo, eran coautores del noventa y cinco por ciento de las canciones de Lágrimas de Cocodrilo, cada año la Sociedad General de Autores les reportaba el dinero por la audición de sus temas, pero Silvio había empleado sus ganancias en algo, mientras que él...

Sintió envidia, pero también admiración.

—Grabaste aquí tu último disco y sonaba de coña —admitió Gabi.

—No voy a imponer nada, ni a forzar nada, pero sería perfecto trabajar y grabar aquí el nuevo álbum —dijo Silvio—. El lugar también acompaña, ya lo has visto. Si algo necesitamos es paz, no caer en los viejos hábitos ni en las trampas de antes, como grabar de noche o hacerlo borrachos o...

—Estoy de acuerdo —asintió Gabi.

—¿En serio?

—Sí, en serio. Vamos a ponernos las pilas. De entrada tú y yo.

—Bien —dijo Silvio.

Quiso abrazarle, en un arrebato de emoción, pero no lo hizo. Por su mente pasó aquella maldita escena, la pelea, los puñetazos, los ojos inyectados de odio, la sangre cayendo por narices o labios rotos. Una escena que le había perseguido doce años. Ahora Gabi estaba allí, en su casa, dispuesto a buscar y recuperar la vieja energía.

—¿Quieres descansar hoy y mañana empezamos?

—¿Descansar? —rezongó el recién llegado—. ¡Vamos a trabajar ya, tío! ¡Voy por mis guitarras y tú vete preparando lo que tengas!

# **Tercera parte**

## **Crisis**



Ignacio Enríquez había bebido más de la cuenta.

Sabía que no le iba bien, sabía que le afectaba, sabía que, encima, daba mala imagen a Karma Discos. Lo sabía todo. Pero cuando salía de noche, bebía.

¿Cómo evitarlo?

Incluso por el hecho de tener que invitar a copas a los malditos comentaristas de la prensa, los chupópteros que iban a los conciertos gratis, encima con sus parejas, y recibían los discos no menos gratis, para luego ser libres de no comentarlos o ponerlos a parir.

Néstor Pujalte era el peor.

Porque escribía en el medio de más tirada, porque lo leían, porque tenía poder y porque se lo creía.

En el mundo de la música no había amigos.

—¡Néstor, cabroncete! ¿Qué haces aquí en lugar de estar trabajando?

—Míralo este —el crítico musical no se amilanó—. Yo salgo de un concierto cerca de aquí, pero tú...

—¡Yo he de otear el panorama, siempre a la caza, siempre a la búsqueda de nuevos artistas para que tú tengas carnaza! —Ignacio le palmeó el brazo—. ¿Quieres tomar algo? ¡Invita Karma!

—¿Quieres que hable bien de alguien? ¿Vuestro próximo lanzamiento?

Era venenoso. Sonreía por un lado de la boca y sacaba el afilado diente de vampiro por el otro.

—¡No, hombre, no! ¿Próximo lanzamiento? ¡Nada! ¡Ya verás tú la bomba que preparamos! ¡Te vas a caer de culo!

Néstor Pujalte se acodó en la barra.

Observó a su achispado interlocutor.

—Para vosotros todo son bombas —le pinchó.

—No, todo no. Pero cuando hay una... Ni te lo imaginas.

—Ya.

—Pues bueno —el jefe de promoción pareció pasar del tema.

—¿No me estarás vendiendo una moto? —dijo Néstor.

—¿Yo? —soltó una carcajada—. ¡No necesito vender motos cuando algo es seguro! Tú espera y verás.

—Vaya, suena bien.

—Mejor que bien —el camarero se plantó delante de ellos—. ¡Dos cervezas! Quieres cerveza, ¿no?

—Sí.

—¿Has venido solo?

—Mi chica está allí, con unos que se ha encontrado.

La chica era guapa, mucho. Cualquiera se hacía novia de un crítico musical aunque solo fuera por ir casi cada noche a un concierto, sin colas ni apreturas, a la zona de la barra libre para lucir tipo.

Ignacio le odió un poco más.

¿Cuánto llevaba solo, separado, porque Concha se había hartado?

—Bueno, cuéntame algo, va —le apremió Néstor.

—Ah, no puedo —se hizo el interesante—. Es secreto.

—Te brillan los ojos.

—¿Y qué?

—Pues que están a punto de reventar.

—No solo es secreto sino que ni siquiera han grabado todavía, así que... Pero antes de Navidad, disco y gira, fijo.

—Un grupo nuevo, claro.

—¿Te estaría hablando así si fueran unos novatos?

—No, a no ser que los tuvierais escondidos y nadie hubiera oído hablar de ellos.

—Pues eso.

—Dame una pista.

Ignacio disfrutaba. Era la primera vez en muchos años que tenía al gran Néstor Pujalte comiendo de la palma de su mano.

Las cervezas aterrizaron delante de ellos. Él mismo las tomó y le pasó una al comentarista. También tomó la iniciativa de entrecuchar los vasos.

—¡Por el futuro! —brindó.

Bebieron un sorbo cada uno.

—¿Tan buena es la cosa? —Néstor puso cara de malo.

—¡Oh, sí! —se jactó Ignacio.

—¿Y si... te debo una?

—¡Uh, uh! —bebió otro sorbo—. ¿Tú? Imposible.  
—No tanto. Pongamos que me pides un favor un día de estos.  
Hubiera gritado de alegría. En lugar de eso soltó un pequeño hipo.  
—¿Cualquier favor? —abrió los ojos.  
—Si está en proporción a la noticia...  
—La noticia es grandiosa, puedes creerme. La bomba del año.  
Néstor ya no dijo nada.  
Esperó.  
Su chica le llamó desde la distancia.  
—¡Cariño, ven!  
—¡Voy! —gritó él.  
Apuró la cerveza y dejó el vaso en la barra.  
—Última oportunidad —se despidió de Ignacio.  
—Espera, va —se rindió mitad feliz mitad satisfecho—. Pero prométeme  
que lo escribirás cuando te lo diga, porque de momento es máximo secreto.  
—Mientras sea el primero...  
—Por supuesto.  
—Prometido. De acuerdo.  
—Pero solo te diré una cosa, ¿vale?  
—Vale.  
Tomó aire, le miró a la cara y lo soltó:  
—El cielo se está quemando.  
Néstor parpadeó sin entender.  
Una vez, dos.  
Luego se hizo la luz en su mente.  
Más que luz, un *big bang* celestial.  
Abrió los ojos de arriba abajo.  
Lo único que pudo exclamar fue:  
—¡No me jodas! ¿En serio?  
Ignacio ya no dijo nada más. No era necesario.

Habían trabajado ya juntos y por separado, en el estudio y fuera de él. Juntos tocando guitarras, piano, bajo y batería. Por separado, tanto en distintas melodías como en letras de canciones que los motivasen para crear la envoltura musical. Era lo mismo que hacían a los quince años, cuando empezaban, y a los dieciocho, cuando el grupo quedó definitivamente formado, y luego a los veinte o veinticinco, en pleno éxito. A veces bastaba con mirarse a los ojos para que las armonías fluyesen. Otras era la energía que iba de uno a otro cuando se aislaban y salían con una canción para trabajarla con los demás.

Todo parecía distinto ahora.

Como si estuvieran oxidados, enmohecidos, o hubieran perdido el *feeling*.

Dos días perdidos.

O no. Solo empleados en ponerse a punto.

Había cosas, pero ninguna terminada. Letras sin música. Música sin letras. Horas de grabaciones sin nada de provecho, o al menos eso parecía dada su eterna exigencia.

Faltaba una hora para la cena.

—¿Probamos con una base rítmica? —propuso Silvio.

—De acuerdo.

Se sentó a la batería y dejó que Gabi tomara el bajo. No tenía la brutal fuerza de Gonza, pero bastaba para tratar de dar con lo que pretendían. No siempre una canción se construía desde la melodía, un *riff* de guitarra o unas notas capaces de generar todo el resto. También contaba el ritmo por encima del cual las guitarras se lanzaran a tumba abierta.

Silvio inició un compás simple, cuatro por cuatro.

Gabi le siguió.

Al cabo de un minuto acabaron tocando *Another one bit the dust*.

Rieron, pero sabían que algo seguía sin funcionar.

Acabaron en silencio.

—No es fácil —dijo entonces Gabi.

—Bueno, han sido doce años sin trabajar juntos.

—Catorce si contamos desde el momento en que terminamos el último disco.

—Catorce —repitió Silvio.

—Mucho tiempo.

—Toda una vida.

El estudio de grabación era un lugar hermoso. El crisol donde se cocía todo. Pero también podía ser un pequeño infierno si las cosas no salían como uno esperaba. Y más si no salía nada.

Aunque por lo general los músicos pisaban un estudio cuando ya tenían las canciones preparadas, ensayadas, y solo faltaba grabarlas. Una excepción que rompían algunos grandes.

—Cantemos *Lujuria* —propuso Gabi.

—De acuerdo —asintió su compañero.

Silvio dejó la batería y cogió una de las guitarras. Gabi hizo lo mismo con una de las suyas. *Lujuria* era una canción de su segundo álbum que cantaban y tocaban juntos, tanto en el disco como en escena, inmersa en el bloque de canciones más lentas y que permitían los solos respectivos.

La habían quitado de la última gira.

Era vieja.

Y, de pronto, al cantarla, les pareció nueva.

Fresca.

Entonaron los versos, rasgaron las cuerdas de las guitarras, convirtieron de nuevo el estudio en un ámbito lleno de música y color. Con los ojos cerrados podían escuchar los coros del público. Era un tema hecho al cincuenta por ciento por cada uno de ellos, letra y música.

Al terminar se miraron.

—¿Recuerdas cuando la compusimos?

Probablemente recordaban cuando habían compuesto todas sus canciones.

—Sí —dijo Gabi.

—Marc estaba con una, Gonza con otra y Pau lo mismo. Y tú y yo oíamos sus gritos, nos echamos a reír, nos pusimos a tocar y... salió.

—Bueno, fue un momento divertido.

—Mira que éramos burros entonces.

—Como todos.

—*Long live rock 'n' roll!* —suspiró Silvio.

—*Keep on rocking!* —asintió Gabi.

Ya no volvieron a tocar. Dejaron las guitarras y salieron del estudio para subir a la casa y ayudar a Elisabet.

La noche era dulce.

A pesar del punto de amargura que tenían ellos.

Sabía que estaban juntos.

Sabía que ya trabajaban juntos.

No quería llamar.

Pero acabó marcando el número mientras se mordía el labio inferior.

Impaciente y con los nervios a flor de piel.

Cerró los ojos al escuchar la voz de Elisabet.

—¿Sí?

—Hola, soy Juanjo.

—Ah, ¡hola! ¿Qué tal?

¿Qué tal? Esa era la pregunta.

—No quería molestarlos...

—Ni vas a hacerlo, descuida. Están encerrados en la leonera y no voy a ser yo quien los interrumpa.

—Bueno, solo llamaba para ver cómo iba todo —se excusó.

—No les sale nada.

Las palabras de Elisabet le desarbolaron.

Esperaba un «les cuesta pero van trabajando», o un «la química vuelve a fluir poco a poco» o incluso un «ya tienen un par de temas».

No aquello tan radical.

—¿Nada, nada?

—Hasta anoche, no. Hoy no sé. Pero no parece lo mismo de hace años.

Juanjo no supo qué decir.

—Prefiero ser sincera —agregó ella.

—Te lo agradezco.

—Quizá cuando vengan Gonza y Marc...

—¿Tú qué opinas? ¿Crees que lo conseguirán?

—Sí —fue rotunda—. Y no es una opinión.

—Menos mal.

—Necesitan tiempo, reencontrarse a sí mismos, recuperar sensaciones. Y eso no es fácil.

—¿Hay buen rollo?

Oyó su risa por el teléfono.

—Sí, lo hay. Descuida. Bromean mucho. Anoche estuvieron hasta las tantas hablando, paseando por los alrededores o dentro de casa. Yo intento pasar desapercibida, para que se sientan más cómodos. Neo en cambio está fascinado. Gabi ya le adora. Se nota que está solo y no tiene a nadie.

—¿Les dirás que los he llamado?

—¿Y meterles más presión? No.

—Claro.

—Nadie dijo que fuera sencillo, Juanjo.

—No, no.

—Ni rápido.

—Lo sé.

—Déjales que vayan a su bola, ¿de acuerdo? Cuando les salga la canción que están buscando, las demás saldrán solas.

—Bueno, tú conoces a Silvio mejor que yo.

—Por eso te lo digo.

—Vale, entonces...

—Un beso, saluda a Montse de mi parte.

—Gracias, Elisabet.

—Si no fuera por nosotras... —la oyó decir antes de terminar la conversación.

Juanjo también colgó.

Lo mejor para un roquero era no tener pareja o esposa, ni obligaciones. Lo mejor para un exroquero o un músico mayor era tenerla, por estabilidad emocional y por la ley de la compensación.

Había que ser una mujer muy fuerte para estar con uno.



Investigar no era lo suyo.

Todo estaba en Internet y, de todas formas, para comentar un disco o valorar un concierto tampoco era necesaria la espeleología musical.

Esta vez había tenido que hacerlo.

Y tampoco había sido muy complicado.

Marc Torras estaba en una clínica, rehabilitándose. Gabi Muñoz había dejado su piso de Madrid. Silvio Paz vivía en los Pirineos y tenía un estudio en su casa. Y Gonza tocaba en el Jambore algunas noches a la semana, pero le había colgado el teléfono cuando quiso hablar con él.

La información de Ignacio Enríquez era cierta.

El notición del año era suyo.

¿Cuántas exclusivas podían darse en el mundo de la música?

La respuesta era simple: pocas. Una o ninguna.

Néstor Pujalte leyó lo que llevaba escrito.

Primero, el titular:

*ARDE EL CIELO: EL REGRESO DE LÁGRIMAS DE COCODRILO*

Después el texto del artículo, en bruto, a falta de ir redondeando aquí y allá. Ya le habían prometido un espacio en la portada. Lo nunca visto, salvo que actuase el dios Springsteen:

*Dijeron que volverían cuando el cielo ardiese. Pues bien, el cielo está ardiendo, y de qué forma. Las llamas van a abrasarnos. Más aún: van a convertir la música de los próximos meses en un verdadero horno porque ellos, los grandes entre los grandes, el grupo que redimensionó el rock español, vuelve por la puerta grande.*

*Lágrimas de Cocodrilo anuncian disco y gira.*

*En medio de un gran secreto, por lo cual no hay apenas detalles relevantes salvo la propia noticia, Silvio, Gabi, Marc y Gonza regresan en el mismo punto donde lo dejaron hace doce años. El tiempo se ha encargado de curar*

*las heridas y lavar la deteriorada imagen que dejaron en su adiós. Sin el malogrado Pau Rocamora, perdido en el camino, el grupo ha decidido poner fin a su separación. Y lo harán con toda su fuerza, con un álbum y una gira que les devolverá al primer plano del rock nacional y, muy posiblemente, internacional.*

*Todo hace pensar que en las próximas semanas la banda iniciará la grabación de su nuevo material. Y sabiendo lo minuciosos que eran, estamos seguros de que no se contentarán con un puñado de simples canciones. No vuelven para hacer revival ni vivir del pasado. Podrían, pero no es su estilo. Vuelven para ofrecer el máximo de su potencial. Posiblemente también cuente el dinero. Las cajas registradoras ya suenan. Después de la separación las carreras de los dos líderes, Silvio Paz y Gabi Muñoz, no acabaron de despegar pese a las expectativas iniciales. Sus siguientes discos en solitario apenas si despertaron interés. Gonza Iriarte desapareció hasta acabar tocando aquí y allá con otros músicos, mientras que los problemas de salud apartaron por completo de la circulación a Marc Torras, ahora internado en una clínica de rehabilitación para superar su adicción al alcohol antes de reunirse con sus compañeros.*

*Fuentes no oficiales mencionan otoño o comienzos de invierno para la posible aparición de su disco de regreso y la programación de su primera gira, que se convertirá en el acontecimiento musical del año. Todo dependerá de la armonía de su reencuentro y de si las viejas heridas se han curado. Sería triste que, tras las expectativas desatadas, algo se torciera a última hora.*

*La carrera de Lágrimas de Cocodrilo comenzó en...*

Dejó de leer.

Estaba casi bien. Quitar algunas repeticiones, añadirle algo más de dramatismo, acentuar el tema económico y poco más. Para el fragmento de portada, mejor las palabras «leyenda» y «míticos». A la gente le gustaban las leyendas. Y a cualquiera que llevara quince o veinte años de vida activa ya le colgaban lo de artista «mítico». Un término recurrente. Lo importante era engordar la historia.

Toda una exclusiva.

—Puntazo —dijo en voz alta.

Le había prometido a Ignacio Enríquez esperar.

Reservárselo para el momento adecuado.

Inocente.

Cualquier periodista sabía que el momento adecuado siempre es ahora.

—Gilipollas... —sonrió malicioso pensando en el jefe de promoción de Karma Discos.

Siguió escribiendo en el ordenador. Le quedaban unas veinte líneas de espacio para sintetizar la carrera del grupo y hablar de sus éxitos, mencionar otra vez al muerto por sobredosis y redondearlo todo con los toques finales.

Y tenía tiempo.

Casi una hora.

Mucho tiempo para hacerlo bien y dar forma al artículo del año dentro del mundo de la música.

Quedaban pocos días de colegio, así que los niños y niñas estaban excitados, oliendo ya las vacaciones de verano. Un suave e intangible perfume que flotaba en el aire. Nada más dejar a Neo en la escuela, como cada mañana, Elisabet le dio la espalda al griterío infantil y regresó al coche, pero no para volver a casa.

Siempre había algo que comprar, y más ahora que tenían una boca más. Cervezas, por ejemplo.

Por lo menos hasta que llegara Marc.

El trayecto apenas duró un minuto. Lo habría hecho a pie de no ir cargada al salir. Se metió en la tienda, cogió un carrito y se dispuso a realizar la peregrinación habitual por los pasillos abarrotados de comida y bebida.

Pan, cereales, yogures, aceitunas, patatas fritas...

La cerveza.

Llevaba siempre una bolsa plegada en el bolso, para no tener que pedir las de plástico. Además, era consistente. Dejó lo que se llevaba en la cinta y esperó a que la cajera lo procesara en la caja. Mientras lo iba metiendo en la bolsa le entregó la tarjeta de crédito. Salió con todo y antes de dirigirse al coche dio un par de pasos hasta el quiosco.

El periódico.

No veían mucho la tele, así que mejor saber lo que pasaba en el mundo de alguna forma.

Iba a llevarse el suyo, el habitual, cuando se fijó en la portada del que estaba al lado.

Unas palabras le golpearon el rostro.

Y la foto.

Las palabras eran *LÁGRIMAS DE COCODRILO* destacas en gruesos caracteres.

En la foto se veía al grupo, con su marido en primer término, sonriendo a la cámara, como solían hacer siempre en las fotos de promoción.

Elisabet casi dejó caer la bolsa.

*VUELVE LA LEYENDA: LOS MÍTICOS LÁGRIMAS DE COCODRILO  
PREPARAN NUEVO DISCO Y GIRA DOCE AÑOS DESPUÉS*

Abrió la boca. La cerró. Hacía un poco de calor, pero tuvo un escalofrío. Acabó dejando la bolsa en el suelo para coger un ejemplar de aquel periódico y buscar la noticia. Cuando la encontró, más que leerla la devoró.

Tragó saliva.

Sintió rabia, desolación, tristeza, miedo, angustia... Un sinfín de emociones que la asatearon de arriba abajo. Ni siquiera supo si romper el periódico o llevárselo.

Se lo llevó.

A fin de cuentas, era absurdo ocultárselo a Silvio.

Tenían que saberlo.

Saber que su regreso ya no era un secreto.

Aun antes de estar seguros de que serían capaces de llevarlo a cabo.

Juanjo sí había roto el periódico.

La primera vez que rompía una noticia del grupo.

En el frágil equilibrio en que se movían, aquello podía ser...

Estaba solo, Montse había salido. Tenía el periódico porque un amigo le había llamado a primera hora para preguntarle si seguía siendo el mánager de Lágrimas de Cocodrilo. El amigo le había felicitado y todo. Se vistió y bajó a la calle solo para estar seguro de que lo que acababa de decirle era verdad.

Y lo era.

Ya no había ningún secreto, y la presión sería mayor.

Lo que sentía ahora era pánico.

Miró el teléfono una, dos, tres veces.

¿Y si llamaba él?

No. Calma. Lo que tuviera que ser, sería.

Por eso cuando sonó el timbre, se resignó y cruzó los dedos.

No era otro amigo curioso, era Silvio.

—¿Lo has visto? —fue lo primero que le dijo.

—Hace un minuto, sí —mintió Juanjo.

—¿Has visto Internet?

—No, todavía no.

Ni se le había ocurrido.

—Pues ya es viral —el tono de Silvio era calmadamente tenso.

—Joder... Lo siento tanto más que vosotros, ¿qué crees?

—Vamos, Juanjo, no llamo para culparte de nada. Sé que no has sido tú.

Pero alguien lo sabía y se ha ido de la lengua con ese periodista.

—No tengo ni idea...

—Pues piensa —lo apremió Silvio.

—¿Y de qué servirá ya? Puede haber sido cualquiera que sepa que Gabi está contigo o que Marc se está rehabilitando. No vivimos en un mundo precisamente discreto.

—¿Y Karma?

—¿Por qué ellos?

—Porque siempre son los que mueven estas cosas. Tal vez porque así crean que van a presionarnos para que no nos echemos atrás. ¿Hablaste con ellos?

Juanjo no supo qué decir.

El silencio fue demasiado acusador.

—¿Juanjo? —insistió Silvio.

—Le pregunté a Marcelino Gausá si estaría dispuesto a ficharos en caso de que volvierais, para tantear el terreno.

El silencio llegó ahora desde el otro lado de la línea.

—No creo que Marcelino haya sido tan idiota —lo rompió el mánager—. Sabe lo que está en juego y es el primer interesado en hacer caja.

—Te lo advertimos, por Dios... —resopló el músico revestido de dolor.

—¡Ya lo sé! —rozó el grito—. ¿Crees que soy idiota?

—Si por lo menos la noticia hubiera salido teniendo algo, o estando más seguros... Pero es que no tenemos nada, Juanjo, ¡nada! ¡Estamos encallados!

—Os basta un tema para que todo salga, lo sabéis.

—¿Y dónde está ese tema? ¡Gabi y yo llevamos aquí un montón de horas dándonos contra un muro de piedra! ¡Es frustrante! ¡Y ahora esto!

—¿Qué dice él?

—¿Qué quieres que diga? Lo mismo que yo, que sin disco no hay vuelta, y desde luego no haremos cualquier cosa. O estamos orgullosos o nada. La maldita presión que nos ha metido esto es...

—Escucha —dijo Juanjo—. No hagáis nada, no cojáis el teléfono, no respondáis a ninguna pregunta, ni de vuestro mejor amigo. Seguid trabajando y que haya las especulaciones que sean. Creo que es lo mejor ahora mismo. Sabes que la expectación crece y desaparece en un abrir y cerrar de ojos. Tratad de aislaros.

—Como si fuera fácil. Mucha gente sabe donde vivo.

—¿Has hablado con Gonza?

—No, aún no. Dios... ¿Sabes lo que más me preocupa?

—¿Qué?

—¡Marc, maldita sea!

—¿Crees que irán...?

—¿No has leído el artículo? ¡Una clínica de desintoxicación! ¿Cuántas crees que hay? ¡Es la carnaza perfecta para los depredadores de la tele y los

de la prensa amarilla! ¿Recuerdas el acoso al que se vio sometida Amy Winehouse? ¡Acabaron con ella! ¡Luego todo el mundo se rasgó las vestiduras, que si pobre chica, que si pobre muñeca rota..., pero no podía salir de casa sin que se le echaran encima cien *paparazzis* con sus cámaras para ametrallarla! ¿Quién resiste eso si encima eres frágil o estás bajo presión y en tratamiento? ¡Marc estaba ya a punto de salir! ¡Y con dignidad! Ahora...

—Vamos, cálmate.

—Estoy calmado —le advirtió Silvio—. Hace mucho que aprendí a no enfadarme.

—Pues no lo parece.

—Estoy disgustado, y triste, y furioso, sí —se escuchó un largo suspiro—. Si no regresamos dirán que volvimos a pelearnos, o que se nos acabó la inspiración, que a fin de cuentas es lo que parece estar pasando.

—No digas eso.

El suspiro se convirtió en dolor.

—No lo conseguimos, Juanjo. Ni Gabi ni yo.

—Saldrá.

—Tú y tu fe.

—Saldrá, ya lo verás. Es como sacar un tapón. Luego... De momento lo único que puedo decir es que vamos a callar, todos. Ni siquiera una nota oficial por mi parte. Y ahora llamaré a Karma para que estén en la misma onda. Que ni desmientan ni reconozcan nada. ¿Sabes qué pienso? —no esperó la respuesta de Silvio—. Que cuando Gonza se os una, todo irá mejor. Y ya con Marc...

—Eres el rey de los optimistas —manifestó Silvio.

—Por eso fui a proponeros que volvierais. Y funcionó.

—Voy a llamar a la clínica, para pedirles que vigilen a Marc, y si es posible que nadie le diga nada ni le pase el periódico. Si hay algo nos llamamos, ¿vale?

—Vale, Silvio —lo agradeció Juanjo.

Eso fue todo.

De momento.



Después de la oscuridad, la luz era lo que más agradecía.

Oscuridad del alma, la noche interior. Luz de los sentidos vivos, el día exterior.

Marc llenó los pulmones de aire.

El doctor Tarragó había tenido razón. Lo peor, en cuanto a dolor físico, eran las primeras semanas. Lo único malo en las siguientes era la espera. Creer que uno está bien no significa estarlo realmente. Necesitaba adaptarse a su nuevo cuerpo, enfrentarse a lo peor, que era la vuelta a casa, el regreso. Sabía que Silvio, Gabi y Gonza no le iban a dejar solo. Lo sabía. Por lo menos mientras grabasen el disco y dieran los primeros pasos hacia el momento cumbre de su regreso. Pero eso no significaba que la curación fuese ya para siempre.

Tarde o temprano, y probablemente más lo segundo que lo primero, estaría solo, enfrentado a sus miedos y sus demonios, o alguien le ofrecería una copa.

Siempre había fallado.

Siempre había vuelto a caer.

Noelia tenía razón.

Si ahora no resistía, por ella y por el grupo, era señal de que no merecía vivir.

¿Cuántas veces pensó en el suicidio?

Marc volvió a levantar la cabeza hacia el sol.

Le gustaba el calor.

Le gustaba la primavera y le gustaba el verano.

Se alejó por el jardín. Hablaba poco con los demás residentes, salvo en las terapias en grupo. Prefería la noche, para ver a la enfermera Leticia, y se encontraba cómodo con el doctor Tarragó. El resto de personas le eran ajenas. Todos estaban allí por lo mismo. Todos tenían la misma historia de debilidad y sumisión a sus vicios. Verlos a ellos era verse a sí mismo.

Por lo menos ya soportaba su propia imagen en el espejo.

Su lugar preferido era el estanque. Por el centro flotaban unos nenúfares esplendidos, ya abiertos en flor. Miraba el agua, mansa y pura, y se imaginaba que era su vida. Algo imposible de retener. Metía la mano y las ondas se movían en todas direcciones, desdibujando el reflejo. En unos segundos, la superficie volvía a estar quieta.

Siguió caminando.

Llegó hasta la carretera y se dirigió despacio hacia el otro bosquecito, en el que solía sentarse aprovechando unos bancos de piedra. Iba a cruzarla de lado a lado cuando el hombre apareció casi a su lado, saliendo de alguna parte imprecisa, porque iba tan concentrado que ni siquiera le había visto.

Primero, le fotografió con la cámara.

No una pequeña, sino profesional.

Y no le hizo una sola foto, sino una docena, aprovechando el disparo rápido.

Después, en medio de su desconcierto, todavía sin reaccionar, le lanzó las preguntas, a bocajarro:

—¿Es cierto? ¿Volvéis? ¿Estás curado, Marc? ¿Lo hacéis por Pau? ¿Cuándo...?

Marc dio un paso atrás.

El aparecido ya no le fotografiaba.

Estaba casi encima de él.

—¿Pero qué...? —vaciló.

—¿Cuándo sales? ¿Cuándo vais a grabar el disco?

Primero pensó en escapar.

Echar a correr y refugiarse en la clínica.

Pero estaba demasiado lejos.

Así que en lugar de eso reaccionó de la manera más visceral, como solía hacer a veces estando borracho.

Lanzó su puño derecho con todas sus fuerzas y cazó al maldito periodista en plena cara.

El tipo cayó hacia atrás.

Marc hizo algo más.

Le dio un puntapié a la cámara, que había resbalado de las manos del intruso, y la mandó una decena de metros más allá.

Tampoco era la primera vez que pateaba a un *paparazzi*.

—¡Cabrón! —le gritó.

El periodista se movió hacia atrás, arrastrando el trasero por la tierra, con los ojos desorbitados.

—¡Estás loco, tío! —le gritó a su vez.

Marc hizo intención de volver a golpearle.

Ya había tenido un juicio por agresión. Aquel día estaba borracho y enloquecido.

Ahora también se sentía enloquecido, pero no estaba borracho.

Detuvo el gesto.

Su mente empezó a procesar la realidad.

A entender las preguntas.

«¿Es cierto?», «¿Volvéis?», «¿Estás curado, Marc?», «¿Lo hacéis por Pau?», «¿Cuándo sales?», «¿Cuándo vais a grabar el disco?»...

Todavía no estaban de vuelta y la locura ya volvía.

Carne de fans, carne de fama, carne de víctimas.

El periodista aprovechó su inmovilidad para levantarse. Lo hizo de manera atropellada y casi cayó de nuevo sobre la tierra. Recogió su maltrecha cámara y empezó a correr.

Se detuvo a unos metros, ya a salvo.

—¡Estás loco, tío! ¡Loco! ¡Más te vale quedarte en este manicomio, hijo de puta!

Luego volvió a correr carretera abajo y ya no se detuvo.

Marc también lo hizo.

En dirección a la clínica.

El teléfono sonó por enésima vez y Gonza pensó que lo mejor era desconectarlo.

Miró el número en la pantallita.

Desconocido.

El regreso de Lágrimas de Cocodrilo era el tema del día.

El maldito *trending topic* del día.

Se dejó caer en la butaca y se llevó las manos a la cara.

Pensó en Marc.

En lo que todo aquello podía afectar a su recuperación.

Marc había encontrado el cadáver de Pau. Algo difícil de superar. Llevaba muerto varias horas y estaba solo. Tristemente solo. En lugar de salir corriendo, llamando a quien fuera, se sentó a su lado un rato antes de ir a por bebida, regresar y emborracharse hasta caer desvanecido. Todo un día así antes de que una de las novias de Pau diera con ellos.

Lo peor era que Marc, aquel día, llegó tarde a su cita con Pau. Dos horas tarde. Siempre pensó que si hubiera sido puntual, él seguiría vivo.

No entendía que Pau hubiera muerto igualmente, ese día u otro.

El teléfono dejó de sonar cuando saltó el buzón de voz.

Ningún mensaje.

Quien llamaba, cortó sin más.

Las manos de Caro aparecieron por detrás de él. Iba descalza, así que no había oído ni el rumor de sus pasos. Le besó la cabeza y le acarició el vientre con dulce suavidad.

—¿Tan malo es? —le preguntó.

—Sí —dijo Gonza.

—De todos modos, era un secreto difícil de guardar.

—Si ya tuviéramos algo... Pero no tienen nada. Silvio y Gabi nunca han trabajado bajo presión, y esto va a ser un plus para ellos. Pueden echarlo todo a rodar.

Caro dejó de estar a su espalda. Se colocó delante y se sentó encima de él,

de lado, para verle bien. Gonza le puso una mano en el vientre. Un gesto instintivo.

—Y pensar que golpeaste a Juanjo Miralles por el simple hecho de proponerte que regresarais.

—Ahora es diferente.

—Lo sé.

—Quiero hacerlo.

—Dilo.

—¿Decir qué?

—Que lo necesitas.

—Sí, lo quiero y lo necesito —convino sinceramente.

—¿Y qué vas a hacer? —le preguntó Caro—. ¿Quedarte aquí todo el día oyendo cómo suena el teléfono y sin contestar?

—No.

—Entonces va, haz la maleta y vete con ellos.

—Tengo las actuaciones...

—Pasa de ellas.

—No puedo dejarlos colgados.

—Encontrarán a otro, o esta noche tocarán sin bajo y experimentarán. Es música, ¿no? Tú llámalos. Diles que estás en el hospital con gastroenteritis. Esto es una causa de fuerza mayor.

Gonza le cogió las manos.

—Eres mala —dijo.

—No lo sabes tú bien. Venga —se levantó—. Puedes estar allí esta misma noche. Seguro que lo agradecen. Ahora os necesitáis más que nunca.

Era la verdad.

Tan simple.

—¿Quieres deshacerte de mí ya? —quiso bromear.

—Por supuesto —asintió ella—. Ya me has embarazado así que, ¿para qué te necesito?

—Mira que me lo creo...

—También me tocan unas vacaciones..., aunque no muy largas —convino—. Iré contigo en cuanto acabe el congreso de la semana que viene, ¿de acuerdo?

El teléfono atronó el aire otra vez.

Gonza no pudo ni quejarse, porque Caro le selló la boca con un largo beso.

El despacho de Marcelino Gausá era un hervidero. Posiblemente nadie había gritado allí más que él.

Y ahora lo hacía Juanjo.

—¡Nadie lo sabía, solo nosotros!

—¿Y crees que la filtración ha salido de aquí?

—¡Pues claro que ha salido de aquí!

—¡Juanjo...!

—¡Te lo dije! —no permitió que acabara la frase y le apuntó con un dedo implacable—. ¿Es que no recuerdas cómo eran? ¡Si no hay disco, no hay vuelta, y de momento no tienen nada! ¡Esto puede obligarlos a dejarlo y pasar del tema!

—¿Y piensas que yo voy a echarme piedras a mí mismo? —bramó el director de Karma Discos—. ¡Quiero ese regreso como el que más! ¡Son muchos discos vendidos, maldita sea!

—¿A quién se lo soplaste?

Marcelino Gausá se puso rojo.

—¡A nadie! ¡Pero tú sabes que en este negocio no hay secretos! ¡Una llamada desde la clínica, un comentario de una de sus mujeres, un desliz de ellos mismos...! ¡Ha podido ser cualquiera o cualquier cosa! ¡Lo importante ahora es no perder la calma y aprovecharlo!

—¿Aprovecharlo? —no pudo creerlo Juanjo—. ¿Có-mo?

—¡Dándole la vuelta a la tortilla! ¡Creando misterio, expectación! ¡Dando a entender que la noticia ni es falsa ni es cierta!

—¿Así de fácil?

—¡Pero bueno! ¿Tú acabas de llegar a este mundillo o qué? ¡Sabes perfectamente lo que vende!

—¿Y qué vendemos, humo? ¡Cómo he de decirte que si no hay disco no hay nada!

—¡Presiónalos! ¡Eres su mánager!

—¡Ni siquiera hemos firmado nada! ¡Ahora soy su amigo, y estoy tan

metido en esto como ellos! ¡O es un regreso espectacular o no lo harán! ¡No quieren *revivals*, ni parecer viejas glorias!

Marcelino Gausá intentó calmarse.

Tampoco era su primera crisis.

—Juanjo, Juanjo... —abrió las manos por delante de él—. A ver si nos centramos, ¿eh? ¿Tú has visto la que se ha liado con solo el artículo de ese hijo de puta? ¡No se habla de otra cosa en el mundillo!

—¿Y qué? ¡Ellos pasan de eso!

—¡Véndeles la moto! ¡Diles lo mucho que se los espera, lo que ha generado la noticias, la expectación desatada! ¡Se los quiere! ¡Joder, Juanjo! ¿Qué más puede pedir un artista? ¡Se los quiere y eso garantiza éxito, discos vendidos, locales llenos!

—Te repito que no volverán si no tienen algo bueno, y hasta hoy no tienen nada —insistió el mánager desalentado.

—Pues vas a tener que trabajar duro —le advirtió el dueño de la discográfica—. ¿Cuándo irás a verlos?

Era extraño. Ni siquiera lo había pensado.

Le necesitaban.

Tenían que saber en qué punto se encontraban.

Todos.

—Mañana —dijo.

—No —fue terminante Marcelino Gausá—. Te coges el coche y te vas ahora. Mañana puede ser tarde.

Juanjo comprendió que tenía razón.

Lo que estaba en juego era el futuro.

—Te llamaré mañana —inició la retirada.

—Házselo ver —fue lo último que le dijo el hombre de Karma Discos.

Se despidieron en silencio, uno desde la puerta y el otro desde su despacho.

En el momento de quedarse solo, a Marcelino Gausá le cambió la cara.

De la crispación pasó al enfado, la ira.

Los gritos seguían allí, colgados de las paredes.

«¡Nadie lo sabía, solo nosotros!», «¿Y crees que la filtración ha salido de aquí?», «¡Pues claro que ha salido de aquí!».

El empresario cerró las manos.

Las convirtió en puños.

Los ojos encendidos.

—¡Mati! —aulló sin usar el intercomunicador.

Su secretaria asomó por el hueco de la puerta asustada.

—¿Sí..., señor?

—¡Que venga Ignacio! —tronó su voz sin bajar ni un ápice la intensidad pese a tenerla allí delante.

Mati desapareció.

Marcelino Gausá continuó con los puños apretados y la mirada encendida, sintiéndose más y más furioso a medida que pasaban los segundos de su espera.



El doctor Tarragó les estrechó la mano a los dos.

—Les agradezco que hayan venido tan rápido —les dijo.

—¿Sigue igual que cuando nos ha llamado? —preguntó Gabi.

—Sí —lamentó el médico—. Encerrado en su habitación, sin querer salir. He preferido que intervengan ustedes antes que tener que recurrir a la fuerza, porque eso aumentaría más la regresión.

—Ha hecho bien —indicó Silvio.

—¿Ha dicho algo más? —preguntó Gabi.

—Algunas incoherencias, pero por sus palabras deduzco que ha tenido un mal encuentro con un periodista que le ha sorprendido en el jardín y le ha tomado fotos, le ha hecho preguntas... En su estado, no ha resistido la presión y se ha venido abajo. Una pena estando tan cerca de salir —el hombre frunció el ceño y agregó—: ¿Ha sucedido algo que deba saber?

—Un periódico ha dado la noticia de nuestra vuelta y ha mencionado que él estaba en rehabilitación.

—Entiendo.

—Pura carnaza —escupió las dos palabras Silvio.

—¿Alguien de aquí puede...? —soslayó Gabi.

—No —fue rotundo el médico—. Tenemos pacientes de todo tipo, algunos mucho más famosos, o adinerados, y puedo jurarles que mi personal es una tumba. Está en juego su trabajo y su porvenir. No se dejarían sobornar por un plato de lentejas.

—¿Nos lleva a su habitación? —pidió Silvio impaciente.

—Claro. Vengan.

Salieron del despacho, con el médico a la cabeza, y llegaron a la zona de las habitaciones de los pacientes. Delante de la puerta de la de Marc vieron a una enfermera haciendo guardia.

—Sigue igual —fue lo único que le dijo al médico al verle aparecer—. Está sentado en la cama, sin moverse, y no quiere comer ni ver a nadie.

El doctor miró a Silvio y a Gabi.

—Si nos necesitan, estaremos aquí afuera —les dijo.

Silvio fue el que abrió la puerta.

—¡Fuera! —gritó Marc antes de ver que se trataba de ellos. Entonces cambió la expresión de su rostro, la convirtió en una máscara de angustia y exclamó—: ¡Tíos!

Gabi cerró la puerta.

Marc no se movió de la cama, como si no pudiera levantarse o no tuviera fuerzas. Silvio se sentó a su izquierda. Gabi a su derecha. No hizo falta darse la mano. De la angustia, su amigo pasó a la tristeza.

También al alivio.

—¿Qué ha pasado? —les preguntó.

—Alguien se ha ido de la lengua —le respondió Silvio—. Esto es lo que ha pasado, Marc.

—Joder...

—Tranquilo, ¿de acuerdo?

—Se me ha echado encima... Como un loco —musitó—. Y ha empezado a preguntarme cosas...

—Bueno, se ha creado una expectación que no veas —quiso distender la sensación de drama Gabi.

—¿Ah, sí?

—Todo está patas arriba. Somos lo más viral de Internet ahora mismo —siguió Silvio.

—¿Y eso es bueno o es malo?

Parecía un niño confuso, no un adulto con problemas.

—Depende —fue sincero Gabi.

Marc bajó la cabeza y se miró las manos.

Manos de guitarrista, dedos largos, afilados. Manos capaces de tocar como los ángeles y también como un demonio.

¿Cuántos años había sido elegido mejor guitarra en los *Pop Polls* y los *rankings* nacionales?

—Decidme que tenéis algo.

Fue una súplica más que una pregunta.

Silvio y Gabi intercambiaron una mirada rápida.

—¡Decidme que esto seguirá adelante! —se tensó Marc.

—Estamos trabajando —fue lo único que manifestó Gabi.

—Necesitamos tiempo —dijo Silvio.

Los ojos del guitarra expresaron su desasosiego.

—No tenéis nada —exhaló.

—Tranquilo —le pidió el batería de Lágrimas de Cocodrilo.

Marc volvió a mirarse las manos. Tenía los hombros más caídos que la cabeza. En escena se transformaba. Con la guitarra en las manos y ante cientos o miles de personas, era un pequeño dios. Hacía milagros, ponía a la gente en pie, provocaba el aullido del público. Los enloquecía.

Allí era un hombre hundido, una sombra de sí mismo pese al cambio experimentado en las últimas semanas.

—Tú sal de aquí y verás como lo conseguimos —le prometió Gabi.

—Si no hubierais decidido volver, ¿me habríais traído aquí igualmente?

La pregunta los pilló a contrapié.

No la esperaban, y menos en ese momento.

Silvio y Gabi se miraron otra vez.

—No, Marc —dijo Silvio honestamente—. Lo sentimos.

—Ya.

—Hemos vuelto a ser lo que éramos desde el momento en que hemos recuperado la amistad y... Bueno, da igual —no supo cómo continuar Gabi.

—No pasa nada —quiso tranquilizarle Marc.

—Ahora volvemos a estar juntos —lo aclaró Silvio—. Es todo lo que importa. Todos hemos pagado el precio de estos años separados.

Marc mantuvo el silencio unos segundos.

—Me gustaría volver a tocar en vivo —reconoció.

—Lo harás.

—Era como... como hacer el amor con la gente.

—Janis Joplin decía que lo hacía con cincuenta mil personas cada noche —mencionó Gabi.

—Y murió sola en una habitación de hotel agarrada a su botella de Southern Comfort —le recordó Marc.

No había sido el mejor ejemplo, pero ya era tarde.

—¿Vas a salir de la habitación y a seguir con el tratamiento? —le apremió Silvio.

Marc asintió con la cabeza.

—Ya falta poco, de verdad —quiso animarle Gabi.

—¿Lo habrán leído mis padres? —se preocupó el guitarra.

—No lo sabemos.

—Tendré que llamarlos tarde o temprano.

No dijo nada de Noelia. No era necesario.

—Venga, vamos a comer —le ofreció Silvio—. ¿Te llevamos al pueblo y pasamos un rato juntos?

Su amigo sonrió por primera vez.

—Mientras paguéis vosotros —dijo—. Recuerda que no tengo un maldito euro.

Durante los primeros minutos ni hablaron.

Silvio conducía despacio, como si sus pensamientos fueran demasiado pesados. A su lado, Gabi miraba por la ventanilla, en apariencia distraído.

Fue así hasta llegar a la carretera principal.

Entonces Gabi rompió el silencio.

—¿Qué opinas?

—¿De qué?

—De todo —se encogió de hombros—. Marc, la situación, nuestra falta de inspiración...

—¿Cuándo creímos en la inspiración?

—No, claro.

Siempre habían empleado la palabra «trabajo».

Y otras, como «entrega», «voluntad», «ideas»...

—Mira, solo sé que si no hacemos algo, a Marc le perdemos.

—¿Pero no querrás salir del paso con cualquier mierda?

—No, eso no.

—¿Entonces?

—Seguiremos trabajando —se limitó a decir.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta cuando sea necesario. Puedes quedarte en mi casa sin problemas.

Todo el verano si hace falta.

—Volveríamos a matarnos.

—No, hombre, no.

—¿Todo un verano solo, contigo y con Elisabet?

—Búscate una novia. La hija de la panadera del pueblo es guapa.

Gabi le soltó un guantazo en el hombro.

—¡Pero qué capullo eres!

—¡Ay! —se quejó Silvio.

—¿Yo con una panadera?

—¡Más quisieras! —se rio el batería—. Cuando la veas, ya me dirás. Y ni

nos conocía, así que, como quien dice, mentalmente está virgen.

Circularon un kilómetro más, sin poder correr porque les cerraba el paso un camión.

—¿Recuerdas nuestro último álbum? —preguntó Silvio.

—Los recuerdo todos —asintió Gabi.

—Me refiero a que también nos costó mucho arrancarlo. No encontrábamos nada, ni una nota, ni una idea para una letra, y de pronto...

—Yo compuse *Tiempo de cólera*.

—Exacto —exclamó—. Te salió sin más, una tarde, y entonces yo hice *Paisa* y el resto...

—Nos salió en una semana.

—Fueron dos, pero da igual. Conseguimos desatascarnos y acabamos haciendo un disco enorme. Incluso Gonza aportó sus dos mejores canciones. ¡Fue un álbum enorme!

Su canto del cisne, pero eso no lo dijeron en voz alta.

No era necesario.

—¿Crees que la historia puede repetirse? —dudó Gabi.

—Sí, lo creo.

—Así que vamos a seguir en tu estudio, hasta que lo consigamos.

—Hasta que sangremos —dijo Silvio.

—¿Y si llamamos ya a Gonza? ¿O prefieres esperarle?

La propuesta de Gabi le sorprendió.

—¿Hablas en serio?

—Claro. Incordio o no, cuando él se ponía a tocar el bajo...

—Era toda una autopista.

—Exacto. Una buena línea de bajo siempre lo es.

—Le llamaré cuando lleguemos para contarle lo de Marc y ver cómo anda y cuándo acabará de tocar en el Jambore —propuso Silvio.

Gabi apoyó la cabeza en el respaldo y se envolvió con un largo suspiro.

—Trabajábamos bien bajo presión —dijo.

—Teníamos veinte años.

—Y éramos unos capullos creídos —se burló.

La respuesta de Silvio también quedó rematada por una carcajada.

—Sí, ¿verdad?

Gonza bajó del autobús de línea y vio a Elisabet y a Neo a unos diez o quince metros, el niño jugando y ella apoyada en el 4x4. La mujer de Silvio reaccionó al verle, se separó del coche y caminó a su encuentro con una abierta sonrisa aunque era la primera vez que se veían.

—Hola —le besó en la mejilla—. ¿Qué tal el viaje?

—Bien, y perdona que te avisara con tan poca antelación, pero es que ha sido una decisión muy de última hora y no habría sabido cómo llegar a vuestra casa.

—Tranquilo, no importa, al contrario —insistió ella—. Es fantástico que estés aquí. ¿Te ayudo?

Le pasó la bolsa y él se quedó con las dos guitarras, los dos bajos que se había llevado para trabajar, protegidos por sus respectivas fundas.

—¿Ya han vuelto Silvio y Gabi? —quiso saber.

—No, aún no. Ni han llamado.

—Pero lo de Marc...

—No puedo decirte más de lo que te he dicho por teléfono —gritó el nombre de su hijo—: ¡Neo!

El niño se acercó a ellos. Gabi levantó la mano para que la chocaran en el aire.

—¡Hola, tío! —lo saludó—. ¡Es un lujo conocerte!

Neo le dirigió una enorme sonrisa.

—¿Vas a quedarte con nosotros? —preguntó.

—Unos días, hasta que me echéis.

—No vamos a echarle, ¿verdad, mamá?

—Son músicos, hijo —Elisabet le guiñó un ojo—. Nunca se sabe.

—Sí, están todos locos —se rio el niño.

—Menos tu padre —se puso seria ella.

—¡Eso lo dirás tú porque le quieres! —dijo mientras se escapaba para evitar el cariñoso pescozón de su madre.

—Es un fiero, ¿eh? —comentó Gonza.

—¡No lo sabes tú bien!

Metieron las cosas en el maletero y Neo subió atrás. No hubo que decirle que se pusiera el cinturón de seguridad. Elisabet esperó a que su invitado hiciera lo propio y arrancó el vehículo.

—De todas formas, tranquilo. Si pasara algo, Silvio ya me habría llamado. Deben de estar de camino.

—¿Cómo se han tomado lo que ha dicho ese periódico?

—Puedes imaginártelo: mal —repuso ella—. Ha sido un día de locos desde primera hora de la mañana, cuando lo he visto. Silvio ha llamado a vuestro mánager, han hablado, y luego ha sucedido lo de Marc para acabar de adobarlo —le miró de reojo—. Creo que les irá bien que estés aquí.

—Es lo que he pensado. Es el momento de estar juntos y tomar decisiones.

—Gonza, la única solución es hacer ese disco y tapar bocas.

—Pues si tu marido y Gabi no consiguen sacar una mala canción, ya me dirás.

—Lo importante es que habéis vuelto a estar juntos, como amigos, y que trabajáis en ese regreso. Creo que a ti te hacía tanta falta como a ellos, si me permites que te lo diga.

—Te lo permito —exhibió algo parecido a una sonrisa—. La mujeres siempre tenéis ese sexto sentido...

—¿Por qué no has venido con la tuya?

—Tiene trabajo, pero vendrá.

—¿Cómo se llama?

—Caro.

—¿De Carolina?

—No, de Carlota —la corrigió—. Ya ves.

—En mi escuela hay un Carolina y una Carlota —dijo Neo desde atrás—. Y las llamamos Carolina y Carlota.

—Es lo más lógico —Gonza se volvió hacia él—. Pero mi novia es rara, ¿sabes?

—¿No estáis casados como papá y mamá?

—No, nosotros no.

—Neo... —le detuvo su madre antes de que abriera la boca otra vez.

—¡Jo, si no pregunto no me entero de nada, y luego dices que meto la pata! —protestó el niño.

Había cosas de que hablar, pero no con Neo delante.



Silvio, Gabi, Marc...

Él.

Gonza se relajó. El paisaje invitaba a hacerlo.

Antes de darse cuenta divisó la casa.

Lo primero que pensó fue en lo feliz que sería Caro allí.

La visita de Silvio y Gabi le había tranquilizado.

Por lo menos lo suficiente como para volver a portarse bien.

Comer.

Hablar con el doctor Tarragó.

Volvía a estar en el jardín, viendo cómo anochecía.

Pronto aparecería Leticia, y le llevaría de regreso, le daría la cena, le hablaría...

Marc miró arriba y abajo, con ciertas reservas, pero las mismas enfermeras se habían asegurado de que no hubiera nadie por los alrededores.

Ningún maldito *paparazzi*.

Si sus padres veían la noticia...

Quizá en el pueblo no se enteraran de nada.

Llegó al camino que unía la clínica con la carretera y pensó en el otro pueblo, el que estaba cerca, al que podía llegar en apenas unos veinte minutos cortando a campo través, antes de que se hiciera de noche.

El pueblo.

El bar.

Una simple cerveza...

Se le hizo la boca agua.

Y el cerebro arena.

Luego recordó la cámara acolchada, y el uniforme blanco con el que le cruzaban y ataban las manos para que no se hiciera daño a sí mismo.

Todos aquellos *delirium tremens*...

También pensó en Noelia.

Pero al que vio fue a Pau.

Muerto.

No se lo había dicho a nadie. Nunca. Pero aquel día le cogió por los hombros y lo zarandó, gritándole, gritándole, gritándole...

—¿Te vas? ¡Hijo de puta! ¿Te vas y me dejas solo? ¡Eres un maldito egoísta! ¡Vuelve! ¡Vuelve, cabrón, cobarde de mierda! ¿Por qué siempre te

has ido por el camino fácil? ¡Quédate!

Se decía que todo grupo tenía su eslabón débil.

Brian Jones en los Rollings, Kurt Cobain en Nirvana, Ian Curtis en Joy Division...

La historia del *rock*.

Una larga carretera asfaltada con los cadáveres bien parecidos de todos ellos. Los hermosos muertos jalonando la gran leyenda.

La gente no tenía ni idea.

Los conciertos eran el circo, y ellos, los músicos, los gladiadores.

Morían un poco cada noche.

Por eso al acabar la música y apagarse las luces, llegaba la soledad, y las drogas, y las borracheras, y cualquier chica que se prestase al falso minuto de su gloria.

Deseaba una cerveza más que nada en el mundo.

La deseaba tanto...

Dio un paso.

No le detendrían antes de que se la bebiera. Ni le llevarían de vuelta antes de...

Apretó los puños.

El momento de la primera verdad.

La cerveza se le hizo amarga en la boca.

Dejó caer la cabeza sobre el pecho y retrocedió.

Apretó los puños todavía más, hasta hundirse las uñas en la carne.

—Marc.

¿Noelia?

Volvió la cabeza.

Leticia, la enfermera, estaba allí.

Y no le había llamado señor Torras. Por primera vez le estaba tuteando.

—¿Sí?

—Es hora de volver —le sonrió.

De haber seguido andando en dirección al pueblo, ella le habría detenido.

Pero se había frenado.

Lo había hecho él.

Había ganado.

—¿Me estás tuteando por fin? —se olvidó de todo.

—Aquí afuera importa menos —le guiñó un ojo cómplice.

La distancia hasta la clínica no era excesiva, apenas doscientos metros.  
Podía considerarse un paseo.  
—De acuerdo, Leticia —asintió él.

Juanjo llegó a la casa diez minutos después de que lo hicieran Silvio y Gabi, cuando el reencuentro con Gonza ya era un hecho y habían hablado un poco de todo, en especial de cómo estaba Marc. Iban a cenar, así que aceptó la invitación de Elisabet para quedarse. Ella se llevó a Neo para que no molestara y estuvieran solos.

El niño protestaba a lo lejos.

—¡Están haciendo algo importante, lo sé! —gritó—. ¡Si un día he de contar la vida de papá no sabré qué decir!

—Va a ser tu biógrafo —consideró Gonza.

—¡Si lo es mío, también lo será vuestro por la parte que os toca!

Dejó de reír, y lo mismo Gabi, para mirar con más atención el lugar por el que había desaparecido Neo.

Optaron por bajar al estudio, para estar más cómodos.

Juanjo buscó algo en el móvil.

Lo encontró, pese a la escasa cobertura del sótano.

—Escuchadme —les dijo—. Antes de que nos pongamos a hablar, quiero que veáis esto.

Eran unos mensajes de las redes sociales referidos a ellos y a la noticia de su regreso. Silvio, Gabi y Gonza trataron de leer algunos, pasándose el móvil de mano. El mismo Juanjo les hizo un resumen de viva voz, como si se los supiera de memoria:

—«¡Ya era hora!», «¡Por fin los veré en vivo, ya podré morir en paz!», «¡Vuelve el mejor directo español de todos los tiempos!», «Lágrimas de Cocodrilo nunca se fueron, pero ahora volverán a ser carnales y no solo unas leyendas»... —dejó de hablar y le hizo un gesto de evidencia—. Veis la que se ha liado, ¿no?

—Coño, Juanjo, es natural —dijo Gabi—. Eso no significa que ese artículo no nos haya puesto entre la espada y la pared.

—¡Lo sé! ¿Pero habéis visto las edades de la gente que escribe eso? En algunos la pone. Mira este —lo buscó rápido—: «¡Tengo dieciocho años y

toda mi peña suspira por este momento!» —volvió a expresar lo que sentía—. ¡Tiene dieciocho años! ¡Es una nueva generación que quiere veros, no solo la de sus padres y los viejos roqueros!

—Vale, dejamos una huella —insistió Gabi—. Pero si regresamos solo para tocar en vivo se nos verá el plumero. Dirán que somos «viejas glorias» y toda esa mierda. Verán solo el puto dinero, y para nosotros es algo más. En esto estamos de acuerdo los tres.

Silvio y Gonza asintieron con la cabeza.

—¡Sacaréis ese disco! ¡Hay tiempo! ¡Si no es ahora será en unas semanas, o meses!

—¿Y mientras qué, todos aquí, en casa de Silvio? —protestó Gonza—. ¡Hemos de comer! ¡Para trabajar hemos de estar juntos, está claro!

—Chicos, ¡chicos! —Juanjo miró directamente a Silvio y a Gabi—. ¿No me digáis que no os sale ni una mínima canción decente?

—No como lo que la gente espera de Lágrimas de Cocodrilo —fue sincero Silvio.

—Mañana lo probaremos los tres —dijo Gabi—. Ahora que Gonza está aquí, a lo mejor cambia algo.

—De acuerdo —se rindió Juanjo—. Entonces volved a intentarlo mañana. Ya sabéis que tengo fe en vosotros, ¿no?

—Todos los mánagers tienen fe en sus pupilos —Silvio le pasó un brazo por encima de los hombros—. Pero los pupilos a veces son como los malos hijos con sus padres.

Gabi y Gonza se sumaron al acoso, dándole palmadas.

Buen ambiente.

Buen humor.

Salvo por la velada sombra de la impotencia creativa que les estaba empezando a asaltar y, lo peor, los agarrotaba impidiéndoles sentirse lo bastante libres como para romper esa catarsis.

—He de regresar a Barcelona —se rindió Juanjo.

—Es muy tarde —alegó el dueño de la casa—. Mejor te quedas aquí. Todavía me queda un cuartito en el que pensaba meter a Marc cuando saliese.

Todo estaba dicho.

—¿Tocamos un rato antes de acostarnos? —propuso Gonza.

A todos les apetecía.

Habían tocado hasta pasadas las tres de la madrugada, así que Gonza no se encontró a ninguno de ellos en la casa al levantarse el primero. Sí vio a Elisabet en su pequeño espacio, la casita de la parte trasera, trabajando en sus cerámicas. Salió al exterior por la parte de delante, para no molestarla, con una taza de café. El silencio y la serenidad de los bosques y las montañas le atrapó y le despejó tanto como el café.

Dio unos pasos, descalzo, sintiendo la tierra bajo sus pies.

¿Cuánto hacía que no sentía nada parecido?

Pensó en Caro.

Reencontrarse con Silvio y Gabi había sido especial. Tocar con ellos en el estudio, simplemente dejándose ir, había sido aún mejor. Como si el tiempo no hubiese transcurrido. Como si los años no hubieran sido más que unas vacaciones parecidas a las que se tomaban al acabar una gira. No fue más que una larga *jam* al amparo de la noche y los sentimientos desatados por el reencuentro, pero volvieron a saltar chispas de genio y la adrenalina de los buenos rollos. La paz después de aquella larga e inútil guerra. Silvio a la batería, Gabi a la guitarra y él al bajo. Formato trío. Suficiente. Marc era el guitarra solista y ponía el punto álgido y explosivo, pero ellos tres, por unas horas, volvieron a sentirse parte de algo.

Antes de acostarse, Silvio y Gabi le habían mostrado algunas ideas, maquetas, fragmentos de cosas que no acababan de cuajar.

Y Gonza entendió su preocupación.

—Necesitamos un tema, solo eso —repetían—. Algo que nos desatasque y nos marque el camino.

Ningún grupo de *rock* podía partir desde el punto en que lo habían dejado, y menos tantos años después. Había que reinventarse, esa era la clave. Reinventarse con la sólida base de su sonido, lo que eran y lo que iban a ser.

Nadie que no fuera músico entendía lo difícil que era esto.

Gonza se acabó el café.

Regresó al interior de la casa y llamó a Caro.

Su compañera le respondió antes de que muriera el primer zumbido, como si estuviera esperando su llamada.

Probablemente era así.

—Hola, cariño —lo saludó.

—Hola.

—¿Qué tal?

—Bien, muy bien —sonrió para sí mismo—. Hablamos y, como era de esperar, nos pusimos a tocar hasta las tantas. Todo fluyó de manera muy armónica. También estaba Juanjo.

—Me alegro.

—Silvio y Gabi me pusieron cosas que han estado haciendo y, desde luego, entiendo que estén un poco preocupados. Hay muy buenas ideas, pero nada definitivo. No puede hacerse un buen tema con muchos buenos pedazos. Hoy vamos a trabajar los tres juntos, cuando se levanten. Veremos qué sale.

—Por lo que veo, siguen siendo tan exigentes como me has dicho siempre.

—Yo creo que más. Se han tomado el regreso como... no sé, una reválida, una demostración de fuerza. Y les doy la razón en lo de que si volvemos solo para hacer una gira nostálgica, por bien que sonemos, con los viejos temas solo, no funcionará. Aunque nos muramos de hambre, hay una cosa llamada dignidad que no podemos perder. Nosotros no.

—Te quiero.

Gonza levantó las cejas.

—¿A qué viene eso?

—Pues a que te quiero y sigues hablando como el hombre del que me enamoré.

—Menos mal que no conociste al de antes.

—Antes eras un roquero loco, y ahora eres un músico excepcional. Hay diferencia.

—Antes tenía veinte años y ahora tengo el doble.

—También.

Hicieron una pausa.

—Me gustaría que estuvieras conmigo. Esto es precioso —dijo él.

—Iré.

—Hay sitio, y Silvio ya me ha dicho que si grabamos el álbum aquí, podrás venir y quedarte. Al menos si no tienes trabajos urgentes. A mí me encantaría.



—Vale —cambió de tema y le dijo—: ¿Les has enseñado algo de lo tuyo?

—No.

—Hazlo.

—Que no, Caro.

—¿Pero por qué?

—Porque sería volver a las andadas, como hace años. Todo aquello fue una de las causas de los malos rollos. Eso se acabó para mí.

—Acabo de decir que eres un músico excepcional, y tú has dicho que tienes más años, lo que equivale a más experiencia. ¡Ya no sois los mismos! Esa canción que acabaste el otro día...

—Olvídalo, ¿quieres?

—¿Por qué eres tan tozudo? —protestó ella.

—Porque he aprendido la lección.

—¿Y si te lo piden?

—No lo harán.

—¡Gonza!

—Vamos, Caro. No tropezaremos dos veces con la misma piedra, no discutamos por eso. ¿Tienes algo donde apuntar? Voy a darte el teléfono de la casa.

—Está bien —la oyó refunfuñar.

Mientras se lo daba, apareció Silvio, con la misma cara de sueño que él unos minutos antes. Pasó por su lado como un autómatas y fue a la cocina.

En pleno éxito, viviendo en hoteles, nunca compartían momentos así. De alguna forma volvían a los orígenes, cuando compusieron su primer disco y se pasaban las veinticuatro horas del día juntos.

—Me voy a trabajar al estudio —se despidió Gonza.

—Si me llama Bruce Springsteen, me iré con él —le amenazó Caro.

—Lo mato.

—Entonces no me iré. No quiero que seas famoso a este precio. Chao.

—Te quiero.

Terminó la comunicación en el momento en que también Gabi asomaba por allí con la misma cara de no saber muy bien dónde estaba y por qué el mundo era tan silencioso.

Empezaron intentando desarrollar un tema de Silvio. Después hicieron lo mismo con uno de Gabi. Volvieron al primero y luego al segundo, alternativamente. Para descansar tocaron los tres juntos un rato, improvisando solos en busca de un hilo, un *riff*, lo que fuera. Lo grababan todo. Cuando creían haber encontrado algo, lo escuchaban, solo para sentirse una vez más insatisfechos y volver a la carga. Después de comer trabajaron por separado, Silvio y Gabi. Gonza se dedicó a ponerle el bajo a algunas de las maquetas, para darles un poco más de forma.

A última hora de la noche hicieron una canción, casi completa. Era puro sonido Lágrimas de Cocodrilo, pero no original. Se les antojó que se parecía a otras. Hubo una discusión. Cuando la escuchó Elisabet les dijo que era buena, un punto de arranque, y que por ahí tenían un camino. Otra discusión.

Pero eran como las de los buenos años, constructivas. Todos caminando en una misma dirección.

Durante la cena se dieron cuenta de algo.

No tenían todavía un buen material que grabar, pero, definitivamente, se habían reencontrado como grupo.

Como amigos, sin rencores.

Fue Elisabet la que hizo aquella pregunta en plena cena.

—Gonza, ¿tú no has seguido componiendo estos años?

El bajista casi se puso rojo.

—Sí, pero nada importante.

—¿Por qué no tocas algo? —insistió ella.

—Ni siquiera grabé un disco, así que no vale la pena —trató de desentenderse de la conversación.

—Pues tus canciones en el grupo me gustaban mucho —no le dejó Elisabet—. Tenían un toque especial, muy diferente a las de Silvio y Gabi. Es más, tus baladas eran impresionantes. No hay nada tan intenso como una buena balada roquera.

Sus palabras quedaron ahí, en la mesa, flotando como nubes en busca de

prados.

—Gracias —acabó diciendo Gonza.

El silencio se mantuvo unos segundos hasta que Silvio lo rompió diciendo:

—¿Seguimos después de cenar?

—Claro —asintió Gabi.

—Pero primero lavemos los platos —se ofreció Gonza.

Los otros le arrojaron la servilleta al unísono. Neo, callado hasta ese momento, abrió los ojos de arriba abajo ante la acción, porque a él no paraban de decirle que tenía que comportarse en la mesa.

—¿Dónde está nuestro amigo? —le gritó Silvio.

—¡Sí! ¿Qué has hecho con él y cómo es que tienes su misma cara, suplantador! —hizo lo propio Gabi.

—Veo que al menos uno de vosotros ha madurado —se puso de parte de Gonza la dueña de la casa—. ¡Seréis machistas!

Caro llevaba una hora con el teléfono en la mano.

Una hora mirándolo.

Preguntándose qué hacer.

Si se metía, Gonza igual se enfadaba con ella. Si no lo hacía, la historia tal vez fuese muy distinta.

Pero no era una decisión fácil.

En la casa de los Pirineos ya habrían cenado, y, si no se equivocaba, en ese momento estarían haciendo algo los tres en el estudio de Silvio.

¿Y si no era así?

¿Y si Gonza escuchaba su llamada?

¿Y si les daba por charlar en torno a una chimenea y pasar una velada sin agobios ni presiones?

No.

Eran músicos.

Los músicos no hacían eso, y menos en plena crisis creativa o a las puertas de una.

Los músicos lo eran veinticuatro horas al día.

Así que se decidió y marcó el número.

Al otro lado, y para su alivio, escuchó la voz de Elisabet.

—¿Sí?

—¿Elisabet? Soy Caro, la mujer de Gonza.

—¡Ah, hola! ¡Un placer! ¿Cómo estás?

—Bien, bien.

—Vendrás por aquí, ¿no? Yo es que con estos tres...

—Claro, claro —se alegró de que no solo fuese simpática, sino también afable.

—¿Quieres que avise a Gonza?

—¿Están trabajando?

—Sí, abajo, en el estudio. Pero sube en un minuto.

—En realidad quería hablar contigo, no con él —Caro se alegró de haber

calculado bien los tiempos—. Y por favor no le digas que lo he hecho.

—¿Sucedo algo?

Caro notó el envaramiento de su interlocutora al decirlo.

—No, nada malo, tranquila. Quería pedirte tu correo electrónico para mandarte una cosa.

—Ah, muy bien. ¿Apuntas?

—Sí, dime.

Se lo deletreó, para que no hubiera confusiones. Caro ya tenía a punto el bolígrafo y el papel. Una vez anotado lo dejó a un lado.

—Escucha —se atrevió del todo—. Esto es algo que va de mujer a mujer, ¿entiendes? Voy a mandarte un archivo mp4 con una canción. Lo único que te pido es que la escuches. Si no te gusta, no hagas ni digas nada. Pero si te gusta como creo, entonces, sí, llámame.

—¿Es una canción de Gonza?

—Sí —suspiró Caro.

—¿Por qué...?

La pregunta murió sin terminar. No era necesario.

—Porque él no lo hará nunca —dijo Caro—. Antes se moriría que volver a hacer lo que hizo hace años —volvió a suspirar—. Ellos son los músicos, pero nosotras somos sus mujeres. Lágrimas de Cocodrilo ya no son ellos cuatro solamente, ¿estás de acuerdo?

—Lo estoy —dijo con determinación Elisabet.

—Me alegro de que opines igual y estemos del mismo lado —se sintió emocionada la compañera de Gonza—. Te mando el archivo ahora mismo.

—Gracias.

—No, a ti.

—De verdad que tengo ganas de conocerte.

—Cuenta con ello. Hasta luego.

Nada más cerrar la comunicación, Caro echó a correr hacia su ordenador.

Elisabet esperó cinco minutos antes de conectar el ordenador y abrir el servidor de su correo electrónico. Había dos *mails*. Uno de Caro diciéndole que le mandaba el archivo mp4 vía *we transfer*. El segundo, el de *we transfer* para que lo descargara. Lo hizo y esperó paciente, porque se trataba de un archivo de voz, pesado, y tardó casi tres minutos en completarse el proceso. Una vez el tema estuvo en su ordenador salió del correo y conectó los auriculares para oírlo directamente.

Silvio, Gabi y Gonza seguían abajo, en el estudio.

Elisabet le dio a la tecla del ratón.

Luego cerró los ojos.

Una suave balada empezó a impregnarla.

No era más que una maqueta, pero no necesitaba mucho más. A lo sumo un soporte instrumental sucinto.

La voz era dulce.

La misma voz con la que Gonza, años atrás, había cantado sus escasas canciones en Lágrimas de Cocodrilo.

Elisabet siguió con los ojos cerrados.

Se le erizó el vello al acabar por primera vez el estribillo.

Comenzó a llorar al repetirse después del segundo bloque.

Cuando terminó la canción siguió quieta, inmóvil, sin abrir los ojos, temblando, hasta que, bastante después, volvió a darle al ratón dispuesta a escucharla de nuevo.

Llevaban una hora trabajando en un tema.

No era mucho.

Pero tampoco era poco.

Habían tardado meses en completar su último álbum.

Todo lo contrario del primero, hecho en apenas unos días.

Todos los grupos pasaban por lo mismo, y sin embargo...

Silvio movía la cabeza de lado a lado al tropezar con la invisible barrera de su impotencia. Gabi sentía la rabia del ciego que quiere volver a ver y no puede. Gonza simplemente los seguía.

Todo estaba allí, en el estudio, en sus manos, en sus cabezas, pero no encontraban el camino.

Canciones que, para otros, serían excelentes.

Pero no para Lágrimas de Cocodrilo.

A veces, sin pretenderlo, pensaban en Marc.

Otras en Pau.

En el fondo también se estaban tratando de salvar a sí mismos.

—Tenemos un montón de partes y ningún todo —dejó caer las baquetas Silvio.

—Os metéis demasiada presión —dijo Gonza.

—¿Cuánto tiempo vamos a darnos? —preguntó Gabi.

El interrogante flotó en el aire.

No hubo respuesta.

Silvio miró la hora. Podían pasarse la noche allá abajo, pero sabía que eso, en aquel momento, no serviría de nada, que era mejor descansar y volver a intentarlo al día siguiente. Los días de noches en vela formaban parte de la historia, el pasado en que eran jóvenes...

—Vamos a descansar —dijo apartándose de la batería.

Gabi dejó la guitarra. Gonza su bajo.

Silvio fue el primero en salir. Enfiló la escalera y, a su espalda, se hizo la oscuridad cuando Gabi apagó las luces. Una vez arriba apenas si se miraron.

Como si sintieran vergüenza.

—Hasta mañana, tíos —les deseó.

—Hasta mañana —dijo Gabi.

—Que descanséis —dijo Gonza.

Cuando Silvio entró en su habitación, a pesar de la hora, se encontró con Elisabet despierta, leyendo un libro.



Su mujer tenía el ordenador en la mesita de noche.

Algo raro en ella, porque no le gustaba hacer nada en la cama, salvo leer.

—¿Qué haces despierta? —le preguntó.

—Esperarte —dijo Elisabet.

—¿Sabes qué hora es?

—Sí.

—¿Y por qué...?

—Ven —lo detuvo su esposa.

Se tumbó a su lado. De todas formas sabía que le costaría conciliar el sueño.

—¿Qué pasa? —frunció el ceño.

—¿Seguís estancados?

—Sí.

—¿Porque no dais con nada o porque os exigís demasiado?

—Las dos cosas, supongo.

—¿Recuerdas lo que me dijiste cuando el grupo se rompió?

—Dije muchas tonterías —Silvio miró hacia la noche a través de la ventana.

—Una de ellas fue que todos los grupos se agotan, lo quieran o no, porque si ya es difícil para una pareja convivir en el día a día, más lo es para cinco tipos diferentes compartiendo la presión de su trabajo y la necesidad de digerir el éxito.

—Cierto.

—También me dijiste hace poco que cuando los grupos vuelven a unirse después de unos años, lo más complicado es no convertirse en caricaturas de sí mismos.

—Eso a veces sucede también en pleno éxito, cuando se lo creen mucho y van de Mesías o piensan que son algo más que una banda de *rock* solo por influir en la gente.

—¿Por qué no empezáis de cero? —propuso Elisabet inesperadamente.

—¿Y eso cómo se hace?

—No lo sé —admitió—. No soy músico. Pero sí sé que cada año intento hacer cosas nuevas con el barro, sin repetirme.

—Cariño, ¿y si todo se resumen en que Gabi y yo ya estamos agotados?

—Sabes que no lo estáis. Lo que sí estáis es asustados.

—Vaya por Dios —suspiró Silvio.

—Os habéis dado un chute de presión tan fuerte, tan enorme y blindado, que no permitís que entre ni un ápice de luz exterior.

—Vida, no te sigo —replicó con cansancio mientras empezaba a quitarse la ropa.

—De acuerdo —dijo Elisabet—. Lo único que pretendía era dar con otro enfoque.

—No hay más que un enfoque: encontrar el camino para hacer las canciones que queremos —se quedó desnudo y se puso el pijama, comenzando por la parte inferior.

—Vale, vale —no quiso discutir más ella.

Silvio la vio dejar el libro, todavía abierto en su regazo, y coger el ordenador y los auriculares.

—¿No vamos a dormir? —se alarmó.

—Voy a escuchar una canción y ya está.

Su marido ya no dijo nada. Vio cómo ella se insertaba los auriculares a ambos lados de la cabeza y presionaba el ordenador. Acabó de ponerse el pijama y se acostó.

La música se escuchaba un poco porque los auriculares eran potentes y porque Elisabet parecía tener el volumen muy alto.

No reconoció el tema.

Parecía una balada suave.

Con una melodía preciosa.

De no ser porque era absurdo, imposible, hubiera pensado que era una canción de Lágrimas de Cocodrilo.

Bueno, habían tenido muchos imitadores.

Miró a su mujer.

La canción crecía.

—¿Qué estás escuchando? —elevó un poco la voz dirigiéndose a ella incapaz de resistirse.

Elisabet se quitó los auriculares. La música se escuchó un poco más a

través de ellos.

—Algo que me gusta mucho.

—¿De quién es?

—Me la han mandado por correo. ¿Quieres oírla?

No pudo resistir la curiosidad. Además, empezaba a darse cuenta de que nada de aquello era casual. Elisabet quería que la escuchara.

Se insertó los auriculares y ella volvió a pulsar el arranque del archivo mp4.

Silvio tardó veinte segundos en reaccionar.

Aunque poco a poco fue abriendo los ojos.

—¿Quién te ha mandado esto? —alucinó—. Parece...

No, no lo parecía. Elisabet se lo confirmó.

—La mujer de Gonza.

—¿Qué?

Le arrebató el ordenador.

Escuchó el tema entero.

Luego, volvió a ponerlo.

Los ojos más y más abiertos.

Cuando acabó de escucharla por segunda vez, se quitó los auriculares y la miró boquiabierto.

—Él nunca os la habría enseñado —dijo Elisabet.

Creía que esperaría al día siguiente.

Pero no.

Silvio salió de la habitación en pijama, llamando a Gabi a gritos.

# **Epílogo**

## **Reunión**

Marc apareció en la puerta de la sala de espera llevando la bolsa en una mano y la guitarra en la otra.

Se los quedó mirando.

Luego dejó ambas cosas en el suelo, abrió los brazos y se fundió con ellos.

Los cuatro formaron una piña silenciosa.

El rehabilitado estuvo a punto de llorar.

—Creí que no vendríais, tíos —susurró.

—¿Y dejar que te lo pasaras de puta madre con todas las enfermeras tú solo? —bromeó Gonza—. Ni hablar.

—Burro —le soltó Marc.

Siguieron abrazados unos segundos más, hasta que deshicieron el nudo y quedaron frente a frente, como los puntos cardinales de una nueva tierra.

—¿De veras se acabó todo? —preguntó el guitarra.

—¿Estás curado? —quiso saber Gabi.

—Sí —dijo él.

—Entonces sí, se acabó todo —le confirmó su amigo.

Quedaba una última duda.

El interrogante final.

—¿Ahora... adónde vamos?

—A mi casa —dijo Silvio—. A trabajar.

Marc mostró el alivio que sentía.

No era necesario decir que no quería estar solo.

—Bien —soltó una inesperada bocanada de aire.

—Tenemos mucho que hacer —dijo Gabi.

—¿Habéis compuesto buenas canciones? —se animó Marc.

Se lo dijo Silvio:

—Tenemos material para un doble disco.

—Por lo menos —amplió la noticia Gabi.

—¿En serio? ¡Joder...! —el alivio fue aún mayor—. ¿Cómo lo habéis hecho? ¿Tan fácil...?

Silvio le pasó un brazo a Gonza por encima de los hombros.

—Encontramos algo —dijo—. El resto... salió solo.

—Sabíamos que solo necesitábamos encontrar un tema —se lo confirmó Gabi.

Gonza no abrió la boca.

No era necesario.

Marc los miró uno a uno, buscando todas las explicaciones que, de momento, no encontraba en sus palabras.

—Me parece que me he perdido un buen montón de cosas —acabó rendido—. ¡Tendréis que ponerme al día, pero ya! ¿Nos vamos? ¡Quiero irme de aquí cuanto antes, no sea que alguien se arrepienta!

Enfilaron la puerta, recogieron la bolsa y la guitarra y pasaron por el *hall* de la clínica. La despedida del doctor Tarragó fue más rápida. Un apretón de manos y una frase:

—No quiero volver a verle por aquí.

—Si nos cura a todos, tendrá que cerrar —le soltó Marc.

En medio de las risas salieron al exterior.

Un día precioso.

Un día especial.

Fue al llegar al coche cuando Silvio dijo:

—¿Una cerveza para celebrarlo?

Marc se puso pálido.

—Coño, tío..., no jodas...

—¡Es broma! —Gabi empujó al paralizado guitarra.

Todos se echaron encima de él, dándole golpes como niños en un recreo.

Esta vez, hasta Marc se rio.